

A woman with curly hair, wearing a red dress and dark boots, is walking away from the viewer down a stone path in a forest. The trees are mostly bare, with some red leaves still on the branches and scattered on the ground. The lighting is soft and hazy, suggesting an overcast day. The overall mood is nostalgic and serene.

*Coleccionista
De
Recuerdos*

Lya Guerrero

 Coleccionista
De 
Recuerdos

 Eva Guerrero

Dedicatoria

Dedicado a mi pareja, Santi. Mi sol, el que da calor y color a mi vida.

Título: *Coleccionista de recuerdos*

Primera edición: 2019

© Eva Guerrero Criado

© Derechos de edición reservados.

Edición: Eva Guerrero Criado

Corrección: Eva Guerrero Criado

Maquetación: Antonio Quesada Sánchez

Portada: Mónica Escoda

Imagen portada: Fotolia

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, como siempre, a varias personas que han sido esenciales para lograr que este libro salga a la luz y sea llevado a cabo:

Como siempre a mi familia, porque son los primeros que me apoyan y me incentivan a luchar por mis sueños, a no rendirme. Sois parte fundamental de mi vida y de todos mis logros.

A mi pareja Santi, porque eres mi alegría, mi mayor fan, mi apoyo y amigo incondicional, mi hombro en el que llorar, mi confidente y el amor de mi vida.

A mi mejor amiga, más bien “hermana”, Miriam. No tengo que decirte todo lo que te agradezco pues ya lo sabes, no podría estar sin ti, llegaste a mi vida con la chispa que me faltaba.

Gracias también al resto de mis amistades, pero no a cualquiera, a las de verdad, como Elena, Marie, Raquel, Andrea... ¡Vosotras sí que sois mis mayores fans y no conseguiría nada sin vosotras!

A la familia de mi pareja, en especial a Isabel y Javier, por quererme como a una más y cuidarme, animarme y ayudarme en todo.

También a Mónica Escoda y Antonio Quesada, dos grandes escritores y amigos míos. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí, por ayudarme a conseguir que este libro sea lo que es, con una preciosa portada y un increíble maquetado.

A todos vosotros, gracias de corazón.

Biografía

Eva Guerrero Criado nació un día lluvioso del año 1998 en Alicante. En 2014 publicó su primera novela, a la edad de 16 años, titulada “A nuestra manera”; un año después publicó la segunda, de nombre “Los ojos café”. En el año 2018 ha publicado la tercera, basada en una historia real, “Allá donde estés”. Es Técnico Superior en Educación Infantil, y actualmente prosigue su formación en el ámbito de la educación y su camino como escritora.

Sus pasiones son y siempre serán los libros, la enseñanza, la naturaleza, los animales, el deporte y sobre todo el amor.

Sinopsis

Mintabur es un pueblo escondido entre frondosos bosques y escarpados terrenos, en él se ocultan profundos secretos que jamás serían descubiertos...de no ser por una chica con un extraño don que le permite tocar cualquier objeto e indagar en sus recuerdos y su historia.

¿Quién mató a sus padres? ¿Es la única que posee ese don? ¿Quién es la persona que ve en sus visiones? ¿Podrá luchar contra el tiempo y lograr lo que pretende?

Asesinatos, engaños, amor y misterio se unen en este libro en la que el pasado y el presente crean una nueva realidad.

Prólogo



Corro a gran velocidad por el extraño pueblo en el que habito, al menos el que he habitado estos últimos meses. He de reconocer que hubo momentos en los que lo sentí mi hogar, un erróneo pensamiento por mi parte, ya que no se le asemeja ni lo más mínimo. Preso de esa confusión llegué a entablar algunas amistades incipientes, y que poco me convenían todas ellas... He comprobado que no somos tan diferentes a pesar de tener unas mentalidades tan chocantes; al fin y al cabo, ambos somos personas que habitan el mismo mundo.

Entre sus gentes he podido apreciar los mismos vínculos que entre las nuestras, tradición y aprendizajes propios vagan de generación en generación hasta propagarse a lo largo de los años, entre ellos también esos pensamientos en los que tanto he intentado ahondar.

Giro una de las angostas y sombrías calles intentando esconder mi cuerpo en las tinieblas para permitirme un minuto de descanso y reflexión. Mi espalda queda pegada contra la álgida pared de piedra de una casa de tres pisos.

Intento controlar el ritmo de mi respiración poco a poco, el aire sale de mi boca convirtiéndose en vapor en un instante por culpa de las bajas temperaturas. Cierro los ojos y puedo sentir el martilleo de los latidos de mi propio corazón en las sienas.

Me agazapo contra la esquina permitiendo que mi cabeza asome unos centímetros para poder observar la calle. Esta presenta una larga carretera descendente en la cual el frío ha condensado agua convertida en hielo, creando una fina capa blanquecina sobre el asfalto. Las tenues farolas alumbran vagamente la escena y los árboles se mecen sosegados al ritmo del viento.

Entonces, veo como aparecen a unos metros de mí dos figuras oscuras, una más alta que la otra, esta oculta su rostro bajo la capucha de su abrigo,

tan solo se puede distinguir el brillo de sus ojos cuando pasa cerca de la luz de las farolas. El otro, su acompañante, lleva el rostro al descubierto, el cual reconozco. Nuestros caminos se han visto cruzados en más de una ocasión y siempre lo he visto acompañando al otro más alto, el cual también sé quién es.

—Nadie lo encuentra, ha desaparecido de la casa —masculla el más bajo mirando a la otra figura.

—Estaba en lo cierto, amigo mío... —murmura el más alto con los puños apretados—. Desde el principio supe que era un traidor.

—¿Qué debemos hacer ahora?

Ambos se miran en silencio un instante y de pronto veo como se giran en mi dirección. Yo me oculto rápidamente detrás de la pared con el corazón desbocado.

—Buscadle, ¡está cerca! —exclama la figura encapuchada.

No dudo un instante, corro hacia mi izquierda por las calles, sin descanso. Intento no dar grandes zancadas para conseguir que mi huida sea lo más silenciosa posible pero no lo consigo. Escucho movimiento a mis espaldas, por lo que me giro sin cesar mi carrera. Tras de mí veo a las dos figuras, ambas avanzan a gran velocidad y me observan, sobre todo la más alta, en la cual puedo distinguir una sonrisa malévola y un brillo cruel en los ojos.

El otro alza el brazo y en un instante veo como una daga dorada vuela a la velocidad de la luz en mi dirección. Doy un gran salto que me hace rodar por el suelo y propinar un fuerte golpe en mi espalda el cual me hace rugir de dolor. En un instante veo pasar la daga sobre mi cabeza y tras esquivar su ataque vuelvo a estar en pie continuando mi carrera.

Vuelvo a echar un vistazo a mis espaldas para observar que la misma figura agarra otra daga para lanzarme, por lo que decidido frenar en seco y dar media vuelta para encontrarme con ellos cara a cara.

—¡Atrás! —grito para que me escuchen.

La figura alta suelta una carcajada y avanza hacia mí a paso lento.

—Da igual que huyas, te encontraré... No lo dudes —brama con una chispa de diversión.

—No si puedo evitarlo —respondo y me pongo en posición.

Estiro los dos brazos hasta juntar las dos manos con las palmas hacia ellos, cierro los ojos y me concentro profundamente. Siento en mi cuerpo una corriente eléctrica, una especie de ventolera que recorre mis venas con fuerza. En un instante abro los ojos y dejo salir toda mi fuerza por las manos, un haz

de luz cegador vuela hacia ellos provocando que ambos sean despedidos contra el asfalto.

Aprovecho mi segundo de ventaja y prosigo mi huida. Corro y corro sin descanso, sin intención de dejar de hacerlo hasta sentirme seguro en otro lugar.

Corro durante minutos, tal vez horas, y aunque siento que ya nadie me persigue, yo lo sigo haciendo dejando atrás un pueblo lleno de misterios que se escapan entre mis dedos, lleno de mentiras, traiciones, poderes ocultos, enfrentamientos y alianzas... Dejo atrás ese pueblo llamado Yerdel, para tal vez no regresar jamás.

Visión



Las hojas de los abedules caen lentamente mecidas por el suave y frío viento de otoño. Antes, su color verdoso coronaba las ramas con una sutil elegancia que aportaba vida a las calles. Ahora, tan solo quedan ramas solitarias semejando largos dedos temblorosos por el cambio de clima. El suelo es el que tiene ahora el protagonismo en la escena, cientos de tonalidades anaranjadas simulan una lengua de fuego creada por las hojas caídas en la acera. Cuando mi bota toca una un sonido crujiente irrumpe en el silencio de la calle. Miro al frente, apenas hay personas paseando o yendo a algún lugar, apenas hay coches. Nadie se atreve por el frío y tal vez...porque el cielo nos muestra una imagen amenazante y oscura de nubes frondosas y cargadas a la espera de, sin previo aviso, soltar todo su contenido en el abismo.

Tal vez el abrigo que llevo no sea suficiente, pues a pesar de su grosor siento como el frío se cuela entre mis huesos y no permite que desprenda apenas calor corporal. Tras un leve escalofrío avanzo feliz notando el crujir a mis pies.

Este pueblo siempre ha sido muy frío, desde bien pequeña mi armario se ha compuesto en un noventa por ciento de ropa invernal. No obstante, a diferencia del resto de nativos yo lo disfruto. Puede resultar ciertamente chocante, puesto que, en la mayoría de ocasiones, es suficiente tener algo para desear lo contrario. No es así, pues, conmigo. No cambiaría por ningún otro lugar mi pueblo de nacimiento. De nombre Mintabur, un pueblo que aunque amplio no contiene muchos habitantes puesto que su localización es bastante abrupta. Debido a que está perdida en medio de bosques y montañas muy al norte, en invierno es imposible acceder a ella y en las épocas más “calurosas” el turismo es tan escaso que cuando se vislumbra alguien nuevo llega incluso a salir en el periódico local.

Esto pues, hace que la mayoría de gente en la ciudad se conozca, pero no es como cualquiera imaginase, ya que aunque nos conozcamos no mantenemos un sentimiento de unidad. No realizamos fiestas especiales, ni reuniones, ni nos metemos en la vida del vecino de al lado. Por cosas del destino, todos los nacidos en Mintabur solemos ser personas solitarias, que viven su vida sin molestar al resto ni meterse donde no les llaman, nos mantenemos al margen de todo lo que no nos incumba. Algunos pensarán que somos los vecinos perfectos, otros no tanto, ya que para mucha gente puede resultar un poco triste y solitario. Para mí, que he nacido y me he criado aquí, no es así.

Suelen decir que los pueblos allende los bosques son afines a nosotros, pero de forma sincera he de decir que nunca me he aventurado a comprobarlo. Por el contrario, mi prima ahondó más en el asunto y hace alarde de haber visitado dos de ellos. Su conclusión fue que ningún pueblo es como Mintabur, aunque presentan ciertas semejanzas. Ella tiene tan solo un año más que yo, por lo que debido a que nos hemos criado juntas, es en parte mi hermana. Mi tía Petra le ha conferido una personalidad similar a la suya propia, por lo que vivir mi infancia inmersa en un hogar en el cual dos personas son tan semejantes me ha hecho sentirme toda mi vida muy diferente y algo sola. Mis padres cuando apenas había cumplido el par de años fueron asesinados por alguien que jamás ha sido localizado. Nunca se supo por qué, ni quién cometió tal alevosía, no pareció ser nadie del pueblo ni siquiera, fue alguien que apreció de la nada y desapareció de igual forma para dejarme huérfana y marcharse por donde había venido sin razón aparente. El caso fue archivado y nunca más se ha vuelto a indagar. Por mi parte, es una espina clavada en mi corazón durante toda la vida, la cual algún día espero que sea extraída.

Pasé a ser criada por mi tía Petra junto a mi prima Mara, y ellas dos han sido la única familia que realmente he podido conocer. Del resto no he tenido jamás ninguna noticia. Ni siquiera del padre de Mara, pues mi tía no lo ha mencionado y si en alguna ocasión he preguntado a Mara ella ha mostrado conocer prácticamente lo mismo que yo.

Doblo por una angosta calle y al llegar a la segunda casa de ladrillo antiguo y anaranjado, a juego con las hojas otoñales, agarro la álgida valla y la abro para llegar allende el jardín, a la puerta principal.

Me adentro en mi actual hogar, actual y pasado, ya que en esta casa viví los dos primeros años de mi vida, antes de perder a mis padres.

La casa se alza inerte ante mí, un pleno silencio abrumador me avasalla, a veces hay silencios que hacen mucho ruido.

Cuelgo el abrigo y miro a mi alrededor, la casa es bastante grande para una sola persona, pero la verdad, me habitué a entrar siempre en las mismas habitaciones. El salón donde me encuentro tan solo acoge un sofá oscuro con una manta de pelo color naranja que utilizo para arroparme en las frías y solitarias noches. Frente a él una mesa de madera oscura con varios libros viejos que habitué a releer y una taza de café vacía de esta mañana. A los costados varias estanterías con libros de múltiples tonalidades y tamaños, que a pesar de no ser de mi agrado, están bastante desordenados. Dejo mi bolso en el sofá y atravieso la alfombra mullida hasta llegar a la pequeña cocina de tonos crema, sobre la encimera se encuentra la vajilla recién lavada; cojo un vaso de cristal transparente para servirme un poco de agua del grifo. Doy un pequeño sorbo y suspiro.

¿Dónde estará Freddie?

Salgo de la cocina y subo las escaleras de madera dando pequeños saltos, haciendo que los escalones gruñan bajo mis pies.

—¿Freddie?!

Llego al pasillo y doy un salto al notar que algo pequeño, peludo y rápido se cuela entre mis pies. Finalmente me río y me agacho para acariciar al pequeño hurón blanco que me mira con picardía.

Freddie tan solo tiene un año, lo encontré solo cuando apenas tenía unos meses y desde entonces no se me ha separado a pesar que intenté liberarlo, pues es normal que por los alrededores se vean hurones salvajes. Freddie en cambio no es hurón de vida salvaje, además, creo que con su albinismo le es más fácil vivir en nuestro hogar donde los fuertes rayos de sol no pueden dañar a su piel y a su escasa vista. Aunque a decir verdad, tampoco es que los rayos de sol de Mintabur logren calentar mucho.

Lo cojo en brazos y ando hacia mi habitación mientras le rasco la barriga.

Abro la chirriante puerta y me adentro en mi pequeño desorden. Utilizo la misma habitación que cuando era pequeña. Cuando hace unos años insistí en venir a vivir sola aquí, mi tía se preocupó mucho pues la casa estaba intacta desde aquellos años con mis padres. Sinceramente, cuando entré pareció que el mundo se me vino encima, todo repleto de fotos suyas, incluso pude encontrar una de los tres muy felices. Mi habitación era un simple cuarto vacío y lleno de polvo que contenía una mesa y una silla intactas. Parecía que nunca me hubiera pertenecido, lo que en parte me apenó mucho y en cierto

modo me chocó. Digo en cierto modo porque por un lado sabía que la mayoría de cosas que me pertenecían se las habría llevado mi tía Petra cuando mis padres fallecieron, pero por el contrario pensaba que mínimo habría algo, algo infantil, algo que reconocer...

Me atreví a quitar ciertas fotos que me entristecían demasiado y las dejé en su habitación. Esta la he conservado como estaba, pero tan solo entré un minuto para dejar las fotos. No tuve tiempo de conocerles, no tuve tiempo de crear recuerdos de ellos, pero tengo un profundo hueco en el corazón que no me permite adentrarme en su historia, hasta ahora. Tal vez sea temor, temor a descubrir la verdad o temor a...otras cosas. Tengo claro que esto no puede seguir así, por lo que esta mañana salí a dar un paseo por el pueblo para pensar sobre el tema, y tras varios kilómetros y miles de pasos he decidido que es el momento.

Dejo a Freddie sobre la gran cama aún deshecha y me siento para quitarme las botas. Me levanto sintiendo el placer de andar sin zapatos con mis calcetines a rayas verdes y blancas, y miro un segundo hacia la ventana ya que escucho cómo se ha levantado el viento.

¿Tal vez sea una señal?

Siempre he creído en las señales, creo que en Mintabur todo el pueblo lo hace. La verdad, es un pueblo ciertamente extraño. Creo que lo que en verdad ocurre es que todos escondemos algo, y me incluyo, aunque no sé muy bien lo qué.

Cierro la puerta tras ver mecerse al abedul allende mi jardín y miro al frente. Cojo aire profundamente ya que noto que me ahogo. Me quito el pañuelo que cubre mi cuello y lo dejo en el mueble que tengo al lado.

Avanzo tres pasos y agarro el pomo de la puerta de mis padres. La puerta chirría, al igual que la mía, cuando la abro. Veo ante mí todo intacto, la cama bien hecha, la vieja mesa de escritorio, el sillón, las fotos que dejé sobre la mesita, la estantería... Entro y cierro la puerta a mis espaldas. Miro la cama, donde se encuentra una bufanda de mi madre. Avanzo lentamente hasta ella, casi sonámbula, como si aquello me llamase. Escucho un golpe en la puerta y pego un bote, el corazón se me acelera. ¿Otra señal? Voy corriendo hacia la puerta y cuando la abro veo que es Freddie. Suelto todo el aire que estaba conteniendo y articulo:

—No, Freddie, ve para abajo, aquí no puedes entrar.

Cierro de nuevo la puerta y regreso al punto donde me había quedado. Aquella bufanda de lana bermellón. Me quito despacio un guante y luego el

otro, los dejo sobre la cama y vacilo mientras me acerco a la bufanda.

Centímetro a centímetro, hasta que al fin, la cojo.

Noto que me falla el cuerpo, pierdo la visión por un instante y me pitan los oídos. Me los tapo, bufanda en mano, y aprieto muy fuerte los ojos por culpa del dolor que me provoca ese sonido ensordecedor.

De repente cesa, e insegura abro un ojo. La escena ha cambiado, ya no estoy en la habitación de mis padres. Estoy en el jardín, cerca de la verja de entrada, y ya no tengo la bufanda en la mano. Miro hacia todas partes, hace frío, las hojas se mecen con suavidad y escucho los pasos de la gente a mis espaldas, pero no puedo evitar fijarme en mi casa. A primera vista todo está igual, pero noto algo diferente, irradia un aura distinta a la que tiene normalmente. Entonces, la puerta se abre y veo salir a un hombre. Es alto, con el pelo castaño, casi rubio, algo de barba y los ojos azules, parece muy joven. Lleva una parca negra y guantes. Por un momento creo que mira hacia mí y me ve, pero no es así. Al segundo se gira y mira hacia el interior de mi casa.

—Hola, papá...—susurro para mí misma.

Mi madre sale y le entrega a mi padre, con una mano, un capazo, y con la otra se envuelve el cuello con la bufanda bermellón que hace un instante yo misma tenía en mi poder.

Mi madre es muy hermosa, tiene el pelo oscuro, largo y lacio, unos ojos con extensas pestañas y labios gruesos, también se la ve muy joven, tal vez de mi edad.

En el capazo veo que hay un bebé dormido, apenas tendrá cuatro o cinco meses.

Mi padre sonrío al mirarlo, le acaricia la sonrosada mejilla y le acomoda el chupete. Entonces baja los escalones con cuidado y dice:

—Vamos, que llegamos tarde, Sara.

—Ya voy, esta bufanda tan larga se me engancha en el pelo.

Mi madre baja los escalones despacio a la vez que se intenta terminar de enrollar la bufanda en el cuello.

Mi padre apoya el capazo en el primer escalón con cuidado y se acerca a mi madre, le saca el oscuro y largo pelo de la bufanda con ternura y le da un rápido beso en los labios. Ella le mira a los ojos con su mirada color miel y sonrío.

—¿Podríamos ser más felices?

—Lo dudo mucho —responde él.

Mi madre se abrocha el último botón de la chaqueta y coge el capazo. Con la otra mano agarra la de mi padre y los dos vienen hacia mí. Yo me quedo en shock y por un momento dudo en si me atravesarán o se chocarán contra mí. Acto reflejo decido apartarme de un salto fuera del camino, notando el césped frío bajo mis calcetines.

Los dos pasan a escasos centímetros y me da un vuelco el corazón cuando al pasar veo como mi padre mira hacia mí de reojo un segundo. Tan solo un segundo.

No, no es verdad Rebecca, no puede verte. Esto solo es un recuerdo. No estás aquí. Ahí. O como se diga...

El corazón me late a mil por hora mientras los veo salir por la valla y llegar a la calle.

De improvisto un hombre alto y delgado, con gorro y abrigo largo, pasa rápido por su lado chocando con mi madre, haciendo que el capazo se mueva y se escuche el llanto del bebé (de mí...).

El hombre se gira sorprendido, mira el capazo y luego a mi madre.

—Lo siento, lo siento muchísimo, yo...

—No se preocupe, se iba a despertar de un momento a otro —contesta mi madre y sonrío.

Deja el capazo en el suelo y coge al bebé en brazos. Ahora está insomne, con las mejillas sonrosadas, los ojos amielados coronados por unas largas pestañas y arrugando la nariz con pequitas incipientes antes de hacer un puchero y escupir de nuevo el chupete.

Mi padre se acerca a mi madre y decreta:

—Déjamela.

Mi padre coge al bebé sobre su regazo y mi madre se gira hacia...el hombre ya no está, se ha debido marchar cuando nadie estaba mirando.

Vuelvo a mirar hacia mis padres y veo cómo avanzan por la acera cogidos de la mano mientras mi padre acomoda al bebé en su hombro y le da palmaditas en la espalda. El bebé entonces me mira fijamente y de nuevo me da un vuelco el corazón.

No puede ser, ¿me está viendo?

Muevo la mano, a modo de saludo, y el bebé sonrío.

Se me corta la respiración. Me ha visto. Me está viendo. ¿Cómo es posible? ¿Significa eso acaso que...mi padre también me ha visto? Y..., ¿me he visto a mí misma?

Hiperventilo nerviosa mientras veo como se alejan, pero vuelvo a

escuchar ese pitido ensordecedor y me tengo que tapar los oídos. Intento mantener los ojos abiertos pero me es imposible. Noto cada vez un frío más intenso que recorre mi cuerpo y cuando aprieto los ojos y grito noto como caigo. Los abro lentamente y me encuentro en el suelo de la habitación de mis padres con la bufanda bermellón en la mano.

Noto un dolor muy fuerte en un oído y al tocarlo veo que me está sangrando. Me levanto rápidamente pero mi cuerpo falla. Estoy muy débil. Muy confusa. La parte lógica de mi cerebro no puede comprender lo que acaba de suceder. Me agarro al borde de la cama, la cual cede un poco por mi peso, y me levanto con cuidado. Noto otro pinchazo en mi oído derecho y vuelvo a notar como cae sangre. Ando tambaleante por la habitación hasta la puerta y la abro velozmente para salir al pasillo y cerrarla de un portazo. Freddie viene corriendo y se mete por mis pies, lo esquivo con dificultad mientras ando hasta el baño y voy hacia el lavamanos. Me apoyo e intento coger aire y controlar mi respiración pues me encuentro muy nerviosa. Me miro en el espejo, noto en mi rostro la preocupación, el miedo, la confusión... Giro la cabeza hacia la izquierda y veo como cae un hilo rojo de sangre desde mi oreja hasta mi clavícula. Me limpio con un poco de papel y me agacho para beber un poco de agua del grifo.

Tras unos minutos sentada en el baño consigo relajarme un poco. Me levanto con lentitud, notando como si mi cuerpo pesara cien kilos más. Vuelvo a mirarme en el espejo. Tengo ojeras del cansancio que me ha supuesto la... "visión". El pelo enmarañado y despeinado de haberme caído al suelo, los ojos enrojecidos y una expresión seria y preocupada.

Suele sucederme algo parecido, pero nunca con tanta intensidad, nunca me he sentido vista ni...

La primera vez sucedió cuando tenía cuatro años, al menos la primera vez que recuerdo. Estaba con mi tía y mi prima en el parque de al lado de su casa, habíamos ido a pasar la tarde después del colegio. Allí había muchos niños que saltaban, corrían, reían, jugaban... Pero yo, que he sido siempre algo solitaria y curiosa, me puse a investigar por el parque. Miré a mi tía la cual hablaba con un hombre y miraban en dirección a Mara, mi prima. Aprovechando su descuido me metí entre las plantas buscando hojas bonitas que coleccionar. Pero entonces encontré un gorro de lana en el suelo, lleno de tierra y suciedad, el cual parecía llevar mucho tiempo allí. Inocente, cogí el gorro con las manos.

En un instante me dolían los oídos y no veía nada, cerré los ojos con

fuerza, me tapé las orejas asustada y cuando pude ver era completamente de noche y hacía mucho frío en el parque; más del que suele hacer en mayo. Empecé a llorar asustada.

¿Ya era de noche? ¿Me había perdido?

—¡¿Tía Petra?! —grité temblorosa.

Salí de los matorrales y fui arrastrando los pies hacia el centro del parque con la esperanza de que mi tía y mi prima estuvieran allí esperándome o buscándome. Por desgracia, no estaban, no había nadie. De repente escuché unas fuertes y rápidas pisadas que sonaban cada vez más cerca. Alarmada, con la respiración acelerada, corrí a meterme detrás de una planta para que nadie pudiera verme. Temblaba de frío y de miedo por estar sola y helada, vulnerable ante alguien que se acercaba a mí.

Apareció un hombre corriendo, llevaba puesto aquel gorro que había cogido antes. El hombre me pareció muy mayor para aquel entonces, pero tan solo tendría unos cincuenta años. Parecía aterrado. Se paró detrás de unas plantas y miró por donde había llegado. Se llevó las manos a la cabeza dando la impresión de estar llorando. Sonó una especie de ventolera y apareció una figura encapuchada, vestida de negro y que parecía levitar. Siempre creí que aquello era un poco la fantasía de una niña de cuatro años, porque realmente parecía levitar en vez de andar.

El hombre temblaba tanto o más que yo, y parecía querer que no le vieran pero fue en balde. Aquella figura se giró hacia él y alzó la mano con una especie de daga dorada.

¡ZAAAS!

Un solo y certero lanzamiento sirvió para que el hombre cayera de espaldas contra el suelo. Gritó y se llevó la mano al abdomen que no dejaba de sangrar. Yo estaba paralizada, con los ojos como platos viendo aquella escena.

La figura se acercó a él, este se levantó torpemente y corrió encogido hacia la derecha, hacia donde yo me encontraba. Me giré siguiéndole con la mirada hasta que quedé descubierta de mi escondite, pero no parecía verme. Llegó hasta delante de mí, hasta donde yo había estado buscando hojas, y se apoyó en el muro para coger aire. Miré por detrás del matorral pero no localicé a la figura. Hasta que de pronto la tuve al lado, a escasos centímetros de mí. Parecía más grande que antes, era muy alta y el abrigo negro le llegaba hasta los pies, tapándole completamente. El hombre la miró, pude ver como le caían lágrimas por las mejillas y finalmente dijo:

—No lo hagas, por favor. No tienes por qué hacerlo. No...

La figura no dijo nada, se acercó más a él y este tropezó hasta caer al suelo. Se le cayó el gorro y quedó enterrado en la arena. Entonces la figura levantó la mano y el hombre gritó a la vez que yo.

Cerré los ojos mientras gritaba con todas mis fuerzas, lo más alto que me permitían los pulmones.

—¡Rebecca! —escuché decir a mi tía— ¡¿Estás bien, Rebecca?!

Abrí los ojos llorando y vi a mi tía muy asustada mirarme. La luz del día había regresado.

—¿Te has hecho daño? ¿Qué te pasa?

Yo negué con la cabeza y me rasqué el oído derecho, el cual me molestaba todavía. Miré tras mi tía, la cual me agarraba los brazos y me limpiaba las lágrimas. El gorro estaba ahí, quién sabe desde cuándo, y quién sabe por qué. ¿Quién era? ¿Qué pasó? Lo único que me importaba en aquel momento era estar con mi tía y estar bien.

Mara también vino a ver qué ocurría, y algunos padres, señalé aquel gorro pero nadie le dio importancia, nadie hizo caso a una niña de cuatro años.

Caja de música



Con el paso del tiempo volvió a sucederme, no siempre, pero cada vez con más frecuencia. Solía ser al tocar objetos antiguos, objetos con tiempo, con historia. Algunas veces eran “visiones” (como yo las llamo) desagradables, pero otras no tanto. Después de aquella vez me dio mucho miedo, pues lo asocié a cosas malas, y creía que al final esa figura vendría a por mí. Tuve pesadillas noche tras noche con ella, e incluso todavía siguen sucediendo. Estaba en el colegio, ya tenía seis años pero recordaba perfectamente lo sucedido dos años atrás. La profesora trajo para mostrarnos una caja de música antigua, que al parecer había pertenecido a su abuela. Dejó que nos acercáramos todos a verla. La verdad, nos hacía mucha ilusión. Era una caja pequeña de madera, la cual al abrirse dejaba ver una especie de mecanismo con palanca y una especie de dibujo o foto demacrado por el tiempo. La profesora la levantó y dijo:

—Que nadie la toque, es muy antigua y se puede romper. Pero dejad que os enseñe lo que hace.

Giró varias veces aquella palanca y por sorpresa de todos empezó a sonar una cancioncita aguda y pegadiza. La profesora la dejó en la mesa y movía la cabeza al ritmo de la música. Mis compañeros empezaron a bailotear y correr por la clase.

—No, chicos, tranquilos —dijo ella y se levantó para poner orden.

En ese segundo de descuido me levanté corriendo del suelo y acaricié la suave madera vieja de la caja.

Me asusté de nuevo al notar aquel dolor de oídos y la falta de visión.

“¡No! ¡No quiero volver con eso!”, pensaba asustada. Me tapé los ojos con las manos y negué con la cabeza, decidida a no mirar y así no ver.

Pero en cuanto el dolor de oídos cesó escuché la musiquita.

—¡Estoy en el colegio! —exclamé y me destapé.

Me equivoqué, pues la música era la misma pero no la escena. Sorprendida miré a mi alrededor. Me encontraba en una pequeña y antigua casa iluminada por la luz de la chimenea. Frente a la chimenea una alfombra grande y de aspecto suave con dibujos rojos, blancos y verdes. Escuché unos pasos detrás de mí y me giré con sobresalto. Era una mujer, con arrugas a los lados de los ojos y de mirada amable. Llevaba una especie de vestido y delantal bordado color crema algo sucio, en la mano portaba la caja de música y mientras andaba la escondió bajo el delantal. Pasó por mi lado y me di cuenta de que yo estaba de rodillas sobre la alfombra y a mi derecha había una niña. La niña tendría más o menos mi edad y estaba mirando el fuego, las llamas se reflejaban en sus ojos claros chisporroteando. Llevaba los rizos despeinados y enmarañados, y la cara sucia.

—Ana —dijo la mujer y se sentó al lado de la niña.

La tal Ana se giró hacia ella y sonrió contenta. Se acercó y se puso a su lado abrazándola.

—Tengo una cosa para ti, pequeña.

—¿Qué, mamá? —respondió la niña y la miró sonriendo.

—Esta mañana mientras iba al pozo he visto en un escaparate algo precioso que he pensado que tenía que ser para mi Anita.

—¿De verdad?!

—Sí, cariño.

—¿Y lo has comprado?

—Sí. Pero no puedes decir nada, será un secreto nuestro. ¿Vale? —susurró la madre.

—¿Agatha y Luis no se pueden enterar?

—No, nadie.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos dinero y he tenido que...bueno, cariño, no importa. ¿Quieres verlo o no?

La niña asintió contenta. La escena me daba mucha nostalgia. Mi tía siempre me había cuidado como si fuera su hija, pero no lo era. Podía ver esa conexión con Mara, aquella que veía entre aquella mujer y esa tal Ana, esa conexión que nunca viví con mi madre. Me acerqué a ellas para ver qué sacaba la mujer de bajo su delantal y me senté a su lado. Quedando la mujer en medio de las dos, aunque a mí no me miraban.

Sacó la misma cajita de música que trajo la profesora a clase, la cual se acababa

de esconder, aunque estaba más brillante y bonita.

Ana dio un fuerte suspiro de emoción y dijo:

—¿Qué es?! ¿Qué es?!

—Es una cajita de música, cariño. Mira.

Como hizo la profesora poco antes, la mujer giró varias veces la manivela y abrió la caja. Sonó entonces de nuevo la canción.

—Es muy bonita, mamá. ¡Me encanta!

La madre agarró a su hija poniéndosela sobre los muslos y le besó la cabeza. Ambas miraban la cajita mientras escuchaban. Entonces dejó de sonar.

—¡Otra vez!

La madre le dio cuerda y empezó de nuevo, solo que aquella vez empezó a tararear:

*“Dulce, pequeña, mi niña bonita
Mientras suene esta canción
Sabes que mamá está en tu corazón
Dulce, pequeña, mi niña bonita
Nunca olvides que te quiero,
Chiquitita.”*

La madre y la hija la cantaron una y otra vez juntas, resplandeciendo amor y cariño la una a la otra. Yo tenía los ojos llorosos de presenciar aquello y terminé murmurando la canción.

Cuando abrí los ojos tras el dolor de oídos y ceguera momentánea, vi a mi profesora volver a sentarse en su mesa y coger la caja.

—Vamos a escucharla otra vez. ¿Queréis?

Cuando la música volvió a sonar sonreí y no pude evitar cantar al ritmo de la música:

*“Dulce, pequeña, mi niña bonita
Mientras suene esta canción
Sabes que mamá está en tu corazón...”*

La profesora me miró estupefacta, con los ojos muy abiertos y respirando rápido. Dejó la caja y se acercó a mí.

—Rebecca, ¿dónde has aprendido esa canción? —preguntó perpleja.

Yo la miré, sonreí y me encogí de hombros.

Después de aquella “visión” empecé a no tenerle tanto miedo. Al día siguiente me escapé del grupo antes de salir al recreo para correr a tocar la caja, pero entonces no funcionó.

Me di cuenta que no funcionaba siempre, era solo algunas ocasiones. Pasó un tiempo hasta que no volvió a suceder, pero cada vez había menos distancia entre una y otra. Vi cumpleaños, peleas, nacimientos, momentos tristes y momentos alegres en los que nunca podía participar. Cuando cumplí los quince años tenía más o menos una “visión” a la semana, y un año después una al día. Hasta que cada vez que tocaba algo veía su pasado. Fue entonces cuando se me empezó a ir de las manos y decidí que era mejor llevar guantes puestos.

Todavía, con veintitrés años, no puedo controlarlo bien. He aprendido algunas cosas como que después de cada “visión” pierdo fuerza y no puedo volver a tener otra, que cuanto más larga es más cansada termino, que hay objetos que no tienen nada que mostrar y que...es mi mayor secreto.

Mi tía y prima me han preguntado más de una vez por qué no me quito los guantes, pero mentí respondiendo que padecía una enfermedad en las manos y que siempre se me helaban y llenaban de moratones y heridas. Excusa perfecta al vivir en un pueblo tan gélido en el que en verano vamos todavía con manga larga.

De aquella figura no volví a saber nada, nunca más volví a verla. Pero sí a aquel hombre. Al principio no sabía a quien me recordaba aquella fotografía, pero luego caí en la cuenta de que era el hombre de la primera “visión”.

Lo encontré en un papel casi transparente y desaparecido que había colgado en un poste de madera. El cartel decía que aquel hombre había desaparecido.

Pregunté a mi tía sobre él, pero no sabía nada y volví al parque, sin embargo, el gorro ya no estaba allí. No fui a la policía por el hecho de que no sé si me habrían hecho menos caso por ser una niña de diez años o por decir que lo vi en una visión al encontrar un gorro que ya no estaba allí.

Nunca me he atrevido a entrar a la habitación de mis padres sin guantes como ahora puesto que sabía que podría ver algo y no me sentía preparada. Sentía ese hueco oscuro en el fondo de mi corazón que me decía que no era el momento.

Ahora, después de lo que he visto, no sé cómo me siento. Siempre he sido mera observadora, pero juraría que yo misma me he visto y juraría que mi...

padre también.

La verdad, nunca he tenido el valor de contarle a nadie lo de las “visiones”, ni siquiera a Mara o mi tía Petra. Creo que cualquiera pensaría que estoy loca y no me apetece pasar por ello. Prefiero que quede para mí, y si eso para Freddie.

Me pongo el pijama y el batín para entrar en calor y bajo al salón seguida por mi hurón; enciendo la estufa, preparo una taza de chocolate caliente y cojo un libro de la mesa. El plan perfecto.

No sé cuanto tiempo paso así, leyendo en mi soledad, imaginando que vivo en otro mundo muy lejano. Me quedo dormida. Empiezo a sudar y gimotear presa de una pesadilla, en mi mente no para de aparecer la imagen de aquella figura que vi por primera vez. ¿Por qué ahora? ¿Será por haberlo recordado? Tal vez. Aquello me marcó más de lo que hubiera querido. Seguramente será normal, puesto que no es algo de buen gusto para una niña de cuatro años, ni tampoco muy común.

Al día siguiente me despierto en mi habitación, supongo que habré llegado medio dormida y no lo recuerdo. Bajo arrastrando los pies hasta la cocina y me preparo un cortado. En el momento en que mis labios rozan el borde caliente de la taza escucho sonar mi móvil. Me acerco y lo cojo al ver que es Mara.

—Dime —respondo con voz ronca.

—¿Rebecca? Buenos días, ¿no?

—Aún no me he tomado ni el café —rechisto molesta.

—Vale, no te enfades... —escucho un suspiro—. ¿Hoy vas a venir a comer?

—¿Hoy? —dudo y miro la pantalla del móvil para comprobar qué día es—. Claro, es domingo.

—Ah vale. Es que como el domingo pasado no viniste.

—No me encontraba muy bien, pero hoy sí que voy.

—Vale, ¡nos vemos luego, prima!

—Hasta lue... —me interrumpe.

Dejo caer el móvil sobre la encimera negra y cojo de nuevo mi café para darle un gran sorbo.

Todos los domingos como con mi tía y prima en su casa. La verdad, hay días que no sé muy bien de qué hablar con ellas pues tampoco es que mi vida sea muy interesante. Normalmente voy del trabajo a casa, y salgo para pasear

en solitario o correr un rato por el bosque.

Mientras me visto miro por la ventana y veo que está lloviendo, por lo que decido abrigarme más de lo normal y ponerme un impermeable.

Ando pocos minutos bajo la fría y húmeda lluvia hasta que llego a la casa de mi tía y prima. Por fuera es muy parecida a la mía, como el resto del pueblo.

Paso allende el jardín hasta llegar a las escaleritas que subo dando grandes pasos. Una vez frente a la puerta doy varios golpes suaves.

Enseguida escucho que alguien corre y se muestra ante mí. Mara aparece vestida con un batín de pelo blanco y las zapatillas de “estar por casa”. Miro a mi prima y sonrío. Lleva el pelo castaño oscuro recogido en un moño desenfundado y me mira con sus ojos azules, los mismo que mi tía y mi padre.

—¡Hola prima! Pasa, que hace un frío...

—Lo sé, estoy helada.

—Normal, nunca llevas paraguas...

Entro en la casa y noto la calidez del hogar. Suspiro y me quito el impermeable mojado y lo cuelgo en el perchero de la entrada, al lado de mi abrigo. Me quito también las botas y ando con placer por la caliente y acolchada moqueta.

Entro al salón, a la izquierda, y veo que mi tía coloca los platos de colores sobre el mantel de tela.

—¡Hola, tía! —exclamo, me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—Hola, cariño. Estás heladita.

—Sí, está lloviendo.

—Lo sé, lo sé.

Voy hacia la cocina y cojo una bandeja que hay preparada sobre la encimera de mármol con colorida ensalada de canónigos y frutas. La llevo con las dos manos de nuevo al salón y mi tía me mira mientras coloca una servilleta para cada una.

—¿Qué tal en la librería?

—Bien, la verdad creo que cada vez se interesan más jóvenes por los libros y la lectura.

—¿En serio? —responde mi prima que llega a mis espaldas con tres vasos y una botella de cristal transparente.

—Sí, esta semana he vendido el doble que la anterior, que tampoco es mucho, pero el ochenta y cinco por ciento diría que tenían menos de veinticinco años.

—Eso es bueno, la cultura es fundamental para la vida —alega mi tía y pasa por mi lado hacia la cocina.

Voy tras ella siguiendo sus pasos y al llegar allí me entrega una fuente con estofado de carne y patatas. Ella coge un cucharón y mi prima una lata de refresco de la nevera.

Las tres vamos hasta la mesa y nos sentamos, cada una en su sitio habitual, el de toda la vida.

Me sirvo un poco de ensalada y como tranquila mientras me siento observada por Mara.

La miro y me encojo de hombros, ella sonrío y niega con la cabeza. Mi tía nos mira con los ojos entrecerrados, a sabiendas de que intentamos decirnos algo con la mirada por no decirlo con la voz delante de ella.

Comemos tranquilamente mientras hablamos de temas tribales hasta que mi tía Petra pregunta:

—Rebecca, ¿has entrado a la habitación de tus padres?

La miro sorprendida y no puedo evitar que se me resbale el tenedor de la mano. Lo cojo en el aire y me aclaro la garganta.

—¿Por qué lo preguntas, tía? —murmuro sin mirarla.

—No, nada, es solo curiosidad. El otro día estaba viendo fotos antiguas y recordé que en su casa había más álbumes. Y pensé...que...bueno, nunca has querido entrar y no sé por qué.

—Sí, he entrado. Claro —argumento restándole importancia al asunto.

—¿Has entrado? Pensaba que no te gustaba...

—Solo es una habitación —interrumpo y la miro.

—Claro, cariño.

Mi tía baja la mirada y coge el estofado para servirse un poco más. Yo suspiro y miro para otro lado, evitando la mirada de las únicas personas de la familia que me quedan.

El resto de la comida transcurre un poco silenciosa e incómoda y tras tomar un poco de tarta de queso de postre subo a la habitación de Mara con esta. Su habitación siempre ha estado igual, a pesar de su edad parece una habitación infantil, con paredes rosadas, cama de forja blanca con dosel, fotos pegadas con cinta y cojines de flores.

—Rebecca, tengo que contarte algo sobre mis inversiones.

—¿Qué inversiones? —pregunto mientras me siento en la cama.

—¡Lo de ir al bosque!

—Ah, vale —respondo y meneo la cabeza haciendo que el pelo se meza

hacia los lados.

—Tienes que saberlo, Rebecca. He encontrado un lugar... —cuchichea ella y baja la voz en la última palabra.

—¿Cómo que un lugar? —pregunto enarcando una ceja.

—Es una especie de casa, un caserón abandonado de hace mucho tiempo. Di vueltas alrededor pero no entré, y quiero entrar...

—Espera, ¿una casa? ¿Dónde?

—A unos treinta o treinta y cinco minutos andando hacia el este.

Yo la miro en silencio, con el ceño fruncido, a la espera que diga lo que tiene que decir y sé que se está guardando.

—Tienes que venir conmigo, ¡tenemos que entrar! —protesta y levanta las manos.

Yo la miro y niego con la cabeza. ¿Yo? ¿Ir a una casa abandonada? No, ni hablar. Aunque lleve puestos los guantes...podría ocurrir un accidente, podría tocar algo de algún modo sin darme cuenta y Mara sabría que me pasa algo raro. ¿Qué pensaría de mí?

—No, yo no voy, Mara —respondo ante su intensa mirada.

—¿Enserio? ¿Vas a dejar que vaya yo sola? —cuestiona ella y se sienta a mi lado resignada.

—Tú tampoco deberías ir, si está ahí y abandonada es por algo.

—Voy a ir —rechista y me mira levantando la barbilla.

—Bien, tú verás, ya eres mayorcita —respondo y me levanto de la cama—. Luego no me hagas responsable de lo que pueda suceder.

Salgo por la puerta y ando por el pasillo dispuesta a bajar las escaleras pero me agarran del brazo y me giro. Mara me mira suplicante.

—Solo acompáñame para que te la enseñe. Aunque sea por el hecho de pasar una tarde juntas.

La miro a los ojos azules y me veo reflejada en ellos. Suspiro y finalmente asiento despacio.

—¿Mañana? —pregunta ella y me suelta el brazo.

—No, mañana tengo que organizar los nuevos pedidos de la librería, el martes.

—Vale, el martes te recojo en tu casa.

Asiento y por fin Mara sonrío. Cojo aire y bajo tranquilamente las escaleras hasta el salón, allí veo a mi tía Petra leyendo un libro en el sofá, ahora lleva unas gafas puestas y el pelo rubio le cae sobre un lado, en el hombro izquierdo. Levanta la vista y sonrío al verme.

—¿Ya te vas, cariño?

—Sí, tía. Quiero descansar para mañana, tendré bastante trabajo — respondo mientras cojo del suelo mis botas y me las pongo.

Mi tía se levanta del sofá dejando el libro grueso que leía sobre la mesita baja de madera oscura. Viene hacia mí y me mira fijamente, con una mirada azulada tan penetrante como la de Mara. En ocasiones creo que me están leyendo la mente o analizándome de algún modo.

Me incorporo y la miro a los ojos mientras sonrío. Ella sonrío también y me abraza con cariño.

—Ten cuidado y abrígate —murmura antes de soltarme.

—Lo haré, tía —respondo y me pongo el abrigo y el chubasquero.

Una vez abrigada y preparada me despido con la mano y salgo por la puerta principal de la casa. Bajo las escaleritas para traspasar el jardín y ando tranquilamente por la calle a sabiendas de que no hay casi nadie con quien cruzarme.

Durante los pocos minutos que tardo en llegar a mi casa le doy vueltas a un asunto. A la tarde de ayer, a la habitación de mis padres, la bufanda bermellón y la mirada de reojo de mi padre hacia...mí. ¿Realmente me habría visto? No, no puede ser. Solo es un recuerdo... Para salir de dudas creo que lo mejor será volver a entrar allí y buscar algún recuerdo más. Creo que es el momento, que estoy preparada para intentar averiguar qué les ocurrió a mis padres. Quién los mató, quién no me permitió conocerlos. Tengo tantas preguntas sin respuesta... ¿Dónde está el resto de mi familia? ¿Alguien más tendrá esta especie de “don” místico de ver el pasado? ¿Cómo afectará a mi vida a la larga? ¿Hasta dónde puedo llegar?

Me da un pinchazo la cabeza y acto reflejo me la toco con la mano. Está claro que el comerme la cabeza no me hará bien, y debo estar descansada si quiero...tener otra “visión”.

Atravieso la verja y llego allende el jardín, a la puerta principal de mi casa. La abro y recibo a Freddie con un par de caricias y besos. Cuelgo el abrigo, el chubasquero (ya seco porque no llueve) y dejo las botas en la entrada. Subo las escaleras dando largos pasos hasta llegar al pasillo y una vez allí miro las dos puertas. A la derecha la de mis padres, a la izquierda la mía. Por un momento dudo, pero finalmente entro en la habitación derecha. La puerta me recibe con un chirrido y la cierro a mis espaldas. Suspiro e intento calmar mis nervios. Miro a mi alrededor para buscar algo en especial que tocar, algo que pueda servirme. Hay muchos objetos que podrían darme

pistas.

A los pies de la cama están las botas de mi padre, en el perchero hay varios abrigos de ambos, el armario está lleno de ropa. En el escritorio hay cientos de papeles, y en sus cajones habrá muchas cosas escondidas. En la estantería hay libros, papeles y marcos de fotos. En sus mesitas de noche lámparas, un reloj, y en la izquierda hay una caja. Hay tanto por investigar.

“Piensa, piensa, piensa”, medito para mí misma. Con los guantes puestos decido ir hacia el escritorio, abro el primer cajón y veo que hay lápices, bolígrafos y libretas. Rebusco un poco y vuelvo a cerrarlo. Abro el siguiente, todo parecen cosas normales. Decido que lo mejor será ir poco a poco. Ahora lo que me interesa y ansío es comprobar si mi padre pudo verme en la “visión” pasada. Tengo que buscar algo suyo, acercarme a él y buscar respuestas.

Ando hasta la cama y me pongo frente a sus botas. Me quito despacio los guantes y los dejo sobre la cama. Me acuclillo y vacilante cojo una de las botas. Cierro los ojos. En un segundo me pitan los oídos, llega ese dolor al que ya me he acostumbrado. Aprieto más los ojos y cuando los abro estoy en el pueblo.

Es de día, parece muy temprano, está amaneciendo por el horizonte. Los rayos de sol rojizos dan unas tonalidades preciosas al cielo, cambiando su color azul habitual (aquí más bien gris por las nubes cargadas) a tonos anaranjados y rosados. Se levanta un poco de viento a mis espaldas y me giro. Estoy a las afueras del pueblo, en medio de la carretera de una calle que dobla a la derecha porque ya no hay más pueblo por el que seguir, tan solo encuentras bosque. Escucho el crujir de las hojas y veo algo moverse. Me acerco despacio entornando los ojos hasta que consigo ver algo moverse por la linde del bosque. Corro hacia ello y consigo verle el rostro. Es él, es mi padre. Mira a sus espaldas, hacia dentro del bosque con gesto angustiado. Le miro fijamente, mientras él duda un segundo, y me fijo en que lleva puestas las botas que acabo de tocar. De repente, mi padre sale corriendo esquivando los árboles por los límites del bosque. No dudo, corro en paralelo a él, le sigo lo más rápido que puedo. Salto charcos, salto matorrales y hierbajos, agujeros... De vez en cuando giro la vista para mirar a nuestras espaldas pero no veo que nos siga nadie, no escucho nada tampoco. Mi padre sigue corriendo. ¿De qué huye? ¿Quién le perseguía? ¿Sería su asesino? ¿Acaso era una especie de acosador?

Entonces se para, ahogado por la carrera, y se toca el hombro. Parece que se ha hecho daño, se ha debido dar algún golpe contra un tronco o rama. Me

paro y lo miro, intentando adivinar qué va a hacer. Busco por los alrededores pero no veo a nadie.

Mi padre sale de espaldas a mí del bosque y se adentra en el césped que separa los árboles de la carretera. Se gira y viene en mi dirección. Yo separo los labios para dejar escapar el aire por la expectación. “Vamos papá, estoy aquí. ¿Lo estoy?”, pienso. Él vuelve a mirar a sus espaldas y parece ver algo pues vuelve a correr. Se acerca hacia mí y está cada vez más cerca, cuándo está frente a mí no me mira. Yo emito un gemido y le miro a los ojos. Parece cansado, lleva el pelo sucio y despeinado, la ropa llena de tierra y las botas llenas de barro. Pasa por mi lado a punto de rozarme el hombro.

—¡Papá! —grito, pero no reacciona.

Sigue corriendo por la carretera para adentrarse en el pueblo y a mí me da tiempo a girarme un segundo hacia el bosque y ver algo, no sé bien qué veo allí, pero sé que había alguien.

“¿En qué andabas metido, papá?”

El pitido ensordecedor, aprietos los ojos y los vuelvo a abrir. Estoy sentada sobre el suelo de madera y la bota cae de mis manos sobre mis piernas. Veo como al chocar contra ellas ha dejado un poco de barro seco, por lo que no debió de suceder mucho antes de que los asesinaran. Resignada, tiro a un lado la bota y dejo escapar lágrimas de impotencia, en silencio, en la habitación que tal vez esconda todos los secretos de mi familia y que no soy capaz de descubrir.

III

La ventana



Noto un escalofrío que recorre cada centímetro de mi cuerpo arremetiendo contra mi vello, el cual se eriza. Abro los ojos con cansancio y tiemblo al notar el frío que inunda mi habitación. Me quito la manta y me pongo el batín mientras me levanto desperezándome. Entonces miro dudosa la habitación y compruebo que la ventana está abierta.

¿Pero qué...? ¿La dejé abierta?

Con razón hace tanto frío... Recuerdo haberla cerrado...o estaré confundida.

Saludo a Freddie y salgo de mi habitación arrastrando los pies, miro el pasillo confundida. Todo parece igual, pero noto algo diferente y no sé lo que es. Tengo un presentimiento extraño...es como que algo me molesta, pero no lo encuentro. Meneo la cabeza y le quito importancia. Estaré aún medio dormida. Bajo al piso inferior y me preparo un café. Miro mi móvil, son las ocho y media. En media hora he de estar en la librería para recibir el pedido del mes. Doy un sorbo al café y me apoyo pensativa sobre la encimera.

Ayer no conseguí lo que pretendía. En el fondo sabía o quería convencerme de que era imposible que mi padre me hubiera visto cuando tuve la “visión” de la bufanda bermellón. Pero, ¿por qué yo reaccioné? Es decir, ¿por qué el bebé sonrió cuando le saludé? ¿Tal vez porque fuera yo misma? Nada tiene sentido. Este “don”... es por completo desconocido y complicado para mí. Lo peor de todo es que estoy absolutamente sola en esto, nadie puede saberlo.

Al cabo de una hora salgo de mi casa con mi abrigo rojo hasta la rodilla bien abrochado, un gorro de lana a juego, un vestido negro y mis botas negras. Ando hasta adentrarme en el centro del pueblo. Veo a varias personas conocidas que me saludan al pasar, al panadero, a la chica que reparte el correo, a la mujer más mayor de pueblo... Atravieso la pequeña plaza de

piedra con una fuente en el medio, la cual salpica pequeñas gotas de agua, y paso por delante de varios comercios locales hasta llegar a una esquina. Allí se alza mi pequeña y acogedora librería. Unos ventanales muestran las grandes estanterías repletas de libros del interior, con varios carteles pegados anunciando ofertas y nuevas ediciones...o antiguas reliquias. Sobre los ventanales un cartel, anclado al ladrillo, en tonos verdes oscuros y marrones en el que se lee: “Librería Amapola Roja”, y a los lados dibujadas a mano varias amapolas. Su nombre proviene de que en el pueblo y los alrededores crecen de forma sorprendente las amapolas rojas, dándole un toque místico al pueblo, a su escenificación.

Bajo el cartel está la puerta de cristal y madera, a la cual me acerco para abrir. Una vez dentro aspiro el olor a papel y libros, tanto viejos como nuevos. Una combinación de fragancias embriagadora. Enciendo la luz y todas las lamparitas de pared alumbran la sala con su luz cálida.

Dejo el bolso y mis pertenencias sobre el pequeño mostrador donde se encuentra la caja registradora antigua que conseguí de la familia de los Berro, creo que pertenecía al difunto abuelo, a su zapatería, y cuando su hijo la heredó quiso modernizarla un poco, pero le apenaba deshacerse de una máquina tan añeja y hermosa. Yo se la compré por poco dinero y la verdad es que le da una esencia perfecta a la librería, y funciona sin ningún tipo de problema.

Sonrío al pasar mis dedos enguantados por sus botones metálicos y pego un sobresalto al escuchar el claxon de la furgoneta que ha parado frente a la librería.

Salgo de detrás del mostrador y voy rápidamente hasta la puerta dónde la mantengo abierta para que Anis entre cargado de varias enormes cajas.

—¡Buenos días, preciosa! Aquí tienes todo lo que has pedido —escucho decir desde detrás de las cajas que le tapan la cara.

—¡Buenos días! ¡Qué alegría! —sonrío y voy detrás de él.

Anis deja las cajas al lado del mostrador y se gira para mirarme. Me sacará dos cabezas, es un chico tremendamente alto que siempre que entra a la librería tiene que esquivar tablones de madera del techo que sujetan más libros. También es joven, tendrá un par de años más que yo, y trabaja con sus padres repartiendo los pedidos de todo el pueblo.

Me mira a los ojos con una sonrisa infantil y yo desvío la mirada. Aprovecho para acercarme a las cajas y observarlas.

—No sé dónde vas a meterlo todo, ya no te cabe más... —expone él a mis

espaldas.

—Sí, claro que cabe más. Mucho más —respondo y me giro hacia él—. Muchas gracias por traerlo, Anis.

—De nada, Rebecca —contesta y se escucha otro pitido.

Ambos miramos hacia la puerta y vemos al padre de Anis desde la furgoneta hacerle señas para que salga. Yo me río por lo bajo y le miro de nuevo.

—Me tengo que ir, ¡nos vemos pronto! —declara él y tras rascarse su pelo rapado sale corriendo hacia la puerta.

Yo suspiro y vuelvo a reírme para mí misma. Anis es una persona muy agradable pero intuyo que él me mira con otros ojos y lamentablemente no siento lo mismo por él. La verdad, me apena, ya que lo conozco de toda la vida y no me gustaría hacerle ningún daño o causarle alguna molestia, además, es honrado y muy buena persona.

Paso la mañana vaciando cajas y amontando libros, clasificando y poniéndoles el precio. Luego repartiéndolos en secciones por la librería. Me mantengo así, ocupada, varias horas en las cuales solo entra una mujer anciana y el hombre de la carnicería. Son las dos y media cuando estoy cansada, con la barriga rugiendo y cuadrando la caja hasta el día siguiente. Escucho el tintineo de la campana que cuelga sobre la puerta y levanto la vista. Es un chico, tan solo lo he visto unas cuantas veces pues llegó hace tan solo un par de años, no obstante hemos coincidido poco, creo que no sale mucho. Nunca había entrado a la librería y la verdad hacía ya bastante que no lo veía. Para ser justos no me he movido por el lado del pueblo donde él vive, antes corría por allí y lo vi salir de una casa dos o tres veces, pero ahora prefiero correr cerca de mi casa, a las afueras del pueblo.

Me mira con sus ojos grises tan expresivos y me muestra una gran sonrisa. Se peina con la mano el pelo castaño oscuro, claramente como un acto reflejo del nerviosismo. Lleva una chaqueta de franela grisácea y unos vaqueros azules. Parece de complexión robusta, la verdad nunca lo había visto tan de cerca.

—Hola, no sé si aún puedo entrar o... —masculla él vacilante.

Yo asiento y sonrío lo mejor que sé.

—¡Buenos días! Claro, pasa. Aún no había cerrado.

Él sonrío de nuevo y baja la mirada un segundo. Luego, se acerca hacia mí, hacia el mostrador. Le miro a los ojos, la verdad son unos de los ojos más expresivos que he visto, profundos, penetrantes y que brillan con fuerza al

mirarme.

—¿Qué buscabas? —pregunto señalando a mi alrededor.

—Un libro... —murmura él sin dejar de mirarme.

Yo abro la boca para hablar pero no puedo evitar reír ante su respuesta obvia. Él se da cuenta y ríe también.

—Disculpa... —implora y yo niego con la cabeza—. La verdad no tengo mucha idea.

—¿Qué te gusta leer? —pregunto y salgo de detrás del mostrador.

—Pues...tan solo habitúo a leer el periódico y a escribir las noticias que me mandan. No suelo tener mucho tiempo.

—¿Escribes? —cuestiono curiosa y levanto la mirada para observarle.

Él sonríe y vuelve a tocarse el pelo.

—Sí, trabajo en un periódico. No es de aquí, por eso apenas salgo de casa.

—¡Ah! ¡Qué interesante!

—Sí, bueno, al final resulta un poco solitario y aburrido.

—Bueno, en este pueblo todos somos un poco solitarios —respondo y voy hacia una estantería en particular.

—Eso me había parecido... No he hecho muchos amigos desde que llegué.

—Aquí todos nos conocemos, los desconocidos son...bueno, desconocidos —respondo y toco los lomos de varios libros hasta dar con el que buscaba.

Lo saco y miro la portada de tonalidades rojizas y negras, sonrío y se lo entrego.

—Toma —prosigo—. Es novela negra, investigación, misterio...creo que pude gustarte. Si no es tu estilo vuelve y probamos con otro.

Él lo coge, lo mira y asiente sonriendo.

—Está bien, eso haré.

Vamos hasta el mostrador y le cobro el precio del libro. Tras pagarme le doy su recibo y él suspira.

—La verdad, me has parecido una persona muy agradable y me gustaría no estar tan solo...

—Me llamo Rebecca —respondo para su sorpresa y él se ríe.

—Yo me llamo Ciro. Encantado de conocerte, Rebecca —responde y sonríe—. ¿Te gustaría tomar un café un día de estos?

—Vale, toma —contesto y le entrego una tarjeta de la librería con mi número de teléfono.

—Gracias, genial. Te llamaré.

Yo asiente y sonrío. Él levanta la mano para despedirse y tras mirarme a los ojos da media vuelta y va hacia la puerta de la librería. Cuando la abre y tintinea la campanita vocifero:

—¡Ciro! —él se gira para mirarme— ¿Por qué has querido empezar a leer justo ahora?

—Me dijeron que si quería conocer nuevas historias y mundos el mejor lugar era un campo de amapolas.

Le miro sorprendida por su respuesta y no puedo evitar sentirme encantada. Sonrío, asiento y me coloco un mechón de pelo tras la oreja. Giro se despide de nuevo, ahora con la cabeza, y sale de la librería.

Yo, ya en la soledad de la tienda, suspiro y me dispongo a volver a cuadrar la caja.

Llego a casa pasadas las tres y media de la tarde por lo que mis ganas para hacerme la comida son nulas, cojo lo primero que encuentro en la nevera y me preparo un sándwich el cual engullo con desesperación. Estaba muerta de hambre. Por la tarde, tras haberme quedado dormida leyendo, decido que lo mejor será activarme un poco, por lo que me pongo mis deportivas, mi cortavientos y equipamiento de correr y salgo al frío de la noche. Apenas son las seis y media y todo ya está completamente oscuro. Salgo del jardín y veo como el aire que escapa de mi boca cuando respiro se convierte en vaho.

Hago unos cuantos estiramientos, doy un par de saltitos para entrar en calor y recorro al trote la calle hacia la derecha. Me concentro en controlar mi respiración, en no dejar de mover las piernas a un ritmo estable y mientras, sin saber bien por qué, viene a mi mente Giro. Sonrío. Este chico ha aparecido sin que lo esperara, y la verdad, ha sido un encuentro muy agradable. Me siento cómoda con él y él parece estar bien conmigo.

¿Me llamará para tomar ese café?

Giro a la derecha de nuevo y corro cuesta abajo, cojo más velocidad, y más...me dejo caer notando el aire frío en mi rostro y me arrepiento de no haberme puesto algo en el cuello. Cuando cesa el terreno descendente vuelvo a mi ritmo normal poco a poco y tomo aire. Inhalo, exhalo, inhalo, exhalo.

Cuando me doy cuenta me encuentro en un lugar conocido, en el mismo lugar en el que estuve ayer en la “visión”. No puedo evitar aminorar la marcha y mirar hacia el bosque, hacia donde mi padre huía de alguien, o algo... Me paro un momento, con la respiración acelerada, y cierro los ojos

recordando cómo pasó por mi lado, casi rozándome el hombro...y cómo le llamé y no reaccionó. Lo cual era lo más lógico y probable.

Tras un largo suspiro abro los ojos y vuelvo a la oscuridad de la noche y a la realidad. Pero algo llama mi atención, veo una sombra en los árboles del bosque. Entorno la vista y me acerco un poco pero no hay nada. Tal vez sean cosas mías, tal vez estoy demasiado enfrascada en los recuerdos y ya confundo la realidad. Meneo la cabeza, notando cada vez más frío, y prosigo con mi carrera.

En la librería no puedo evitar pensar en si Ciro aparecerá, pero no es así. La mañana pasa tranquila, vendo un par de libros nuevos, de los que coloqué ayer, y realizo un par de llamadas a clientes fieles a los que informo de las novedades. A las dos estoy de camino a casa cuando me suena el teléfono y rápidamente lo saco del bolsillo de la chaqueta para cogerlo.

—¿Sí?

—Hola, Rebecca —escucho decir a Mara.

Suelto el aire que estaba conteniendo, ya que aunque me cueste reconocerlo he de decir que me siento algo decepcionada al escuchar la voz de mi prima.

—Dime, Mara —respondo.

—A las cinco iré a tu casa para nuestra misión, ¿vale? —se regocija ella con cierto entusiasmo.

Yo maldigo en silencio ya que había olvidado por completo que había quedado con mi prima Mara para esa estúpida caminata bosque adentro.

—¿Cinco? Apenas voy a poder descansar...

—Rebecca, sabes que anochece muy pronto y no querría que nos perdiéramos en la oscuridad del bosque —expone ella y yo asiento.

—Yo tampoco. Tienes razón, prima.

—Genial, entonces. Así quedamos —determina y me manda un beso antes de colgar.

Vuelvo a guardar el teléfono y entro en mi hogar, donde como siempre saludo a Freddie. Me hago macarrones con verdura y queso para comer, y la verdad me siento un poco abrumada. No tengo ganas de descansar, estoy nerviosa, no sé bien porqué en particular. No sé si es por Ciro, por las “visiones”, por las ganas de seguir investigando la muerte de mis padres... Pero lo que sé es que no puedo estarme quieta. Necesito hacer algo, necesito respuestas. Necesito seguir adelante.

Me levanto del sofá decidida y subo rápidamente las escaleras, me quito los guantes mientras atravieso el pasillo y cojo el pomo de la puerta para abrirla, pero... Dolor, ese pitido infernal en los oídos y esa prematura ceguera.

¿Qué? ¿Ahora? No esperaba que simplemente el pomo de la puerta... tuviera algo que mostrarme.

Escucho un portazo y me sobresalto, abro los ojos de golpe. La puerta de mis padres se ha cerrado en mis narices. Miro a mi alrededor y veo que está anocheciendo. Estoy en una “visión”. Escucho voces tras la puerta, reconozco la voz de mis padres pero no logro entender lo que dicen. Pego la oreja a la puerta para intentar escuchar mejor, sin embargo, al dejar el peso la puerta cede y se abre. Entro torpemente a la habitación intentando no caerme.

¿Cómo puedo haber abierto la puerta?

Veo a mis padres mirar hacia mí en silencio, con los ojos como platos, luego se miran entre ellos con gesto de preocupación.

—Yo... —balbuceo.

Mi madre viene hacia mí y me quedo estupefacta, parada como una estatua, sin saber cómo reaccionar. Pero ella pasa por mi lado sin mirarme y cierra la puerta, pone el pestillo y se apoya sobre ella.

—¿Crees qué está aquí? —susurra.

Mi padre baja la mirada pensativo y se aprieta el ceño.

—No lo sé, no entiendo cómo... cómo ha podido descubrirnos.

—La niña... —solloza mi madre.

—Rebecca está bien, está con mi hermana —responde él y se acerca para ofrecerle la mano.

Mi madre la coge con cariño y la acaricia con los dedos. Los dos se dan un fuerte abrazo y un beso.

—Nada va a poder con nosotros —susurra él apoyado sobre su hombro.

Entonces el pomo de la puerta empieza a moverse. Yo lo miro asustada y ellos hacen lo mismo. Se alejan andando hacia atrás pero sin perder de vista la puerta ni un instante.

—Dame la mano —ordena mi padre—. Corre, Sara, dame la mano.

Mi madre le da la mano y los dos cierran los ojos con fuerza. Yo los miro sin comprender nada y vuelvo a mirar el pomo de la puerta que no deja de moverse.

¿No van a hacer nada? ¡Van a cogerles! Yo...no sé que hacer.

Estoy mezclando los recuerdos con el mundo real otra vez.

Sin pensarlo demasiado corro hacia la puerta y agarro el pomo con todas mis fuerzas. Tras unos forzosos intentos de quién lo esté intentado girar cesa todo movimiento. Suelto el pomo y me miro las manos, asombrada.

¿He...he interferido en un recuerdo? ¿Cómo es posible?

Mi madre abre los ojos y menea el brazo de mi padre.

—¡Eric! ¡Se ha ido! No puedo creerlo... Estamos bien —brama y se abraza a él.

Mi padre abre los ojos y mira hacia mi dirección, aunque sé que está mirando a la puerta no puedo evitar sonreírle.

Dolor, pitido, ceguera... Abro los ojos y estoy sola en la habitación de mis padres. Corro hacia donde ellos estaban como si pudiera alcanzarlos de algún modo..., pero hace tanto tiempo que se fueron...

El bosque



Son casi las cinco y sigo sentada sobre mi cama dándole vueltas a lo vivido en la última visión. Por un lado, sigo sin comprender cómo he podido tocar el objeto. No solo tocarlo sino interferir de algún modo en el pasado. Tal vez solo haya sido casualidad que cesara de moverse el pomo... pero juraría que la persona del otro lado de la puerta ha forcejeado conmigo.

Por otro lado, si mis padres sabían que alguien los estaba siguiendo, ¿por qué no llamaron a la policía? ¿Por qué no hicieron algo para atrapar a esa persona? Y, además, no comprendo aquello que dijo mi padre de “nos han descubierto”. ¿Qué escondían mis padres?

Escucho el timbre de la puerta y me pongo rápidamente los guantes. Mientras bajo al piso inferior siento una tremenda excitación en el pecho, unas ganas irrevocables de volver a tener otra “visión”, de seguir probando mi “don”, de ahondar en la muerte de mis padres. De tener, de una vez por todas, alguna respuesta a mis cientos de preguntas.

Abro la puerta y veo cómo el viento mueve todas las hojas anaranjadas caídas en mi jardín de un lado a otro. Miro a Mara a la cual se le mueve con ritmo el pelo por el viento. Lleva un gorro que ayuda a sujetarlo pero no es suficiente para que no le atrape el rostro. Ella se aparta la enredadera y me sonrío.

—¿Preparada para la aventura?

—¡Sí! —contesto con falso entusiasmo.

Salgo de casa y cierro con llave, no suelo hacerlo, pero saber que alguien entraba en nuestra casa no me da mucha confianza. Salimos juntas del jardín y mientras cierro la verja de metal miro de reojo mi ventana, la cual permanece cerrada.

—Rebecca, tengo muchas ganas de que la veas. Es tan intimidante...

—Con el frío que hace habrá que darse prisa si no queremos acabar

congeladas y perdidas en el bosque —respondo mientras camino a su lado.

Me abrocho todos los botones del abrigo rojo y me aprieto el gorro de lana contra la cabeza para cubrir más espacio.

Andamos por las calles y giramos, unos cinco minutos después, hacia la izquierda. Andamos un poco más mientras Mara me habla sobre su trabajo, trabaja en el ambulatorio del pueblo, de enfermera. Entonces llegamos a ese lugar, a esa zona del bosque donde vi a mi padre huir y donde me paré ayer al correr. Claro que ayer vine por otro lado, por eso no me he ubicado al venir hacia aquí. Me paro un instante y miro a Mara.

—¿Es por ahí? —titubeo señalando la zona donde había salido mi padre.

Ella sigue mi dedo y mira hacia allí, luego se gira lentamente hacia mí y frunce el ceño. Por un momento veo algo en su mirada, tal vez sospecha, duda o curiosidad. Finalmente, sonrío y dice:

—¡Sí! ¡¿No habrás ido sin mí?!

—No, claro que no. Es que pasé por aquí ayer corriendo —respondo restándole importancia.

Avanzamos en sentido contrario hacia el que corría mi padre, como si fuéramos a encontrarnos de frente contra el peligro. Ahora sí que siento interés por esta inmersión en el bosque, por descubrir aquella casa abandonada y por buscar conexiones con mis padres.

Nos adentramos en el frondoso bosque de altos árboles que se alzan hasta tocar los cielos. Una vez damos unos cuantos pasos parece que el bosque nos absorbe, incluso me siento como en una de mis “visiones”, como haber entrado en otra dimensión. A mis espaldas el pueblo parece muy lejano tapado por los gruesos troncos y una bruma recorre la superficie de la tierra cubierta por musgo verdoso. Atravesamos angostos senderos en los que la vegetación invade la tierra mientras voy detrás de Mara anonada con el paisaje. Las copas de los árboles, con sus miles de hojas, parecen construir un techado que no permite entrar apenas la luz del cielo, creando un ambiente dramático, oscuro y mágico.

Mara hace un ademán de agarrarse a una rama pero al ver que tiene pinchos la esquivo.

—¡Cuidado! —brama.

—¡La he visto!

Seguimos nuestro camino sorteando ramas punzantes, troncos caídos y matorrales hasta llegar a una especie de sendero el cual hace mucho tiempo debió marcar bien el camino, pero que ahora está invisible para el ojo a no ser

que te fijas mucho y sepas exactamente donde estás. Empezamos a andar sobre él y Mara no dice nada, solo anda concentrada en encontrar la casa.

—Mara..., no sé muy bien qué ves a venir sola por este bosque pero, ¿no crees que es un poco peligroso? —cuchicheo pensando en aquello que perseguía a mi padre por este mismo lugar.

—No te preocupes, creo que este bosque lleva vacío mucho tiempo — responde y me mira un instante sonriendo.

—Eso no puedes saberlo, Mara. No deberías hacerlo...

—No me sermonees, no eres mi madre —replica y yo me río.

Entonces Mara se para en seco y choco contra ella ya que iba mirando al suelo. Levanto la vista y la veo. Ahí está. Es un casón enorme y demacrado por el tiempo. La pintura de las paredes está medio borrada, con marcas de todo tipo que jamás podría imaginar como se crearon. Las ventanas de madera están partidas, algunas incluso cuelgan por la fachada. El tejado muestra algún agujero y las vigas de madera están rotas y astilladas, al igual que la valla del porche. Las escaleras que dan a este tienen varios agujeros y la puerta principal está cerrada, intacta, pero algo carcomida por el tiempo.

La miro boquiabierta, tendrá cuatro pisos de altura, impone tanto como los inmensos árboles de alrededor.

Mara me mira fijamente y sonrío. Yo la miro sin mediar palabra y ando lentamente hacia la casa, apretándome las manos en un intento de aguantar el ímpetu de tocar aquellos cimientos.

Mara viene a mi izquierda dando pasos tranquilos como los míos.

—¿Ves cómo merecía la pena verla? —pregunta y yo asiento aún asombrada.

Entonces escucho unas rápidas pisadas a mi derecha y me giro hacia ellas siguiéndolas con la mirada, pero no hay nada, solo el sonido. Sé que es mi padre. Sé que estuvo aquí.

Siempre he tenido cierta intuición pero nunca he llegado escuchar o ver cosas pertenecientes al pasado sin tocar nada. Tal vez esta casa tiene mucho poder y es lo que me permite sentirlo.

Mara me mira con el ceño fruncido y le sonrío para evitar que se preocupe o piense que estoy loca. No pronuncio palabra y empiezo a andar entorno a la casa.

Tras un primer vistazo parece que todo está cerrado, menos aquellos agujeros en los cuales tan solo se alcanza a ver la oscuridad del interior.

Miro el cielo y veo, a través de las hojas, que empieza a estar anaranjado.

Mara me mira y anuncia:

—Deberíamos empezar a volver, si no se nos hará de noche mientras regresamos.

Yo asiento, entristecida por tener que marcharme de allí después de haberlo encontrado, pero a decir verdad no puedo hacer nada delante de Mara, no me queda otra que regresar yo sola. Pronto.

Andamos hacia el sendero para encontrar el camino de regreso, Mara de nuevo va delante porque ella conoce mejor el lugar. Entonces escucho el sonido de la madera y me giro rápidamente hacia el caserón. En una de las ventanas del segundo piso juraría ver pasar una sombra, dura tan solo un segundo y ya no veo nada, pero me deja un mal sabor de boca.

—¿Vamos? —pregunta Mara a mis espaldas haciéndome reaccionar.

—Sí —respondo y me giro de nuevo lentamente hacia el sendero.

Avanzo por la maleza sintiendo constantemente que alguien me observa a mis espaldas.

Cuando salimos del bosque ya ha anochecido, justo a tiempo ya que, sinceramente, no me hubiera gustado estar en esa casa por la noche y más aun habiendo visto aquello en la ventana. Aquello que me recordó a lo que vi entre los árboles al correr y lo que vi cuando mi padre huía. Tal vez, de nuevo, se me esté juntando el pasado con el presente. Puede que lo mejor sería dejar un por unos días las “visiones”, pero me niego, justo ahora..., ahora que estoy descubriendo cosas, que tengo unas ganas ávidas de obtener respuestas... Aunque de momento lo único que estoy consiguiendo son más preguntas.

Mara y yo nos separamos frente a mi casa y mientras abro la verja miro intuitivamente de nuevo mi ventana. ¡Está abierta! Corro a través del jardín y abro torpemente la puerta con la llave. Dentro, en la oscuridad, ando lentamente hasta las escaleras para ascender al piso superior. Miro el pasillo y veo que todo parece igual. Las dos habitaciones permanecen cerradas, entro en la izquierda y en efecto veo como el viento mece las cortinas de la ventana abierta. Voy a cerrarla y hago fuerza para que así permanezca. No parece estar rota, le pongo el pestillo que también parece estar bien.

Tras observarla con detenimiento recorro toda la casa por si acaso hay algo diferente, pero no es así. Entro en la habitación de mis padres y no puedo ver nada cambiado.

Finalmente, en la calidez de mi hogar, descalza y cansada me pongo el pijama y me preparo un chocolate caliente para tomarlo en el sofá mientras

leo un libro.

Freddie se acurruca a mis pies y juntos pasamos el resto de la tarde. Siento que mi mente ha de desconectar de mi realidad y por ello leo. La verdad, tardo un rato en concentrarme, y cuando por fin lo consigo me suena el móvil. Lo veo iluminarse en la mesa y leo un número desconocido. Dejo el libro a un lado y lo cojo.

—¿Hola? —pregunto vacilante.

—¿Rebecca? —escucho decir a una voz masculina.

—¿Ciro?

—¡Hola! ¿Qué tal estás? —dice él y escucho su respiración acelerada.

—Bien, estoy ahora mismo leyendo en el sofá mientras tomo un chocolate caliente.

¿Enserio hacía falta ser tan específica, Rebecca? ¿No hubiera bastado con un “Bien”?

—¡Ah! Yo estaba haciendo algo parecido... Pero al leer me he acordado de t...de lo que hablamos ayer y he pensado en llamarte.

—¿Has empezado a leer? —pregunto contenta.

—Sí, la verdad es que me está gustando. Estoy intrigado —responde y escucho su risa.

Sonrío y me apoyo sobre el respaldo del sofá para acomodarme.

—Bueno... —prosigue él— Me preguntaba si tal vez te gustaría tomar un café mañana por la tarde conmigo.

—¿Mañana por la tarde? —pregunto pensando en aquel caserón abandonado— Está bien.

Por un momento tengo la tentación de decirle que no e ir corriendo al salir de la librería a adentrarme en el bosque y encontrar aquel caserón, pero decido que es una pésima idea, puesto que lo mejor será ir por la mañana, para así tener más tiempo. Pero ¿cuándo?

—Perfecto, Rebecca. ¿Quedamos en la plaza a las cinco y media?

—Sí, genial. Allí estaré —respondo y sonrío.

—Que pases buena noche... —musita él.

—Buenas noches, Ciro —susurro antes de colgar la llamada.

Dejo el móvil de nuevo en la mesa y me bebo el ya frío chocolate que había dejado hace mucho sobre esta.

Son las cinco y media de la tarde del jueves y estoy en la plaza mirando para los lados a la espera de que aparezca Ciro. En el cielo los débiles rayos

de sol se cuelean a través de las densas nubes grises que avecinan lluvia. Una álgida brisa recorre el pueblo llegando a todos sus rincones, una brisa que aunque no muy fuerte se cuelea por la ropa hasta llegar a tus mismos huesos.

He optado, de nuevo, por mi abrigo rojo. A decir verdad, es mi preferido ya que es el que más calienta y a mi gusto el más bonito. Su tacto suave es muy reconfortante, si es que lo toco sin guantes claro. Hace media hora aún estaba decidiendo qué ponerme para esta tarde y la verdad es que me molesta bastante estar nerviosa por quedar para tomar un café. Y más aún por preocuparme por qué ponerme o no ponerme, cuando normalmente me pongo lo que me apetece y ya está. No obstante, me decidí por una falda alta que llega hasta medio muslo color negro, una camisa blanca, mis botas y las medias para protegerme del frío.

Veo aparecer por mi derecha a Ciro, me sonrío y levanta la mano para saludarme. Yo le devuelvo la sonrisa y ando a paso lento hacia él.

—¡Hola! Disculpa, ¿llevabas mucho esperando? —pregunta él y me da dos besos.

Noto el vello incipiente de su mandíbula cuando lo hace y puedo oler su perfume embriagador, algo picante.

—No, tranquilo. Acabo de llegar —miento.

Siempre acostumbro a llegar unos diez minutos antes de la hora acordada, aunque intente ser puntual me ocurre de costumbre que me adelanto. Al contrario que a mucha gente.

—¿Dónde quieres ir? —pregunta él a mi lado y me mira a los ojos.

—Mmmm... ¿Te apetece ir al Café Romeo?

—Nunca he ido, pero me parece bien —responde él y sonrío.

Andamos el uno al lado del otro manteniendo cierta distancia, no sé si soy yo la que cuando se acerca me aparto unos centímetros, pero él lo respeta.

A los pocos minutos entramos en la cafetería, la cual acoge a unas cinco personas, y nos sentamos en una mesita para dos al lado de la ventana.

Nos miramos a los ojos presos de un silencio incómodo, y él al cabo de pocos segundos, se aclara la voz y aparta la mirada. En ese preciso instante llega un camarero y nos pregunta qué queremos tomar, yo le pido un café con leche y él le pide un cortado.

—Bueno... ¿Hace mucho que abriste la librería? —pregunta él y antes de que responda prosigue—: Es decir, pareces muy joven como para que lleve mucho tiempo...

—No, la abrí hace dos años —contesto y sonrío—. Y lo de ser joven pues

depende para quién.

—¿Quién puede verte mayor? —cuestiona él y se ríe.

—Tal vez un adolescente de catorce años, o un niño.

Ciro suelta una carcajada y se rasca la barbilla. Él parece una persona segura y valiente, alguien fuerte pero amable y humilde. Lleva puesto el abrigo del otro día con la diferencia de que hoy se ha vestido con un pantalón color crema y un jersey negro y rojo. Él me mira con sus ojos grises y el ceño fruncido, tal vez intentando averiguar en qué pienso.

—Tengo veintitrés años —anuncio finalmente y sonrío.

—Sabía que eras joven, Rebecca —dice él y sonrío nervioso.

Yo le miro vacilante, me sorprende que no le guste mi edad puesto que en mi opinión es algo que no tiene importancia.

—¿Qué más da la edad? —pregunto y él me mira con la boca entreabierta.

—Cierto, no tiene la menor importancia —contesta él—. Pareces más joven de lo que eres, podría incluso decir que tienes dieciséis años...

—Sí, claro... No exageres —bromeo y suelto una carcajada.

En ese momento llega el camarero con nuestras humeantes y cálidas tazas y las deja sobre la mesa, junto con un plato con dos galletas caseras con trozos de chocolate.

Suspiro y comprendo que no me queda otra opción que quitarme los guantes, y aunque no tiene porqué suceder nada todavía me preocupa no poder comprobarlo.

—Ya pensaba que te los ibas a dejar siempre puestos —declara él señalando con la cabeza mis manos.

—Ah... —murmuro mientras los dejo a un lado— Tengo una especie de enfermedad en las manos, siempre que hace frío se me llenan de heridas y cardenales, es muy doloroso. Y como en este pueblo siempre hace frío...

Él me mira con las cejas levantadas y yo le sonrío mientras doy un sorbo a mi café. Ciro hace lo mismo mientras me mira a los ojos.

—¿Y tú qué? ¿Qué edad tienes? —pregunto para cambiar de tema.

—¿Yo? —responde él y sonrío— Veintinueve años.

—Vaya... Tampoco los aparentas.

—¿Tú crees?

Ciro se ríe y no puedo evitar sonreír con él. Tiene ese tipo de risas que se contagian al instante.

—Lo digo en serio, Ciro.

—Pues somos dos personas con suerte, entonces —responde y vuelve a beber de la taza.

Asiento y miro por la ventana, tan solo unas cuantas personas pasan de un lado a otro de la calle hacia sus respectivos trabajos o quehaceres. Vuelvo a mirar a Ciro y pregunto:

—¿Por qué te mudaste a este pueblo? Pensaba que apenas nadie lo conocía y no es un lugar turístico ni nada por el estilo...

—Por eso mismo. Yo vivía en una ciudad muy grande, siempre había ruido, gente, agobio... Era una vida que no me gustaba. Empecé a tener muchos dolores de cabeza, insomnio... Mi médico me dijo que tal vez me hacía falta un cambio de aires, y eso hice. Mi primo es una persona a la que le encanta viajar, y me dijo que en su viaje de un mes en coche pasó por aquí y que era justo lo que yo necesitaba.

—¿Se le rompió el coche a la entrada del pueblo? —pregunto recordando algo. Ciro asiente y prosigo—: Salió en el periódico local.

Él me mira asombrado y suelta una carcajada.

—Pues ese era mi primo.

—Tú también saliste. Creo que el título de la noticia era: “Se incrementa el número de habitantes de Mintabur en el último mes”. Luego lo leías y ponía que se aumentaba en una persona.

—Vaya, que pena no haberlo comprado.

—Pues sí, y más tú que eres un fan del periódico.

—Bueno, fan, fan... Me gusta leerlo para estar informado y aprender de la competencia.

—¿Te gusta tu trabajo, verdad?

—Sí, me encanta —expone él.

—¡¿Qué tal el libro?! —exclamo al recordarlo.

—Muy bien, de verdad que me está gustando mucho. Pronto volveré a pasar por la librería.

Ciro sonrío y yo asiento contenta mientras muerdo la deliciosa galleta.

Pasamos así hablando tranquilamente un par de horas, lo sé puesto que vemos el anochecer desde la ventana. Ciro me resulta una persona muy agradable, me gusta su compañía y sus charlas. Me cuenta cosas de su empleo y me habla de su familia de la ciudad, luego me pregunta por la mía y le cuento cosas sobre mi tía Petra y Mara. Cuando le explico lo de mis padres se nota en su rostro que se apena por mí, y al poco intenta cambiar de tema para volver a verme sonreír.

A las siete y media salimos del Café Romeo, sintiendo el gélido viento sobre el rostro, más frío que antes de entrar. Nos abrochamos los abrigos hasta el último botón en el cuello y andamos hacia la plaza a paso tranquilo, ahora más juntos que antes.

—¿Por dónde vives? —pregunta él.

—Oh, vivo hacia el otro lado —respondo señalando a mis espaldas.

—Pues te acompaño a casa —alega y sonrío.

—No, no hace falta. Tú vives al otro lado del pueblo.

—Insisto —responde cortante.

—Ciro, soy mayorcita para ir sola —replico algo seria.

—Lo sé, pero me gustaría, si no te molesta, pasar unos minutos más contigo.

Me mira a los ojos solemne, yo no le aparto la mirada. Sonrío sorprendida por su respuesta y asiento.

—No me molesta —respondo y doy media vuelta.

Andamos tranquilamente hacia mi casa por las oscuras calles de Mintabur, notando el crujir de las hojas bajo nuestros pies y viendo salir el vaho de nuestra boca al hablar.

Cuando llegamos a la verja metálica de mi jardín me giro hacia él y la señalo.

—Esta es.

Ciro la mira un instante y luego me mira a mí sin decir nada. Frunzo el ceño un poco perdida, tal vez él quería que le invitara a entrar, pero no me siento preparada para ello. Su compañía me ha gustado y la verdad es que me él me agrada, pero todavía no quiero invitarlo a pasar.

Al ver que no reacciono, Giro levanta una mano y me pasa un oscuro mechón de pelo por detrás de la oreja. Noto el roce de sus dedos en mi mejilla y no puedo evitar sonreír.

—Bueno... ¿hablamos para volver a quedar? —pregunto para romper un poco el incómodo silencio.

—Claro —responde y sonrío.

Me acerco a él y le doy un raudo beso en la mejilla antes de darme la vuelta para abrir la verja.

—Buenas noches, Rebecca —masculla y se despide con la mano.

—Buenas noches, Giro.

Atravieso el jardín y sin mirar atrás me adentro en mi cálido y reconfortante hogar cerrando la puerta a mis espaldas.

Caserón antiguo



Es viernes por la tarde y me encuentro frente a la habitación de mis padres, dispuesta a abrir la puerta y adentrarme en los más profundos secretos que guardaban.

Cojo aire profundamente y entro. Todo sigue intacto de la vez anterior, todo en su sitio, como ellos lo dejaron.

Miro a mi alrededor un segundo y voy hacia la mesa del escritorio. Cojo varios papeles y los observo, pero son simplemente facturas y cosas por el estilo. Los dejo a un lado y cojo una libreta en la que hay varios apuntes de mi padre sobre su trabajo. Él estudiaba arquitectura y creo que realizaba algunos trabajos por su cuenta.

Agarro el marco de fotos que hay sobre la mesa y lo miro con nostalgia. Somos los tres, yo tendría un año y medio más o menos. Estoy en medio de los dos con una sonrisa de oreja a oreja y ellos me besan cada uno una mejilla roja y redonda. Sonrío. Ojalá haberos podido conocer de verdad.

Abro el primer cajón de la mesita, como la otra vez, y ahora lo miro con más detenimiento. Más papeles, más apuntes y alguna que otra foto de mis padres. Meto la mano hasta el final del cajón y noto algo. Lo saco y veo que se trata de un papel enrollado en forma de pergamino. La abro y puedo observar que el papel está arrugado y es casi translucido.

El lápiz está muy borroso, al principio me parece tan solo un trabajo más de mi padre pero las palabras sueltas que consigo leer me llaman la atención: caserón abandonado, bosque, entrada escondida...

¿Es la casa en la que estuve con Mara? ¿Qué tenía que ver mi padre con ella? ¿Acaso era algo de su trabajo?

Me quito los guantes decidida a buscar las respuestas que merezco y en ese momento me vibra el móvil en el bolsillo, pero lo ignoro. Cojo el papel de la cama y en un segundo empiezan a pitarme los oídos, pierdo la vista un

instante y aprieto los ojos por el dolor ya tan conocido.

Abro los ojos y estoy en un lugar que no reconozco. Parece una especie de sótano de madera, tiene varias estanterías repletas de cajas y otros objetos, una sola ventana pequeña en lo alto de la pared que deja entrar vagamente la luz y en medio de la sala mis padres.

Mi madre rebusca en las cajas de la estantería de enfrente y mi padre se pasea por la sala, pensativo.

—Sara, ¿crees de veras que con esto sacaremos algo en claro? —pregunta y mira a mi madre.

—No lo sé, Eric. Pero todo lo que pueda ayudarnos a conocer esa casa es bueno.

—¿Y si voy a verlo con mis propios ojos?

—¿Y ponerte en peligro de esa manera? —replica mi madre y va hacia mi padre.

Ambos se miran a los ojos con preocupación y tras un largo suspiro de mi padre juntan sus frentes con los ojos cerrados.

—Sufro por Rebecca...

—Yo también. Tiene que permanecer escondida el tiempo que haga falta.

—¿Qué sugieres? —responde mi padre con los ojos como platos.

—Sugiero que, ahora que estamos a tiempo, se la lleve tu hermana a vivir a su casa y la críe con Mara como si fuera suya, debemos marcharnos de Mintabur. Ya lo propusiste hace un tiempo... cuando no te creía.

—Pero Sara, ¿qué dices? ¿Cómo vamos a dejar así a Rebecca? —responde mi padre y se aparta.

—No se me ocurre nada mejor —cuchichea mi madre y vuelve a buscar en la estantería.

Mi padre da vueltas por la sala de nuevo, ahora con rostro de dolor y declara levantando un poco la voz:

—¡No! ¡Me niego! ¡Es mi hija y no voy a renunciar a ella!

Mi madre se gira con gesto furioso y dolido. Le mira a la cara con los ojos amielados soltando chispas.

—¿Crees que no me duele separarme de mi hija?! —grita.

Mi padre solloza y se acerca a ella lentamente.

—No he dicho eso... Yo...no quería que esto sucediera, aún no sé como nos han encontrado.

—Pues lo han hecho. Y Eric, te aseguro que daré lo que esté en mi mano para salvar a Rebecca. ¡Incluso renunciar a ella!

—Tienes razón...tienes toda la razón... Pero no pensé que a los meses de nacer tendríamos que separarnos de nuestra hija.

—Yo tampoco —responde mi madre y vuelve a rebuscar por la estantería.

Miro a mi padre dolida, con un nudo en la garganta. ¿Esto qué significa? ¿Qué llevo desde que tenía pocos meses en casa de mi tía Petra? Nunca me ha dicho algo así, es más, siempre me ha hecho creer que me llevó a su casa cuando mis padres murieron.

—Papá, necesito saber qué está pasando, por favor... —balbuceo mientras una lágrima me recorre la mejilla— Estoy muy sola, nadie sabe lo que puedo hacer y vosotros tan solo sois un recuerdo lleno de secretos. Guíame, te lo suplico.

Mi padre deja de andar y permanece quieto de espaldas a mí. No puedo verle el rostro, no sé si ha sido una casualidad o me ha presentido de algún modo...

—¡Lo tengo! —exclama mi madre y nos giramos a mirarla.

Lleva en la mano un papel enrollado en forma de pergamino, lo abre en el aire y veo que es el mismo que he encontrado en la mesa. Mi padre corre a mirarlo y entorna los ojos.

—Es la casa...pero no nos da ninguna información clara de ella...

—Tendrás que analizarla, investigar...

—Tal vez estemos confundidos o solo sea una casualidad... Desde un papel no puedo averiguar nada.

Entonces me empiezan a pitar los oídos y noto ese dolor de nuevo. Niego con la cabeza y miro a mis padres desesperada, los cuales miran el papel.

—¡No! ¡Aún no me quiero ir! —grito y estiro el brazo hacia ellos.

Se me empieza a nublar la vista y por un momento me parece ver a mi padre levantar la cabeza, pero no consigo saberlo a ciencia cierta pues apenas me queda visión.

Abro los ojos y vuelvo a estar en la soledad de su habitación, el papel está sobre la cama tirado y me noto caer un hilo de sangre del oído.

Apenas duermo por la noche porque en mi mente aparecen cientos de preguntas de forma candente. No entiendo qué tiene que ver esa casa, qué sospechaban sobre ella...y tampoco entiendo porqué mi tía no me dijo nada de que fuera tan pequeña a vivir con ella. Y si así fue, ¿significa que mi tía Petra sabe más de lo que dice? Puede que no hiciera falta que me llevaran con ella, que investigaran aquella casa y no tuviera nada que ver y que estuvieran

más tranquilos. Pero algo en mí me dice que no fue así. Entonces caigo en la cuenta de que la “visión” que tuve de mi padre corriendo en el bosque debió ser cuando, como él quería, fue en persona a investigar la casa.

Abrigada, con mis botas bien abrochadas, los guantes puestos y decidida en ahondar en la cuestión salgo de mi casa al frío pueblo en dirección al bosque. Si mi padre fue allí y encontró algo yo también puedo obtener respuestas. Estoy segura de que aquella casa oculta algo. Y ahora mismo...no me importa en absoluto el peligro con tal de descubrir la verdad.

Mientras ando pienso en que si no tuviera este “don” tal vez jamás descubriría el pasado de mi familia, y tampoco descubriría quién fue su asesino, ni podría impartir justicia. Es cierto que no me importa jugarme la vida, ahora mismo lo único que tengo que perder es a Freddie y sé que si algo me ocurriera mi tía y prima lo cuidarían. La librería podrían venderla por una miseria y así quitarse ese peso de encima.

De repente viene a mi mente Ciro. Ayer me llamó justo antes de tener la “visión” y no le devolví la llamada. Me siento culpable pues él es tan ignorante de todo lo que me ocurre ahora mismo... Y la verdad no tiene culpa, se merece que sea recíproco, pero tengo algo grande y complejo entre manos. En cuanto vuelva le haré una llamada.

Es curioso como al adentrarte en la profundidad del bosque la temperatura parece caer en picado. Supongo que es debido a que las frondosas copas no dejan pasar el poco calor que llega a este pueblo desde los rayos del sol.

Intento recorrer el camino que seguí con Mara la vez anterior, por un momento creo que ha pasado demasiado tiempo y me he perdido, doy vueltas a mi alrededor buscando la dirección correcta pero el bosque parece igual por donde pases. Entonces escucho moverse algo en un matorral, haciendo que sus hojas choquen a su paso. Lo miro curiosa y me acerco despacio. De improvisto sale corriendo un pequeño conejo color canela que da saltos en dirección frontal. No lo dudo. Corro detrás de él como Alicia siguiendo al conejo blanco para llegar al País de las Maravillas. Pocos minutos después el conejo se vuelve a meter en otro matorral, a su derecha, pero queda ante mí el casi invisible sendero antiguo.

Sonrío satisfecha y cierro los ojos agradeciendo a... ¿mis padres tal vez?, el haberme mostrado el camino.

Ando por el sendero en dirección a la casa con todos los sentidos atentos a cualquier indicio de movimiento. Y ahí está, frente a mí se alza imponente el caserón abandonado. Por un momento parece que tenga vida pues se escucha

el crujir de la madera al ritmo que el viento mueve las pesadas y derruidas ventanas colgantes.

Me acerco vacilante sin poder evitar abrazarme a mí misma ante la imponente edificación. Tal vez no por la casa en sí, si no por los secretos que esconde en su interior.

Voy a la entrada y subo con cuidado las agujereadas escaleras de madera. Una vez en el porche la madera se queja ante mi peso y avanzo rápidamente hasta pegarme a la puerta principal por miedo a quedar atrapada en un agujero. Empujo la puerta pero no se abre, parece atascada por culpa del paso del tiempo. Cojo aire profundamente y por un momento me asalta una chispa de miedo al pensar que cuando vine con Mara me pareció ver a alguien, una sombra en el piso superior. ¿Y si hay alguien dentro? ¿Y si es el asesino de mis padres? Puede que corra peligro, mucho peligro, pero estoy dispuesta a arriesgarme con tal de saber la verdad.

Empujo de nuevo la puerta, esta vez con más fuerza, pero tan solo emite un gruñido y no se mueve. Aprieto los puños, cojo aire y arremeto contra ella con todas mis fuerzas. Un gran estruendo hace que el viejo trozo de madera ceda haciéndome caer dentro de la casa formando un fuerte ruido que hace huir a los pájaros de las copas de los árboles cercanos.

Emito un quejido y me incorporo del suelo mirando frente a mí. Por la puerta, ahora abierta, entra la claridad del día (la poca que permite entrar el denso bosque) e ilumina la casa permitiéndome ver su interior. Me levanto de un salto y me miro la mano derecha que tengo dolorida. El guante se ha rasgado y tiene un agujero. Maldigo. De momento no me lo quito. A mi alrededor puede verse una nube de polvo flotar en el aire de la sala, esta especie de entrada no contiene muebles, parece muy vacía, alguna estantería empotrada tiene libros viejos corroídos por el tiempo y la suciedad; las paredes están bastante derruidas, presentan varios agujeros y roturas en la madera. Avanzo hacia el marco de la puerta vacío que hay frente a mí y me adentro en lo que hubiera sido un gran salón. Se puede ver un sofá antiguo cubierto de polvo y mugre con una mesa al frente de madera gruesa. La gran chimenea tiene estatuas que parecen seguirte con la mirada cuando andas. A la derecha hay otra puerta junto a un gran sillón acompañado de una mesita baja y una estantería. Miro al techo y veo una imponente lámpara colgante que cuelga del techo de madera el cual parece que cederá de un momento a otro.

A la izquierda de la sala se ven las amplias escaleras de madera cubiertas por una alfombra que antes debió de ser de un rojo intenso y que ahora parece

marrón o grisácea. La barandilla está rota por algunos puntos y los escalones presentan varios agujeros molestos que no dan buena señal.

Me acerco hasta ella y se me eriza todo el vello del cuerpo. Miro hacia arriba, por el hueco de la escalera, y puedo ver la penumbra del piso superior. Subo el primer escalón y cuándo lo hago este cede y mi pie se cuele en la madera. Noto un punzante dolor en el tobillo y grito. Me agacho para sacarlo con las manos y veo que la madera me ha atravesado la carne.

—No, no, no... —murmuro.

Estiro y noto como la punzante astilla raja mi carne a su paso y creo que me mareo. Inspiro profundamente y de un rápido movimiento saco el pie del agujero soltando otro aullido de dolor.

Una vez fuera del hueco lo miro y noto como me chorrea sangre por el tobillo hasta tocar el suelo de madera vieja. Me apoyo en la pared cojeando y niego con la cabeza.

—No, no puedo rendirme ahora, algo me dice que tengo que subir ahí arriba y voy a hacerlo —musito para mí misma entre sollozos.

Suspiro y me quito el pañuelo que llevo cubriéndome el cuello y lo enrolló en mi tobillo haciendo un nudo al final para que se mantenga en su sitio.

Ando como puedo hasta el primer escalón, toco con la mano el segundo y hago fuerza para ver si cede. No lo hace. Creo que lo mejor será darme prisa para que tenga que aguantar mi peso el menor tiempo posible.

Salto a la pata coja hasta el segundo escalón ayudándome con la mano izquierda apoyada en la pared y rápidamente subo escaleras arriba esquivando los agujeros, ignorando el dolor y evitando caerme de espaldas. Noto como muchos escalones ceden y caen hacia el piso inferior a mi paso pero consigo llegar al último y salto sobre el suelo del segundo piso cayendo torpemente por culpa del tobillo herido.

Me giro y miro las odiosas escaleras carcomidas que casi me dejan sin mi pie derecho.

Con cuidado me levanto y miro la sala en la que he aparecido. Pensé que habría un pasillo pero no es así. Es una amplia habitación abierta con una alfombra llena de polvo y varias puertas rotas que dan a otros lugares. A mi izquierda hay una ventana medio cerrada que apenas deja pasar la luz y no me permite ver bien el lugar donde me encuentro. Me acerco a ella y la empujo para intentar abrirla. Después de varios golpes lo consigo y veo el bosque y el sendero por donde he venido. Algo me resulta familiar por lo que

miro a los lados, calculo y me doy cuenta de que me hayo en la ventana donde vi la sombra. Eso hace que se me vuelva a erizar todo el vello del cuerpo y me gire dando un pequeño brinco.

Ahora veo la habitación con más claridad, a un lado tiene una mesa llena de papeles, varias cajoneras antiguas, estanterías y sillones. Me acerco a la mesa y dispuesta a empezar mi investigación me quito los guantes y los meto en el bolsillo de mi abrigo.

Veo que hay papeles rotos en el suelo, parece una fotografía. Me agacho con curiosidad y cojo un pedazo entre mis dedos.

Se me va la vista un segundo y me duelen los oídos antes de que pierda el equilibrio y caiga de espaldas contra el suelo. Maldigo en voz alta y abro los ojos. En un primer vistazo no parece que me haya movido, la ventana está abierta e ilumina la sala con luz natural. La habitación sigue estando sucia y vieja, la madera demacrada. Me pongo de pie y miro la mesa, dónde aprecio la única diferencia, ya no hay papeles, ni hay trozos de fotografía rotos en el suelo. Miro hacia todas las direcciones pero no puedo ver nada que llame mi atención.

Entonces escucho unos pasos en la planta inferior y mi corazón se acelera a mil por hora. Noto como la madera cruje bajo los pies de quién esté en el primer piso y los escucho cada vez más cerca. Asustada y confundida creo por un momento que la “visión” puede haber fallado y me aprieto de espaldas a la pared, al lado derecho de la escalera.

Si es una “visión” no puede verme...y los papeles ya no están. Escucho como sube por las escaleras a paso lento hasta que siento a mi izquierda la presencia de alguien.

Lo primero que veo es una forma oscura, luego con la claridad de la ventana lo distingo mejor. A pocos centímetros de mí veo un chico joven, tendrá aproximadamente mi edad. Lleva una chaqueta negra de cuero desabrochada, unos vaqueros desgastados de un tono grisáceo oscuro y unas botas. Su pelo de media melena ondulado no me permite verle el rostro ya que está mirando hacia el lado izquierdo. Veo como sus pequeños rizos se mecen sobre su nuca cuando anda, dejando a la vista un cuello fuerte y de aspecto suave, con algún que otro lunar.

Avanza unos pasos por la sala hasta la ventana y la mira, quedando de espaldas a mí. Yo no muevo ni un solo músculo de mi cuerpo por miedo a estar viviendo la realidad y no el pasado.

Él gira sobre sus pasos y anda hacia el lado derecho unos pasos lentos.

¿Qué hace?

Entonces se gira hacia mí y mi corazón se frena en seco. Parece mirarme, mirarme de verdad; yo no pronuncio palabra, no me muevo, tan solo le miro a los ojos. Ahora veo su rostro con perfecta claridad. Es hermoso, tiene una boca de labios gruesos y rosados en forma de corazón, la nariz recta y unos ojos grandes, redondos y expresivos color marrón oscuro con grandes pestañas.

No puedo dejar de mirarle a los ojos, como si estuviera hipnotizada. El chico se toca el pelo apartando un poco el mechón que cae sobre su frente.

¿Tú quién eres?

Él no hace nada durante unos segundos que parecen horas, y finalmente decido reaccionar. No puede estar viéndome, la mesa está vacía, no hay papeles. Han desaparecido. Miro hacia la derecha y cuando vuelvo a mirar al extraño, este anda un paso hacia esa misma dirección. Le imito. Él vuelve a mirarme y a dar otro paso, le sigo. Andamos en paralelo cinco pasos hasta llegar casi a la pared de la sala. Cojo aire, aprieto los puños y me acerco a él de frente.

Este se queda parado, frunce el ceño sin apartar sus ojos de los míos y entreabre un poco los labios. Lo hago dudosa y con miedo, pero lo hago. Cesó mis pasos quedando a unos centímetros de él. Ahora que lo veo de cerca me doy cuenta de que sus ojos esconden reflejos verdes brillantes, como el de las hojas de primavera. Una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo haciendo que se me ponga la piel de gallina.

Elevo lentamente una mano hacia él y veo que este hace lo mismo. ¡No puedo creerlo! ¡No puede ser! ¡¿Quién eres tú?! Entonces nuestras manos se tocan haciéndome sentir de nuevo esa especie de corriente eléctrica por el cuerpo; noto la suavidad de las yemas de sus dedos y suelto todo el aire contenido.

—No puede ser... ¿estás aquí? Puedes verme...y puedo tocarte... — balbuceo y le miro.

El extraño entonces sonrío, invitándome a quedar perpleja ante la belleza de su sonrisa.

—Sí, estoy aquí —responde con una voz masculina grave, pero aterciopelada—. ¿Tú lo estás?

Aparto la mano alterada mientras asiento, mi pecho sube y baja a un ritmo incontrolable.

—Pero ¿dónde estamos? Creo que... —murmuro confundida— Espera, ¿tú quién eres? ¿Qué sabes de mí? ¿Qué sabes de esto?

Le muestro una mano dando a entender que me refiero a mi “don”. Pero él levanta la mirada rápidamente y frunce el ceño con gesto de preocupación.

Entonces me aparta a un lado con la mano y un segundo antes de empezar a perder la vista, lo veo correr hacia la escalera.

Abro los ojos en el suelo con un tremendo dolor en mi oído derecho, me incorporo y noto un extraño frescor en mi cuello, lo toco, estoy sangrando más que nunca.

Miro la sala ahora vacía y siento un hueco en el pecho.

—¿Quién eres? —susurro anonadada.

Secretos



Cuando llego a mi casa me rugen las tripas, el tobillo me da fuertes pinchazos y noto en mi cuello la sangre seca caída por culpa de una extraña visión, en la cual he dudado de en qué parte vivía en la realidad. He llegado hasta aquí a paso lento, como una autómatas, medio sonámbula, sumida en lo más profundo de mis pensamientos, dándole vueltas una y otra vez a aquel chico de cabello ondulado y ojos marrones con una franja verde.

Lo he tocado, lo he tocado... ¡He hablado con él!

¿Quién es y por qué él puede verme en las “visiones”? ¿Qué tiene que ver con aquella casa? ¿Tiene alguna relación con mis padres?

Antes de...“marcharme” he visto como salía corriendo. Tal vez había escuchado a algo o a alguien llegar. Tal vez él también estaba investigando. Pero, ¿de dónde ha salido? No hay ningún indicio suyo en el pueblo, no hay señales de su vida... ¿Dónde estará ahora?

Entro en mi casa y lo primero que hago es recorrer mi hogar hasta el cuarto de baño dónde lleno la bañera con agua bien caliente y tras desnudarme me meto por completo dentro. Bajo el agua siempre se siente una paz incontrolable, el puro silencio, la nula gravedad, parece que todo se haya parado, menos mis pensamientos que no dejan de dar vueltas. En este instante no tengo nada claro, mi mente es un batiburrillo de imágenes y preguntas sin respuesta, ahora más que nunca. Pero sobre todo se repite una y otra vez la mirada de aquel chico misterioso... Incluso de madrugada, en mis sueños más profundos se repite la escena en la que nuestras manos se tocan y su mirada penetra hasta lo más profundo de mi ser. Incluso su sonrisa, la cual me deja sin aliento.

Por la mañana tengo un tremendo dolor de cabeza y el tobillo hinchado. Curo la herida y me la vendo para evitar cojear en lo posible y que no me noten nada, ya que es domingo, y como cada domingo toca comida con mi tía Petra y mi prima Mara.

Me abrigo todo lo posible con una camisa, un jersey grueso encima, unos vaqueros altos con medias debajo y unas botas altas. Me pongo otros guantes, ya que ayer se me rompieron en el caserón, y un gorro de lana negra.

Tras darle de comer a Freddie salgo al frío de la calle, se nota que cada vez está más cerca el invierno y no creo que falte mucho para nevar. A los pocos minutos llego a casa de mi tía Petra y Mara. Un segundo antes de llamar al timbre vacilo al recordar la conversación de mis padres, de su intención de traerme con mi tía a los meses de nacer.

¿Sabrá más de lo que me ha dicho siempre? ¿Oculta algo?

Llamo al timbre provocando un sonido que tan solo dura unos segundos y al cabo de unos pocos más se abre la puerta y veo a mi tía Petra sonriendo.

—Que alegría verte, cariño. Pasa —alude y se aparta a un lado para dejarme espacio.

Me adentro en la calidez de la casa y me quito el abrigo y las botas. Le doy un beso en la mejilla y miro hacia la cocina buscando con la mirada a mi prima Mara.

—¿Mara?! —grito.

Veo a mi prima bajar por las escaleras dando saltitos meneando su pelo al viento con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola, prima! —exclama y me da un abrazo.

Las tres preparamos la mesa antes de sentarnos y una vez cada una en nuestros respectivos asientos de toda la vida, empezamos a degustar la merluza al horno con patatas.

—¿Qué tal va todo con la librería? —pregunta mi tía y me mira.

—Muy bien, el otro día me llego el pedido del mes y ya he vendido varios libros nuevos. Por cierto, pasaos algún día que hay algunos que creo que os pueden gustar.

—Perfecto, cariño —contesta mi tía dando un bocado a un trozo de merluza—. Pues esta semana vamos.

—¿Y fue a repartirte el pedido Anis? —pregunta mi prima con tono burlesco.

—Como siempre —respondo y la fulmino con la mirada—. No seas mala persona.

—¿Yo? No digas tonterías... —replica ella y resopla— Que no he dicho nada...

—Lo insinúas —contesto y me meto un pedazo de patata en la boca.

—Si tú lo dices...

—Ni que no nos conociéramos.

—¿Tenéis que ponerlos así como cuando erais pequeñas? —interrumpe mi tía.

Desvío la mirada hacia ella y vuelvo a darle vueltas al asunto de la visión. Quiero preguntar, pero no sé cómo hacerlo para no causar sospechas o que piense que digo cosas sin sentido. Finalmente opto por decir:

—Tía, cuando mis padres murieron, ¿se consiguió alguna pista de su asesino?

—No, la verdad es que no se consiguió mucho. ¿Por qué lo preguntas?

—Sabes que siempre he querido saber qué les pasó —respondo y bajo la mirada—. Nunca me has dado detalles. Solo sé lo que me explicaste cuando era niña.

Mi tía guarda silencio y escucho su respiración algo acelerada, pero no la miro.

—¿Qué quieres saber exactamente? —pregunta y levanto la mirada.

—Todo —concluyo.

—Está bien... —susurra y mira un instante a Mara— Encontraron a tus padres a la entrada del bosque, estaban cogidos de la mano con heridas muy graves. Cortes, puñaladas... Todo parecía apuntar a que se habían defendido de su agresor, en balde.

—¿En la entrada del bosque? ¿Dónde? —pregunto asombrada.

—Cerca de aquí, a unos minutos de tu casa —responde ella y siento una punzada en el pecho.

Me giro hacia Mara y ella baja la mirada, vuelvo a mirar a mi tía e interrogo:

—¿Y no buscaron en el bosque? ¿No había huellas o algo? ¿No había armas?

—No, cariño. En el bosque no había absolutamente nada. Llegaron a investigar una casa, pero... parecía llevar mucho abandonada.

—¿Una casa? —pregunto y miro de reojo a mi prima un segundo.

—Sí, un viejo caserón abandonado que hay en lo profundo del bosque.

Me quedo pensativa un segundo mirando a la nada, intentando asimilar lo que me está contando.

—¿Y allí seguro que no había nada? —pregunto confusa.

—Seguro... —masculla mi tía y me mira con el ceño fruncido— ¿Por qué lo dices?

—No, por nada —respondo y suspiro—. ¿Sacaron alguna conclusión?

—Bueno..., no descartaron la posibilidad de que fueran varias personas —menciona ella y yo la miro extrañada.

—¿Varias personas? ¿Y quienes querrían hacerle daño a mis padres? —pregunto y ella me mira seria.

—Ojalá lo supiera —responde y sigue comiendo de su plato.

—¿No tienes ni la más mínima sospecha?

Mi tía deja el tenedor y me mira con dureza, parece ofendida.

—Pues no, Rebecca. Ya ayudé en lo que pude a la policía en la investigación.

Yo asiento pero insatisfecha, con la leve sensación de que mi tía Petra debe saber algo más que me oculta. ¿Cómo no puede sospechar de nadie?

—Al principio pensaron que podían ser animales, al haber ido al bosque... Pero con la autopsia se supo que eran heridas de arma blanca.

—¿Y de verdad que no había ni una sola huella? —pregunto frustrada.

—No, cariño. Esa noche hubo una gran nevada, hacía tiempo que no sucedía de ese modo. La nieve borró toda pista del bosque.

Cojo aire hasta llenar el último centímetro de mis pulmones y lo suelto con calma. Mara me mira con preocupación mientras come despacio.

—¿A qué viene todo esto ahora, Rebecca? —pregunta.

La miro a los ojos y niego con la cabeza.

—Tía, entonces cuando los encontraron muertos... ¿dónde estaba yo?

—Conmigo, te habían dejado aquí —responde sin mirarme.

—¿Y ya me quedé aquí a vivir contigo? ¿Con dos añitos?

Mi tía vuelve a dejar el tenedor sobre la mesa y ahora coge su plato, se levanta y me mira apenada.

—Sí, Rebecca. Déjalo ya por favor. No me gusta remover el pasado.

—¿No te gustaría saber qué les pasó? —respondo y me levanto también.

—Sí, pero las cosas han salido así. Rebecca, déjalo estar, por favor.

Por un momento nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos, ella preocupada y yo resignada.

—Vale... —murmuro con falsedad y voy hacia la cocina.

Una hora después estoy con Mara en su habitación, ella me enseña la foto de un chico que ha conocido por internet y me habla sobre él, pero yo estoy demasiado afectada por la conversación con mi tía Petra. ¿Por qué querrá que deje el tema?

—¿Rebecca? —pregunta mi prima y la miro— ¿Por qué estás así?

—¿Tanto os cuesta comprender que me haga preguntas? ¿Qué quiera saber lo que les ocurrió a mis padres? ¿Qué quiera saber por qué he pasado sola toda mi vida?

Mara me mira apenada, cruza los brazos y se reclina en la silla del escritorio donde está sentada.

—No, no me sorprende que quieras saberlo. Ahora, he de decir que nunca has estado sola. Mi madre sí que se quedó sola, criando a dos bebés en una casa después de haber tenido que afrontar la muerte de su hermano y cuñada.

Noto como se me llenan los ojos de lágrimas al escuchar las sinceras palabras de mi prima.

—Tienes razón en eso, prima —susurro—. ¿Dónde está tu padre? ¿Por qué os abandonó o qué pasó?

—No sé más que tú, mi madre lo único que dijo es que no tengo padre, que solo está ella.

—Eso no puede ser —respondo y ella asiente.

—Lo sé —murmura.

—¿Y nuestros abuelos? ¿Qué es de ellos? —pregunto y ella se encoge de hombros— ¿Y no estás harta de tanto misterio?

—Al igual que mi madre, creo que hay cosas que es mejor no remover —responde—. Porque sé que le ha afectado lo que le has dicho.

—Lo siento..., es que...estoy cansada de todo esto —gimoteo y me tapo la cara con las manos.

—¿De todo el qué? —pregunta ella y yo niego con la cabeza.

—De vivir en una casa fantasma —respondo finalmente tras un minuto de silencio.

—Sabes que no tenías por qué irte —rechista ella y yo asiento.

—Olvídalo, prima —decreto y me levanto de la cama.

—¿Dónde vas? ¿Ya te marchas?

—Sí, voy abajo a pedir disculpas a la tía, y esta tarde he quedado...

—¿Con quién? —pregunta ella sorprendida— ¿Con Anis?

—Deja al pobre Anis. He quedado con Ciro.

—¿Ciro? ¿El chico nuevo del pueblo? ¿El periodista? —pregunta ella y sonrío.

—Sí.

—Vaya..., que suerte —responde ella y me guiña el ojo.

Yo suelto una carcajada y voy hacia la puerta, pero antes de salir voy hasta ella, le doy un abrazo y un beso en la mejilla, y musculo:

—Prima, después de lo que ha dicho la tía...no vuelvas al bosque.
Ella me mira a los ojos con el ceño fruncido e instantes después asiente.

Son las cinco y media y otra vez he quedado con Ciro. La verdad, no hay mucho que hacer en este pueblo apacible, pero tras su llamada la cual ignoré le escribí un mensaje y accedí a verle con tal de desconectar un poco de todos los problemas que me rondan por la cabeza. Aunque después de la conversación con mi tía creo que tengo una idea; no obstante, estoy insegura sobre pedirle ese favor a Ciro.

Estoy en la plaza y veo como llega por una de las calles con su abrigo color crema y una gran sonrisa en el rostro. Le saludo con la mano y cuando llega hasta mí me da un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? —pregunta con voz dulce.

—Genial —miento— ¿Tú qué tal? ¿Cómo va la lectura?

—¡Lo he terminado! Estoy contento por haber seguido las recomendaciones de la mejor librería del pueblo —ríe él y no puedo evitar sonreír.

—Me alegro de haber acertado, Ciro —respondo y le miro a los ojos. Él se rasca la barbilla.

Andamos hasta salir de la plaza, pueblo abajo hacia la zona donde vive Ciro. Cuando me doy cuenta le miro con las cejas enarcadas y pregunto:

—¿Dónde estamos yendo?

—Había pensado que podría estar bien una tarde de cine —responde él.

Yo asiento contenta, me gusta ir al cine del pueblo. Es un cine antiguo que pone películas que hace ya mucho se estrenaron, pero que aquí todo el pueblo vamos a ver encantados.

No obstante, creo que es el momento de pedirle ese favor el cual ha estado rondando por mi mente. Le miro a los ojos y algo sería mascullo:

—Ciro... ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, dime —responde él y me mira preocupado.

—¿Antes de ir al cine podríamos pasar por un sitio? —pregunto y él levanta las cejas.

—Sí, por supuesto.

Le agarro del brazo para dirigirlo hacia una calle a la izquierda y mientras andamos, él bastante sorprendido y confundido, decido explicarle:

—Verás, ¿recuerdas que te conté que mis padres murieron?

Ciro se gira para mirarme y asiente solemne.

—Bien —prosigo—. Pues resulta que...he estado dándole vueltas a su muerte y me gustaría que me ayudaras. Quiero ir a la comisaría y pedir el informe archivado de su caso, y había pensado que como tú eres periodista tal vez puedas echarme una mano.

—Es-espera, Rebecca —balbucea él y frena el paso—. ¿Estás segura?

Me paro frente a Ciro y asiento con la cabeza. Él suspira y después sonrío.

—Pues te ayudaré en lo que pueda —concluye y le dedico mi mejor sonrisa.

Cinco minutos después estamos frente a la vieja comisaría del pueblo, la cual parece haber permanecido intacta a lo largo de los años. Un pequeño edificio de un solo piso y fachada de piedra cobriza acoge a toda la unidad policial del pueblo, formada principalmente por un jefe de policía y su séquito. Abro la puerta de metal y cristal haciendo que chirrié y nos encontramos ante un mostrador de azulejos claros y la atenta mirada de una mujer vestida con el uniforme policial de color negro. Esta parece de mediana edad, de unos cuarenta años, tiene el pelo recogido en una cola alta y el gesto serio. Sobre su pecho brilla la chapa policial.

—Buenas tardes —digo mientras sonrío.

—Buenas tardes, ¿queréis algo? —responde ella fríamente.

—Disculpe, veré, ¿podríamos hablar con el jefe de policía? Soy periodista —explica Ciro con tono agradable.

La mujer le mira y después desvía la mirada hacia mí un segundo, para acto seguido agarrar el teléfono de mesa soltando un largo suspiro.

—Jefe, aquí hay un periodista que quiere hablar contigo —murmura ella—. Ajá...

Miro a Ciro y él se encoge de hombros. La mujer cuelga el teléfono y señala con el dedo índice hacia una puerta verdosa al final del pasillo.

—Podéis pasar —masculla sin mirarnos.

Ambos andamos rápidamente hasta la señalada puerta y frente a ella golpeo un par de veces con el puño. Se escucha una voz en el interior indicando que podemos entrar.

Al abrir la puerta encontramos un despacho hortera y antiguo, con una mesa de madera vieja, sillones de cuero marrón, decoración estrambótica y muchos papeles y archivadores por todos lados, todo ello con un humo en el ambiente que indica que aquel jefe fuma en el despacho.

En el sillón negro y grande se encuentra un hombre aparentemente alto, con el pelo corto y moreno en el cual asoman numerosas canas incipientes,

algunas arrugas en la cara y a pesar de su aspecto, con gesto tranquilo y amigable. Lleva puesto el uniforme, pero algo diferente al de la mujer de fuera.

Ciro y yo nos acercamos a la mesa y el policía nos señala los sillones. Tras sentarnos miro a Giro y este asiente antes de pronunciar:

—Buenas tardes, caballero. Disculpe las molestias. Mi nombre es Giro Gilart y soy periodista en un periódico de fuera —acto seguido me señala—. Ella es Rebecca, me está ayudando con un nuevo proyecto.

El policía me mira y sonrío mientras responde:

—Por supuesto, conocía a tu familia, Rebecca. Lamento mucho lo que sucedió...

—Gracias, señor —murmuro y le sonrío.

El policía, el cual es llamado Kelan por lo que se lee en la placa metálica que descansa sobre su mesa, vuelve la vista hacia Giro.

—Dime qué necesitas.

—Verá, estoy realizando un proyecto sobre criminología en poblados pequeños de esta región, y ya que Rebecca es buena amiga mía, había pensado incluir el crimen de su familia. ¿Podría darnos información?

Kelan cruza los brazos y se reclina en su sillón, pensativo. Nos mira a los dos y finalmente me observa.

—Aunque sea un caso archivado no debería daros información...

—Por favor, Kelan. Es solo echarle un vistazo y si eso recoger algunos datos, no más —suplico.

Él suspira y un segundo después asiente, se levanta de la mesa y va hacia la puerta.

—Seguidme —ordena—. Y lo hago por la amistad que tenía con tu familia, sobre todo con tus abuelos.

Ciro y yo nos levantamos rápidamente y le seguimos por los pasillos.

—¿Sabe que les pasó? —pregunto a sus espaldas.

Kelan frena en seco para mirarme con el ceño fruncido y murmurar:

—Tu familia es un misterio, Rebecca. Ten mucho cuidado.

Sus palabras me dejan sin habla. Le observo un segundo y él da media vuelta para abrir con una de sus llaves la puerta más a la derecha.

Los tres nos adentramos en lo que parece un archivo, hay muchas estanterías metálicas llenas de cajas de cartón, archivadores y papeles.

Kelan anda por la sala hasta llegar a una estantería del fondo y agarra una caja alta para bajarla y mirarla.

—Aquí debe estar... —susurra con la mano dentro de la caja—. Sí.

Kelan rebusca por la caja hasta encontrar lo que quería y una vez hecho la vuelve a cerrar y saca una carpeta marrón.

—Gracias, Kelan —murmuro mientras la cojo cuando me la entrega.

—No tardéis mucho —responde él y se despide con la cabeza.

Kelan pasa por nuestro lado y Ciro se gira hacia él para darle también las gracias.

Miro la carpeta y mi corazón se acelera. Siento como esos papeles arden en mis manos y gritan que los lea. Me agacho para quedarme de rodillas en el suelo y Ciro me imita.

Abro la carpeta con las manos temblorosas y ante mí observo varios papeles apilados. Leo el primero a gran velocidad quedándome con lo importante en la cabeza:

Encontrados en la linde del bosque. Heridas de arma blanca, al parecer una especie de cuchillos o similar. Cogidos de la mano. Presentan varios golpes y cortes. No se encuentra el arma homicida ni ninguna prueba sustancial para el caso.

Paso de página rápidamente apartando a un lado la anterior y prosigo con la lectura, esta vez se encuentra por separado la información de mis padres, parece un informe forense.

Mujer de veinticuatro años. Presenta varios golpes y cortes en el cuerpo. Muerte provocada por incisión en la vena yugular.

Siento cómo el corazón me late a mil por hora al leer esas palabras, cómo mi sangre se hiela poco a poco.

Hombre de veinticinco años. Lesiones en numerosas partes del cuerpo. Muerte por puñalada en el pecho.

Temblorosa, paso la página y encuentro ante mis ojos varias imágenes de mis padres yaciendo en el suelo, sobre la nieve, están agarrados de la mano y manchan con su sangre la escena. Niego con la cabeza mientras mi respiración se acelera y mis ojos se llenan de lágrimas. Pero cuando voy a cambiar de página Ciro me agarra las manos y me arrebata los papeles. Le miro perpleja.

—Creo que está bien por hoy, Rebecca —murmura con tristeza.

Yo asiento lentamente y me levanto cogiendo aire profundamente. Ciro mete todos los papeles en la carpeta y la cierra antes de meterla en la caja que Kelan había dejado fuera de la estantería.

—¿Estás bien? —susurra Ciro y me agarra las manos con cariño.

—Sí... —balbuceo y le miro a los ojos.

Nos miramos en silencio un segundo y después le sonrío para evitar que se preocupe por mí.

No sé con exactitud lo que siento en este preciso momento. Realmente para lo único que ha servido esta investigación del informe policial es para darme cuenta de que en realidad las palabras de mi tía eran ciertas... No obstante, sigo con la extraña sensación de que oculta algo. También me ha servido para ver esa terrible imagen que no se borra de mi mente ni un segundo.

—¿Nos vamos? —pregunto apartando mis manos de las suyas.

Él asiente y me sigue para así ambos salir del archivo y de la comisaría. Mientras andamos permanezco en silencio dándole vueltas a lo que he visto. Ciro se percata de ello y me mira con preocupación.

—Rebecca, deberías dejar un poco de lado esto. No sé qué pretendías encontrar en realidad, pero...

—Quería saber la verdad, saber si mi tía mentía... —le interrumpo y levanto la mirada.

—¿Y lo hacía? —pregunta él.

—Creo que no... —murmuro.

—Pues ya está —se pone frente a mí y me sonrío—. Vamos a pasar una buena tarde.

Le observo en silencio un segundo para finalmente sonreír y acceder a su petición. Necesito olvidar esa terrible imagen que me gustaría no haber visto jamás.

Cuando llegamos a la entrada del cine veo que con letras de luces se anuncian cuatro películas, una de acción, una infantil, una romántica y otra de misterio. Ciro me mira y las señala antes de decir:

—¿Cuál te apetece?

Yo suspiro y no muy convencida señalo la película de misterio. Él asiente y nos dirigimos a la ventanilla donde Ciro pide las dos entradas. Saco rápidamente la cartera, pero cuando voy a pagar él me aparta la mano y entrega un billete.

—¿Qué haces? —pregunto ofendida.

—Invitarte al cine —responde él sin mirarme.

—¿Por qué?

—Porque quiero —contesta y sonrío al mirarme.

—No tienes que hacerlo, de verdad. No me gusta...

Ciro se encoje de hombros y agarra las entradas que le entrega la chica

joven que está trabajando tras la ventanilla.

Suspiro resignada y voy a su lado hasta la entrada. Ciro abre la puerta y nos adentramos en el calor del cine. Como una gran ola el olor a palomitas recién hechas hace que tenga que entornar los ojos, ya que este junto al olor de los libros antiguos son los mejores olores del mundo. El ambiente del interior crea una escena de lo más agradable, gente comprando sus palomitas y golosinas, otros entrando a las salas, charlando, comiendo, todo iluminado por una luz anaranjada que aporta calor al recinto. Me quito la chaqueta mientras me adelanto al puesto de comida. Ciro me sigue.

—Unas palomitas grandes, por favor —pido al chico que se acerca y me pregunta por lo que deseo.

Ciro me sonrío, yo le devuelvo la sonrisa y digo:

—¿Qué sería del cine sin palomitas? —hago una pausa y él se ríe—
¿Quieres algo más?

Niega con la cabeza, por lo que yo le pago lo debido al chico mientras este me entrega mi gran cubo de palomitas.

Contenta por la compra, voy junto a Ciro a nuestra sala después de entregar nuestras entradas. Nos sentamos en una fila algo alta y en la oscuridad del cine empiezo a quitarme el pañuelo, la chaqueta y el gorro. Ciro también se pone cómodo y veo que me mira los guantes.

—Aquí hace calor, ¿te vas a comer las palomitas con guantes?

Yo suspiro y niego con la cabeza mientras me quito lentamente los guantes. Me siento en la mullida silla de terciopelo rojo y dejo los guantes en el hueco que hay destinado a las bebidas. Cruzo las manos sobre mis muslos y Ciro me entrega el cubo de palomitas. Lo cojo sin rozarle y lo aprieto contra mí como si fuera un tesoro. Más que nada por no tocar nada que no debo.

Las luces se apagan, la pantalla se ilumina y comienzan a verse imágenes en movimiento. Como palomitas a montones, ¡adoro las palomitas! Ciro también coge pero poco a poco, y sé que si no se da algo de prisa acabaré el cubo yo sola.

Cuando ha pasado una hora el cubo está totalmente vacío en el suelo y yo he puesto las manos sobre los reposabrazos tras haberme colocado de nuevo los guantes ante la atenta mirada de Ciro.

—¿Tienes frío? —pregunta él y yo asiento.

Una vez con ellos puestos ya me siento segura para moverme y por ello puedo tocar los reposabrazos. Puede que no sucediera nada, pero no me

quiero arriesgar.

Entonces, un rato después, noto que Ciro pone su mano al lado de la mía y la roza. Yo no me muevo. Poco después me acaricia. Sin esperarlo, mi mente viaja al día anterior por la mañana, al caserón abandonado, a aquel chico de pelo ondulado y ojos con una franja verde. A aquel momento en que nuestras manos se tocaron, me miró a los ojos y una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo.

Pego un bote en la silla, Ciro me suelta la mano y me observa angustiada. Yo le miro y sonrío para quitarle importancia a lo sucedido.

Cuando salimos del cine Ciro se para frente a mí y titubea:

—Rebecca, escucha...mi casa está aquí al lado y me preguntaba si...

Me mira a los ojos, se rasca la barbilla y puedo ver la bondad de su mirada. Ciro es una buena persona, sé que está interesado a mí y él me gusta, tal vez sea lo que necesito.

“¿Y él?”, pregunta mi subconsciente mientras me manda la imagen del chico de la casa.

“¿Qué él? Solo es un recuerdo...”, me respondo a mí misma.

“¿Lo es?”, vuelve a hablar mi subconsciente.

Meneo la cabeza y miro a Ciro a los ojos antes de decir:

—Claro, me apetece pasar un rato más contigo.

Unos minutos después llegamos a una casa similar a la mía y a todas las del pueblo. Las de esta zona más baja suelen tener un ladrillo más gris pero con el techado igual que el resto, un pequeño jardín en la entrada y él tiene también un garaje para el coche (el cual yo no tengo ni necesito). Su casa tiene un piso más que la mía, lo que la hace parecer mucho más grande.

Ciro abre la verja metálica y me invita a pasar. Atravesamos el jardín, algo descuidado aunque verduoso y con flores debido a la lluvia, y llegamos hasta la puerta principal.

Una vez sumidos en el interior de su hogar puedo ver la chocante decoración, digo chocante pues es increíblemente opuesta a la de mi casa. Esta es más austera, fría y moderna. El gran salón tiene un sofá grisáceo en el medio sobre una gran alfombra de tonos blancos que resalta en el suelo de parqué oscuro, una mesita baja de madera oscura y al frente un gran televisor plano. Tiene algunas lámparas de pie negras y todas las paredes son blancas. A la derecha pueden verse dos puertas, una de ellas está cerrada y la otra deja ver un trozo de la moderna cocina de piedra oscura. A la izquierda hay otra puerta cerrada. Al fondo del salón se puede encontrar una gran escalera que

asciende hasta el segundo piso el cual crea una especie de balcón que deja a la vista todo el salón.

Ciro pasa delante de mí y avanza por el salón hasta casi la altura del sofá, luego se gira y me mira.

—Pues este es mi hogar... —murmura y sonrío.

Yo le devuelvo la sonrisa y avanzo hasta él, una vez a su lado paso la mano enguantada por el sofá.

—¿Quieres tomar un té, un café o algo parecido?

—¿Tienes chocolate? —respondo; él me mira asombrado y niega con la cabeza— Pues un té, gracias.

Él asiente y, contento, va hacia la puerta de la derecha que estaba abierta, la cocina. Yo le sigo a paso lento mientras observo que tiene varios cuadros abstractos en las paredes y en una pequeña balda de pared tiene marcos de fotos. Voy hasta la balda y las observo con detenimiento. En la primera está él solo en lo que parece ser una gran ciudad llena de luces, en la segunda aparece él con una chica joven, en la tercera hay una foto de un perro y en la cuarta sale él abrazando a dos personas mayores. Sonrío. En las fotos Ciro parece muy feliz.

Escucho sus pasos y me giro hacia la puerta de la cocina, donde lo veo mirarme en silencio. Sonríe y rasca la barbilla nervioso.

—¿Son tu familia? —pregunto señalando la leja completa.

—Sí —responde y viene hasta mi lado—. Aquí estoy yo en la gran ciudad, en esta estoy con mi hermana Lidia, este es mi perro de la infancia... Era...

Indica y señala cada foto. Veo como su mirada se va llenando de dolor y nostalgia.

—Y estos son mis padres —prosigue.

Yo asiento y me giro hacia él entristecida.

—Los añoras, ¿verdad? —pregunto.

—Todos los días...

—¿Vas a volver allí?

—No lo sé..., ahora mismo estoy un poco perdido —susurra él con la mirada baja.

A mí se me entenece el corazón y siento de primera mano su pesar, estiro el brazo y cojo su mano. Él me mira.

—No sé si te pasó algo con ellos o si por el contrario huiste a este pueblo porque lo necesitaras..., pero he de decir que eres muy afortunado de tener a

tu familia, de que te quieran y de compartir recuerdos como esos con ellos — me mira a los ojos pero no dice nada—. Y mi consejo es que...cuando estés listo vuelvas a tu hogar, se lo merecen, y tú también te mereces no estar solo.

Ciro me mira con ternura, le brillan los ojos grises y sé que mis palabras le han conmovido de verdad. Entonces veo que se acerca lentamente hacia mí, acortando centímetro a centímetro la distancia que nos separa. Pasa un brazo por mi cintura y me acerca hasta él. Yo solo puedo cerrar los ojos y dejarme llevar por el chico que tengo frente a mí.

Un segundo después noto el suave roce de sus labios contra los míos, me besa con delicadeza y dulzura. Le devuelvo el beso disfrutando de la adrenalina que recorre mi cuerpo al sentirle. Me aprieta contra sí y le rodeo con los brazos.

Ciro se aparta despacio y sonrío, yo me río nerviosa y aparto la mirada. Entonces él murmura:

—Se te va a enfriar el té.

Una hora después llego a mi casa tras mucho insistir en volver sola. Sonrío feliz por lo que ha sucedido. Giro me ha dado un chute de energía, me ha hecho pasar una tarde genial después de haberme ayudado en la comisaría y sobre todo me ha alegrado esa última hora en su casa de té, charlas y un par de tímidos besos. La verdad, Giro me gusta mucho, es muy buena persona y me hace pasar muy buenos ratos. No me gustaría perderlo ahora mismo; aunque lo conozca de tan poco, me hace sentir que ya no estoy tan sola.

Al día siguiente paso la mañana en la librería sonriendo, pensando en lo vivido con Giro, pero cuando llego a mi casa y veo la habitación de mis padres abierta me da un vuelco al corazón.

—¿Hola? —pregunto ilógicamente y nadie contesta.

¿Será esto una señal?

Decido que he de entrar a indagar en todo lo que he estado buscando estas semanas y dejar de lado mis pensamientos sobre Giro. A decir verdad, ni Giro ni nadie podría hacerme abandonar esta investigación.

Una vez dentro cierro la puerta a mis espaldas y miro a mi alrededor. Todo está intacto.

Me quito los guantes y abro el armario para ver lo que hay dentro, pero esta vez parece que tiene algo que contarme.

Noto el dolor de oídos, la ceguera incipiente y aprieto los ojos. Cuando los abro veo a mi padre mirando en el interior del armario y a mi madre a sus

espaldas. Ella se pone un abrigo color añil y lo mira mientras pregunta:

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—No...—murmura él y se gira hacia ella— Sí. Casi seguro. Tengo ese presentimiento, Sara.

—¿Un presentimiento? No podemos alertar de algo que tan solo creemos...

—Ya van varias veces, ¿la ventana se abre sola?

—La ventana está rota —contesta mi madre y resopla.

—No, Sara... Sé que hay algo más —responde él y veo que agarra algo del armario. Parece una caja de zapatos vieja.

—Eric... ¿Qué sentido tendría que te buscaran?

—Pues...que me hayan descubierto, que hayan seguido el rastro de mi investigación —responde él y muestra la caja.

—¿Y qué rastro pudiste dejar? —pregunta ella y pone los brazos en jarras.

—No lo sé. Tal vez...simplemente me han encontrado —responde y pasa por su lado.

—¿Y qué vas a hacer con eso? —pregunta mi madre con el ceño fruncido.

—Esconderlo, nadie puede encontrarlo. Y si son ellos...deberíamos tener mucho cuidado, deberíamos tomar medidas con Rebecca.

—¿Qué medidas? —rechista mi madre frustrada— Esto es de locos, Eric. Estás paranoico.

—Sé que no... —responde y va hacia la puerta, quedándose parado a mi lado casi rozándome la mano— Y no sé por qué lo sé, Sara.

Mi madre lo mira enfadada y él cierra los ojos dolido, preocupado. Entonces mi madre se acerca a él y le da un dulce beso en los labios.

—Eric, tienes veinticinco años, estás conmigo y tenemos un bebé recién nacido. Estamos en Mintabur, el pueblo donde naciste y está tu hermana Petra y tu sobrina Mara. Tienes aquí a tu familia que te protege... No va a pasar lo que pasó con tus padres. Por favor, cariño...

Mi padre la mira a los ojos y tras una mueca de dolor asiente.

—Está bien, dejaré esto en el armario de nuevo e intentaré relajarme.

Yo les miro asustada. Mi padre parecía sospechar que le habían encontrado. ¿Quién le había encontrado? Y por culpa de una investigación, ¿qué narices esconde esa caja? Este recuerdo parece provenir del principio, antes de que todo se complicara. Pero si mi padre no está atento, si no nos protege...

—Papá, te quieren matar —susurro en su oído.

Él parece no reaccionar, mira al frente sin moverse, pero noto una chispa en sus ojos, un ademán en su rostro...

—Sara, voy a esconder esto y avisar a Petra.

—Eric, ¿enserio?

Mi padre pasa por mi lado y abre la puerta para marcharse.

Entonces vuelvo a la soledad del presente, de nuevo, confundida y con más preguntas. No se me va de la cabeza esa caja, ¿qué habría allí? Y lo peor de todo...¿dónde la escondería? No puedo preguntar a mi tía Petra ya que le extrañaría que supiera de su existencia.

¿Me habrá oído mi padre? No lo sé, pero lo que sí sé es que hizo bien en tomar precauciones...aunque lamentablemente fueran en vano.

Entonces, ¿se me ocurre algo! ¡¿Y si mi padre la escondió en aquella casa?! ¡En la anterior “visión” hablaban de ella, buscaban sus planos...!

A la tarde siguiente salgo en dirección al bosque tras haber mal comido. He de ir pronto pues no quiero, por nada del mundo, que se me haga de noche allí. Mientras atravieso el frondoso y frío bosque pienso en aquel chico que vi, el de los ojos con una franja verde. El chico que a través de un recuerdo (¿o no?) me tocó y me habló.

Se alza ante mí, de nuevo, la impotente fortificación, el caserón abandonado que parece un gigantesco rompecabezas, o tal vez...sea una especie de enorme caja de Pandora.

Una vez dentro estornudo al respirar el polvo flotante en el ambiente. Me encuentro en la planta baja, en la sala principal. Miro las escaleras y recuerdo la herida que me hice la última vez al subirlas, la cual aún me duele y me costó ocultar. En un primer momento me siento alterada, no sé por dónde empezar a buscar. Recorro la especie de recibidor y me acerco a sus estanterías. Empiezo a mover libros viejos y jarrones, pero no encuentro nada detrás. Tras un buen rato revolviendo polvo y mugre me doy cuenta de que es una tarea casi imposible el rebuscar en un caserón de semejante tamaño y yo sola. Me quito los guantes y pongo la mano sobre la mesa de madera que hay en el recibidor.

Entonces sucede. Me transporto a un recibidor prácticamente igual que en el que me encontraba, solo que ahora veo que hay un par de libros más. Me acerco a ellos e, insegura, los cojo. Aún me sorprende poder tocar objetos en mis “visiones”. Son libros de apariencia normal, antiguos y desgastados. Abro el primero y veo que son escritos, pero en una lengua que no conozco. Paso las páginas hasta que veo en uno dibujado un retrato, el retrato de mi

padre. ¿Sería esto su investigación? ¿O...sería esto algo perteneciente a los que le buscaban por ello? Noto el crujir de la madera a mis espaldas y dejo el libro sobre la mesa antes de girarme lentamente con el corazón acelerado.

En un primer instante espero encontrar a mi padre con la caja, escondiéndola en alguna madera o hueco oculto, eso hubiera resuelto muchos problemas, pero no es así. Veo frente a mí a ese chico, al de la otra vez. Me está mirando a los ojos, con esa mirada que hace que se me erice el vello de todo el cuerpo. Sonríe. Yo me quedo muy quieta y no digo nada. Él se acerca a mí dando pasos tranquilos y me voy alejando marcha atrás hasta que me choco contra la mesa que apenas se encontraba a unos centímetros de mí.

—¿Quién eres? ¿Por qué puedo verte? ¿Qué quieres? ¿Por qué apareces en mis visiones? —pregunto de forma atropellada.

—Creo que tienes muchas preguntas. Demasiadas —responde él y sonríe.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto y él se para.

—Nada. No sé quién eres —se toca el pelo aparentemente nervioso. La verdad ese gesto me hace gracia, por un lado parece una persona extrovertida y por otro parece una persona nerviosa y apocada.

Le miro dudosa y finalmente me acerco despacio a él. Una vez cerca alzo la vista para mirarle a los ojos. Veo como le caen los mechones de pelo ondulado oscuro por la frente y por los lados de las orejas. Parece que no se haya peinado. Y como la otra vez, estiro el brazo y le toco el suyo. Él me mira la mano y luego me mira a mí.

—No puedo creer que pueda tocarte, que pueda hablar contigo... —susurro.

Él no dice nada, pero me dedica una sonrisa.

—Yo tampoco —musita.

—¿Dónde estás? —pregunto dudosa.

—¿Qué? —responde él.

—¿En qué año estás ahora mismo, eh...?

—Me llamo Unax —responde él y yo asiento.

—Unax..., yo me llamo Rebecca.

El tal Unax, entonces, se me queda mirando fijamente, no aparta la mirada de mí ni se mueve un centímetro.

—¿Hola? —murmuro y él sonríe.

—Estamos en el año 1995 —responde.

Le miro perpleja y me doy la vuelta para hacer una mueca de asombro. Es el año en que nací. No sé ni qué decirle, no sé qué sabe exactamente, aunque

parece saber algo.

—Tú no estás en este año, ¿verdad?

—No... —musito y me giro de nuevo hacia él— Estoy en el 2018.

—Vaya, eso significa que para ti han pasado veintitrés años...

Él baja la mirada con el ceño fruncido, tal vez está pensando en algo o simplemente se ha sorprendido.

—Tengo que marcharme —susurra él y yo niego con la cabeza.

—No, no. Unax, no he resuelto nada. Tienes que ayudarme, tienes que contestarme... —decreto y él va hacia la puerta de la entrada— Unax..., no tengo a nadie.

Él para en seco y se gira hacia mí, me mira y sonrío.

—Ahora me tienes a mí, prometo que nos encontraremos. Ven aquí y... nos veremos.

—¿Cuándo? —pregunto con la respiración acelerada.

—Mañana.

—¿Responderás a mis preguntas? —pregunto, pero él ya no está.

Cuando abro los ojos caigo de bruces al suelo, mareada. Estoy muy débil, noto que me sangra el oído derecho. No entiendo por qué me encuentro así... ¿Tal vez por que utilice demasiado poder?

Levanto la vista y me doy cuenta de que no hay tanta luz como había cuando llegué. ¡No! ¡¿Pero cuánto tiempo he estado en la “visión”?! Si parecían unos minutos... Salgo corriendo de la casa, tropezando con los huecos del suelo por culpa del mareo y voy hasta el sendero. Ando a paso rápido de vuelta a la profundidad del bosque mientras pienso en Unax.

¿Tendrá el mismo poder que yo? ¿O será otro tipo de persona? ¿He de fiarme de Unax? ¿Qué he de contarle?

Mi cabeza da vueltas y vueltas, pero en el centro de mi mente tan solo hay un nombre. Unax.

Revelaciones



A la mañana siguiente estoy en la librería mirando el minuterero del reloj. Cada pocos minutos, el tiempo parece no avanzar. Para colmo, no tengo ningún cliente en toda la mañana, lo que hace que la espera se me haga interminable a pesar de que he organizado desde cero una estantería entera. A las dos, cuando estoy a punto de cerrar, aparece Ciro haciendo sonar la campanita de la puerta.

—Hola, Rebecca —saluda con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué tal? —pregunto y me sonrojo al recordar que la última vez que nos vimos nos besamos.

—Bien. Había venido a verte... bueno, y a buscar un nuevo libro.

—Claro —respondo y él se rasca la barbilla nervioso—. ¿Quieres alguno del estilo del anterior o algo diferente?

—Mmmm, la verdad es que me apetece algo distinto.

—Vale... ¿qué categoría te gustaría tocar? ¿Ciencia ficción, romántica, dramática...?

—Estoy perdido —aclara él; yo asiento y salgo de tras el mostrador.

Ciro se acerca a mí lentamente y me da un beso suave en los labios. Me mira a los ojos y sonrío. Yo suelto una risita y me aparto de él para ir hacia una de las estanterías. Después de todo, siento una timidez extraña cuando me besa.

—Aquí tengo los considerados mejores libros de los últimos tiempos, echa un vistazo mientras me preparo para el cierre y elige el que más te guste.

Ciro sonrío y se da la vuelta para mirar la estantería. Unos minutos después, me entrega un libro de hace algunos años categorizado como ciencia ficción.

Le cobro y él espera a que haga el cierre. Salimos juntos de la librería y cuando llegamos al centro de la plaza le digo:

—Gracias por la visita y por la compra, Ciro. Espero que cumpla tus

expectativas —señalo el libro pero él me mira a mí.

—Ya lo has hecho —responde y yo suelto una carcajada.

—Bueno, me tengo que ir.

—¿Quieres ir a comer a algún sitio? —pregunta y yo le miro haciendo una mueca de disgusto.

—Hoy no puedo, esta tarde tengo mucho que hacer y he de comer rápido.

—Está bien, no quiero molestar... —implora él con pesar.

A mí me da una punzada en el pecho al ver que Ciro me mira con ese rostro de tristeza que normalmente está tan alegre y me acerco a él para darle un dulce beso en los labios.

—No lo haces. ¿Hablamos mañana? —mascullo mientras me aparto de él.

Ciro asiente con la cabeza y sonriente se despide con la mano mientras yo me marcho dirección al bosque. De camino compro un sándwich en el supermercado y me lo como dando grandes bocados.

Cuando llego a la casa miro hacia todas las direcciones pero no veo a nadie. Todavía me cuesta creer que Unax sea un recuerdo del pasado. Lo que me hace preguntarme...¿dónde estará Unax en el presente, en 2018?

Entro a la casa y no sé bien qué tocar. No sé si según lo que toque me transportaré a un recuerdo de Unax u otro, o si encontraré a mi padre en alguno de ellos. ¿Si Unax pasaba tiempo en aquella casa por alguna razón que no conozco debió ver a mi padre?

Me quito el guante y simplemente toco el pomo de la puerta principal. Entonces, en un segundo siento ese cúmulo de emociones y al abrir los ojos veo a Unax frente a mí sonriendo con esa sonrisa tan bonita que desde el principio me cortó el aliento.

—Has venido —afirma él y yo asiento.

—¿Cómo es posible que coincidamos de esta manera? No sabía ni qué objeto tocar para verte... ¿Cómo...?

—Rebecca, vamos a dar un paseo —decreta él y yo asiento como una autómatas.

Unax pasa por mi lado y sale de la casa, yo lo imito. En el exterior todo también permanece igual, aunque el clima se presenta mucho más frío (creo que el abrigo que llevo es insuficiente).

—Unax, ¿en qué mes estamos? —pregunto confundida y él me mira.

—Finales de noviembre —responde y yo asiento.

Yo estoy a principios de octubre, por lo que los saltos tampoco son lineales. Cosa que ya intuía porque las visiones que he tenido toda mi vida

han pasado de una estación a otra aleatoriamente. Tan solo en estas “visiones” es donde hay cierto sentido. ¿Sentido? No, nada tiene sentido.

Bajamos al sendero pero en vez de seguirlo Unax pasa por su derecha y se adentra en el bosque. Yo le sigo, dudosa. Entonces llegamos hasta otra senda, más bien un camino rodeado de plantas verdes y grandes árboles.

—Yo también tengo muchas preguntas, Rebecca. Para mí esto también es un misterio... Le he dado vueltas y creo que lo mejor será que me presente, que te presentes y que ya hagamos nuestras preguntas.

—Me parece buen plan —respondo y él sonrío sin mirarme.

A la luz del día sus ojos todavía se ven más claros, la franja verde brilla con fuerza resaltando sobre el tono oscuro del resto del iris. Entonces es cuando afirmo que son los ojos más bonitos que he visto en mi vida. Seguramente, sea él en su totalidad el chico más hermoso que he visto.

Estamos en silencio andando, supongo que a los dos nos da miedo comenzar la conversación, al menos a mí. No puedo evitar observarle, pero de pronto veo como me mira de reojo, por lo que aparto la mirada disimulando. Cuando vuelvo a mirarle ya mira al frente pero la escena se repite, lo que me hace sonreír inevitablemente.

—Ya llegamos —indica él y veo que también sonrío.

—¿A dónde? —pregunto confundida ya que creía que andábamos sin rumbo.

Entonces aparece ante mis ojos un río que cruza una especie de claro en el bosque, en el que el cielo azul brilla con fuerza, lo que me sorprende siendo Mintabur. Alrededor del río hay flores de muchos colores dando a la escena un toque mágico, entre ellas amapolas rojas.

—Es precioso —murmuro mirando a mi alrededor—. ¿Cómo sabías que estaba esto aquí?

—Las preguntas después, Rebecca —ordena él, yo asiento y sonrío.

Unax pasa delante de mí y veo que se abrocha la chaqueta de cuero hasta arriba. La verdad es que al lado del agua hace más frío, y sobre todo siendo finales de noviembre. Él salta sobre una piedra para lo que parece ser, cruzar el río. Se gira y me ofrece su mano. Yo vacilo un instante todavía sin creer que pueda tocarlo, pero la acepto. Cuando nuestras manos se tocan vuelvo a sentir esa corriente eléctrica, y él parece también sentir algo pues alza la mirada hasta mis ojos. O tal vez... solo sean cosas mías.

Cruzamos el río dando saltos sobre las piedras hasta llegar al otro lado, donde Unax gira a la izquierda y sube por una roca más grande al lado de una

pequeña cascada. Una vez en esa gran roca Unax se sienta y me mira, esperando que lo imite. Me pongo frente a él y sonrío.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto y él asiente.

—Sí, este sitio creo que es un lugar tranquilo para conocernos —expone él y yo asiento.

—Es muy bonito —respondo mirando de nuevo a mi alrededor.

El viento hace que minúsculas gotas de agua helada caigan sobre mi rostro desde el río haciendo que me estremezca por el frío.

Unax me mira a los ojos y sonrío, luego menea un poco la cabeza haciendo que se le mueva el pelo ondulado sobre el rostro.

—Me llamo Unax, como te dije ayer. Como verás soy como tú, y la verdad yo tampoco entiendo por qué estamos así de...conectados. Llegué a Mintabur hace unos días, y apenas he podido buscar un lugar en el que dormir, por eso estoy en esta casa hasta que lo encuentre.

—¿Eres como yo? ¿Podrías explicarte? —pregunto confusa y suspiro.

—¿Explicar el qué? —responde él con el ceño fruncido.

—Todo... —murmuro.

—Espera, ¿no sabes nada? ¿No sabes qué eres? ¿Qué sabes? —pregunta él con rostro preocupado.

—No, no sé nada. Lo único que sé es lo que he podido averiguar por la experiencia a lo largo de mi vida. Sé que soy diferente al resto, que si toco un objeto con la mano puedo ver su pasado o su historia..., por eso llevo guantes. Porque con cuantos más años cumplía más visiones tenía... Y no sé controlarlo. Y mucho menos sabía que podía tocar objetos o incluso hablar con personas del pasado. Ahora mismo nada tiene sentido.

—No lo entiendo, Rebecca. ¿Y tu familia? ¿Lo saben? —interroga él.

—¿Mi familia? Mi única familia son mi tía y mi prima, y por supuesto no saben nada.

—¿Y tus padres? —pregunta él.

Por un momento dudo si responderle, no sé por qué. Tal vez porque yo misma esté buscando respuestas al misterio de su muerte, tal vez por desconfianza... Pero finalmente respondo:

—Murieron hace mucho, por eso he crecido sola con mi poder —entonces levanto la mirada y le miro a los ojos—. Por favor, Unax, dime lo que sabes.

Unax se acerca un poco más a mí y se apoya en la roca, haciendo que nuestras manos se rocen. Mi respiración se acelera.

—Eres una *coleccionista de recuerdos*, Rebecca. Tu poder va más allá de

un simple don.

—¿*Coleccionista de recuerdos*? —susurro entre dientes.

—Sí. Yo también lo soy. Hay muchos más como nosotros y suelen vivir en pueblos escondidos como Mintabur.

—¿Por qué?

—Porque nos persiguen, hay un grupo de...personas que se dedican a cazarnos, a intentar exterminarnos...

—¿Qué? ¿Y eso por qué? —pregunto asustada— ¿Qué daño podemos hacer?

—Rebecca, tu poder es más grande de lo que imaginas —responde él y sonrío vagamente—. Un *coleccionista de recuerdos* con mucho poder puede cambiar el pasado, y eso asusta a mucha gente pues puede causar muchas desgracias. O cambiar ciertas cosas que no quisieran que cambiaran en el futuro. Puedes usar tu poder como un arma...

—Espera, ¿me estás diciendo que algo que haga yo en un recuerdo puede cambiar el futuro?

—Sí. Por eso hace muchísimo tiempo un grupo de humanos se reunió para erradicar a todo *coleccionista de recuerdos*.

—Madre mía —balbuceo con el vello erizado.

Abrazo mis rodillas y bajo la mirada pensativa. Es posible que...

—Rebecca..., no te preocupes, estos pueblos están protegidos. Es difícil que nos encuentren, a no ser que hagas algo que te delate —explica Unax sacándome de mis pensamientos.

—¿Cómo qué? —pregunto.

—Como cambiar algo importante del futuro, llamar la atención de ellos, buscarlos o...que te vean, claro.

—¿Qué me vean cómo?

—Usando tu poder —contesta él, aunque no logro comprenderlo del todo.

—¿A ti te habían encontrado? —pregunto y le miro a los ojos.

—Sí, encontraron a mi familia y solo yo logré escapar de ellos. Vine hasta Mintabur y bueno, te vi en esa casa.

Mi mente vuelve un segundo a la primera vez que lo vi y recuerdo que salió corriendo hacia la puerta.

—¿Por qué huiste ese día?

—¿Huir? No, me pareció escuchar que entraba alguien a la casa.

Mi mente da vueltas pero todo parece encajar como si fueran piezas de un puzle, todavía incompleto.

—Háblame del poder que tenemos. Por favor.

—Pues lo desarrollamos a lo largo de toda nuestra vida, llegando a controlarlo de verdad. Cuanto más lo practiques más lo controlarás. Tú llevas guantes, eso es que no sabes frenarlo, ¿verdad?

—Claro que no, los recuerdos vienen solos.

—No es así. ¿Por qué al tocar la puerta has aparecido precisamente aquí?
—manifiesta él y yo le miro confusa.

—No lo sé... ¿Quieres decir que puedo elegir el recuerdo que ver?

—Sí, aunque todavía no sabes hacerlo. De igual modo tampoco sabías tocar objetos y lo has hecho, o tocar a una persona del pasado.

—¿Y por qué me dijiste que tú tampoco entendías lo que nos ocurría?

—Porque somos dos *coleccionistas de recuerdos* que de algún modo se han encontrado, como si algo nos atrajera el uno al otro, como si... tuviéramos que conectar. Es como si nuestros poderes se cruzaran...

Le miro perpleja, él alza la mirada y me observa con la boca entreabierta. Nos miramos un instante en silencio y luego susurro:

—En estos momentos me es difícil distinguir la realidad del recuerdo...

—¡Rebecca! —exclama él y alarga la mano hasta mi cuello y me muestra sus dedos llenos de sangre roja y brillante— Tienes que marcharte, no tienes suficiente poder para estar tanto tiempo en el recuerdo.

—¿Qué? Espera, Unax, no quiero marcharme... —balbuceo mientras toco mi cuello húmedo.

—Rebecca, vuelve o te hará daño —ordena él y se levanta.

Yo lo imito y veo como me mira preocupado.

—No sé cómo regresar —respondo asustada.

Él suspira y se gira para marcharse pero le agarro del brazo con fuerza, obligándole a mirarme de nuevo, muy cerca.

—Unax, necesito que nos volvamos a ver. He estado sola toda mi vida hasta ahora...

Él asiente, me mira un segundo los labios, tan solo una fracción de segundo, para luego volver a mirarme a los ojos y decir:

—Aprende a controlarlo, usa tu poder y él solo nos conectará.

Entonces da un salto y cae lejos de la roca, al tiempo que se me nubla la vista y empiezo a sentir un dolor muy fuerte, más de lo que nunca había sentido con una “visión”.

Cuando despierto estoy tirada en la entrada a la casa dejando un rastro de sangre en el suelo y muy débil. Me cuesta levantarme, me cuesta mover el

cuerpo y llego a asustarme. Fuera de la casa vuelve a ser de noche, esta vez incluso más. Me arrastro por el suelo hasta llegar a una mesita polvorienta y me agarro para levantarme. Tambaleante, salgo de la casa y atravieso el bosque en la oscuridad. Parecen pasar siglos, y por un instante creo haberme perdido, pero cuando veo a través de los árboles la luz cálida de las farolas corro esquivando matorrales y ramas hasta llegar a la carretera.

Paso las horas pensativa dándole vueltas a lo vivido el día anterior con Unax en el bosque, a todo lo que me contó; y la verdad me cuesta asimilarlo y me hace construir un croquis en mi mente. Lo que me contó él sobre su familia, que un grupo de asesinos de *coleccionistas de recuerdos* los encontraron y acabaron con todos menos con él... Eso me hizo pensar que... ¿y si mi padre era un *coleccionista de recuerdos* como yo? Si cogieron a la familia de Unax significa que había más *coleccionistas*, por lo que puede ser hereditario. ¿Y si aquella investigación de mi padre fue más allá de lo debido y los encontraron? ¡Todo encaja! Mi padre quiso ir a la casa abandonada... ¿Y si se encuentra con Unax? Espera..., mi padre huyó de uno de esos asesinos al volver de la casa... ¿Y si encontraron a Unax? Necesito alertarle, necesito controlar mejor mi poder para volver a hablar con él y decirle que se marche de allí. Tengo que..., si pudiera...hablar con mi padre como con Unax...

Es por la tarde y me llama Ciro varias veces justo cuando voy a adentrarme en la habitación de mis padres. Le cuelgo y decido que después le llamaré para vernos, ahora tengo cosas más importantes que resolver. Una vez dentro me quito los guantes y los aprieto contra mi pecho. Tengo que controlarlo, tengo que aprender a sobrellevarlo sin guantes. Cojo aire profundamente y acaricio la cama despacio, poniendo todo mi empeño en que no me muestre nada. Suelto el aire de golpe cuando veo que no sucede nada y sonrío satisfecha. Me giro a la izquierda y agarro la silla del escritorio y vuelvo a concentrarme. Noto el pitido de los oídos con fuerza y empiezo a perder la vista.

—¡No! —grito y me esfuerzo por recuperar el control— ¡NOOO!

Pero no sirve de nada, noto que empiezo a entrar en una “visión”. Entonces recuerdo las palabras de Unax: “conseguir dirigir los recuerdos”.

¡Vamos, necesito encontrar esa caja!

Con los ojos cerrados con fuerza visualizo la caja en mi mente una y otra vez, una y otra vez, hasta que escucho movimiento y los abro. En la habitación está mi padre con mi tía Petra, ella está sentada en la cama y me

sorprende ver lo joven que parece. Busco con la mirada por todas partes pero no encuentro la caja. Maldigo porque no haya podido controlar mi poder.

Mi padre está con los brazos cruzados frente a mi tía y ella tiene la mirada perdida, pensativa, se aguanta la cabeza con una mano apoyando el codo sobre su rodilla.

—Petra, ¿estás de acuerdo conmigo?

Mi tía alza la vista para mirarle y se encoje de hombros.

—No lo sé, Eric. No creo que te estén buscando...

Me acerco más a mi tía y la miro más de cerca, confusa, alerta. ¿Pero qué sabes exactamente?

—Creo que sí, y nadie me cree. Al final pasará algo de verdad, demostraré que no estoy confundido.

—¿Pero por qué estás tan seguro? ¿Por qué una ventana se abre? ¿Por qué te parece escuchar un susurro que te dice que te van a matar?

Ante la última pregunta me quedo perpleja. ¿Un susurro? ¿Mi padre...me escuchó? ¿Pude conseguirlo?

—Sé que suena de locos, Petra, pero...

—Eric, claro que suena de locos. ¡Es una locura! ¿Crees que por hacer una investigación a esa secta pueden venir a por ti? ¿A por tu familia? ¿A Mintabur?

—Sí que lo creo, Petra... Él dijo que lo haría... Pero olvídale. Ya he escondido la caja que contenía la clave de la secta.

¿Él? ¿De quién está hablando? ¿De su asesino?

—¿Qué clave? —pregunta mi tía.

—Su nombre, el nombre del cabecilla.

—Tienes que olvidarte de todo eso, Eric. Ni siquiera entiendo por qué hiciste esa investigación.

—Porque son una amenaza para todos, ¿lo entiendes?

—No, la verdad es que no.

—¡Petra! —farfulla mi padre resignado y se agarra la cabeza, despeinándose.

—Bueno, tengo que ir a por Mara. Espero que la caja esté bien escondida y que dejes de lado todo esto. Tienes una mujer y un bebé que te necesitan...

—Esto lo hago sobre todo por ellas, Petra —responde mi padre y le fulmina con la mirada.

—¿Sí? —pregunta ella y se levanta para salir de la habitación.

Mi padre cierra los puños con una mueca de dolor y la mira marcharse.

Entonces empiezo a perder de nuevo la visión. Con rapidez corro hacia mi padre y grito:

—¡Papá! ¿Dónde está la caja? ¡Necesito encontrarla! ¡Por favor! ¡Soy Rebecca!

Unos segundos después estoy en el suelo de su habitación sentada. Me levanto de un bote y pienso en lo que he visto. ¿Qué sabrá mi tía realmente? Parecía saber algo sobre la investigación de mi padre, sobre aquello a lo que llaman “secta”. No obstante, no parecía saber nada sobre los *coleccionistas* de recuerdos. ¿Debería preguntarle algo sobre la investigación o volverá a enfadarse conmigo? Y lo peor... ¿Se preguntará, si lo hago, por qué me hago tantas preguntas y cómo he sacado toda la información? Probablemente, y no necesito más problemas.

Dejo los guantes sobre la cama, ya que estaban en el suelo, y tras soltar un largo suspiro estiro la mano hacia el escritorio. Intento bloquear mi mente, impedir que suceda con todas mis fuerzas. La vista se nubla, pero me resisto; noto un cosquilleo que me sube desde la mano por el brazo, tal vez por resistirme. Al fin, nada sucede. ¡Lo conseguí! Unax tenía razón, tengo que aprender a controlarlo. El haber estado sola toda mi vida me había hecho tenerle casi miedo, sobre todo por culpa de... ¡Oh dios mío! Vuelve a mi mente como un terrible latigazo ardiente la imagen de aquella figura que vi asesinar un hombre en el parque con tan solo cuatro años. Ahora tiene sentido. ¡¿Podría ser un asesino de esa “secta” matando un *coleccionista de recuerdos*?!

Ya entrada la tarde escucho el timbre de la puerta, corro hacia ella seguida por Freddie dando pequeños saltos. Al saltar hace un sonido muy gracioso, similar al de esos juguetitos para perros que pitan. Cuando abro veo a Ciro sonriente con un gorro de lana oscuro, su chaqueta color crema y unos vaqueros negros.

—¡Hola, Rebecca! —exclama, se acerca a mí y me da un fugaz beso en los labios.

Le devuelvo la sonrisa y me aparto para que entre. Me agacho y recojo a Freddie del suelo y se lo muestro.

—¿No serás alérgico? —pregunto y él niega con la cabeza mientras lo mira— Este es Freddie, mi amigo y compañero de piso.

—Hola, Freddie —dice él y le toca, casi tan solo un roce, la cabecita blanca.

Freddie se revuelve, opto por cerrar la puerta principal y dejarlo en el suelo. Ciro se pone al lado del sofá y mira a su alrededor antes de decir:

—Es bonita...

—No se parece en nada a tu estilo de casa, lo sé, lo vi —respondo y me río—. ¿Quieres comer algo? Tengo cosas de picar.

—Vale, sí, gracias.

—¿Y café? —pregunto y él asiente.

Preparo dos cafés y cojo un paquete de pastas que tengo en el armario de la cocina. Cuando salgo con la bandeja en las manos veo que Ciro se ha sentado en el sofá. La dejo en la mesita baja de madera.

—Rebecca, ¿aquí no llevas guantes? —pregunta Ciro y me señala las manos.

—Estoy intentando quitármelos más a menudo... —murmuro y me siento a su lado.

—¿Y tu enfermedad?

—A veces o no combates las cosas y te enfrentas a ellas o siempre estarás atrapada —imploro mientras cojo la taza y bebo un trago de café caliente.

—Sí, bueno..., supongo —responde él algo confundido— ¿No tienes televisor?

Yo niego con la cabeza y señalo los libros que hay sobre la mesa. Él suelta una carcajada y vuelve a beber de la taza antes de dejarla de nuevo.

La verdad, permanezco un rato bastante pensativa, no me quito de la cabeza lo sucedido el día anterior, y Ciro lo nota.

—¿Te pasa algo, Rebecca? —pregunta con cara de preocupación.

—No, tranquilo —musito y sonrío mientras dejo la taza sobre la mesa.

—Está bien.

Ciro se acerca hacia mí y me vuelve a dar un fugaz beso en los labios. Le sonrío y él me mira fijamente a los ojos. Entonces se gira y mira la mesa, coge un libro y lo ojea.

—Parecen antiguos, ¿los has leído todos?

—Son antiguos, eran de mis padres y creo que algunos incluso de mis abuelos. Pero no, no los he leído todos, por eso están ahí —respondo.

—¿Este de qué va? —pregunta extrañado mientras coge el más grueso y viejo.

Ciro me lo entrega y por un momento vacilo antes de cogerlo, pero contengo el aire y lo hago. Intento resistirme, bloquear el poder como hice arriba, pero... Es en vano.

Dolor, ceguera, y en un instante Ciro ya no está. Escucho un golpe y al girarme veo a mi padre. Parece muy joven, no deberá tener más de dieciséis

años. Lleva el pelo igual, aunque algo más despeinado. Tiene todavía un toque infantil en el rostro pero sus ojos azules brillan con potencia sobre él. Lleva el libro en la mano y sonrío. Entonces aparece un hombre, tendrá unos cincuenta años. Tiene el pelo canoso y barba, su rostro está acompañado de unas grandes gafas que cubren sus ojos azules.

—Papá, ¿este libro era de mamá? —pregunta mi padre y mi abuelo asiente.

—Sí, ella siempre lo ojeaba. Le gustaba mucho.

—Me lo estoy leyendo —responde y se sienta en el sofá antiguo. El salón está muy diferente, tiene una gran alfombra que ocupa casi toda su superficie, un sillón y un sofá a juego de color negro, una mesa de madera maciza, una máquina de coser y varias estanterías. Hay también algunos cuadros que decoran las paredes con hermosos paisajes.

Me siento al lado de mi padre mientras mi abuelo se sienta en el gran sillón y lo observa. Mi padre ojea el libro pasando rápidamente muchas páginas. Suspiro mientras con los ojos cerrados intento concentrar mi poder. Alargo la mano temblorosa, despacio, pero no siento nada, termino abriendo los ojos y veo que a pesar de haber llegado al hombro de mi padre no lo noto. Lo atravieso como si fuera un simple haz de luz.

—Papá... —susurro apenada.

Mi padre levanta la mirada hacia mi abuelo y declara:

—Papá, creo que deberías saber que estoy investigando la muerte de mamá.

Miro a mi padre atónita. Esta es la primera noticia que recibo de que mi abuela murió antes que mi abuelo.

—¿Pero qué dices, hijo? Sabes perfectamente lo que ocurrió —responde mi abuelo y tose.

—Papá... ¿no quieres hacer justicia? —responde mi padre y aprieta los puños.

—Ya no tengo fuerzas para justicia, Eric —musita y vuelve a toser.

Mi abuelo parece estar enfermo, cada vez que tose se le contrae el rostro de dolor y hace que aparezcan dos oscuras manchas bajo sus ojos.

—Por eso voy a hacerlo yo, porque antes de que te suceda nada...quiero que sientas que mamá ha sido vengada. Al menos saber el nombre de su asesino...

—¿Y de qué serviría eso, Eric? No me parece buena idea. Por favor, sabes que ya no me queda mucho, déjame pasar estos últimos meses tranquilo. No

quiero que te pongas en peligro. ¿No acabas de conocer una chica que te gusta, cómo se llamaba?

—Sara... —murmura mi padre cabizbajo.

—Pues céntrate en Sara, quién sabe...

Mi padre asiente y tras hacer un sollozo mira a mi abuelo con los ojos llorosos.

—Perdimos a mamá y ahora voy a perderte a ti...por una asquerosa enfermedad. ¿Qué voy a hacer solo?

—Lo sé, hijo mío. Pero no estás solo, tendrás a Petra...

—Petra ya se ha mudado y vive con su novio, papá.

Mi abuelo le mira con los ojos llorosos y puedo sentir su dolor. Mira a su hijo con el corazón en un puño a sabiendas de que ha de dejarlo solo a la fuerza.

—Invita a cenar un día a esa tal Sara, me gustaría conocerla si tan buena chica es —declara y sonrío.

Mi padre se seca las lágrimas de las mejillas y asiente.

—Lo haré, papá —responde y se levanta dejando el libro en la mesa para abrazar a su padre.

Se me encoje el corazón y noto las lágrimas caer por mis mejillas. Mi abuela fue asesinada, igual que mis padres, y seguramente por la misma razón o algo similar. Cada vez estoy más convencida de que en mi familia había más *coleccionistas* de recuerdos, entre ellos mi padre. En esos últimos meses de enfermedad de mi abuelo debió ser cuando mis padres empezaron a estar juntos, convirtiéndose mi madre en la única compañía que le quedaría después. También me hace pensar, que cuando murió mi abuelo mi padre empezó a indagar en su investigación, y de ahí en adelante ya sé cómo terminó la historia.

Noto como se me emborrona la vista y veo cada vez menos la forma de mi padre y abuelo abrazados, hasta que todo es negro y vuelvo a notar un dolor en los oídos.

Abro los ojos y veo a Ciro mirarme asustado, está sudando, tiene los ojos muy abiertos y el ceño fruncido.

—¡Rebecca! ¿Qué te ha pasado? Qué susto me has dado, pensaba que estabas muerta...

—¿Muerta? —murmuro y me toco el oído, pero no sangra.

—Sí, has cogido el libro, se te ha caído y has cerrado los ojos de golpe. Parecías soñar al principio, pero al final...no te notaba el latido del corazón.

He intentado despertarte pero no ha servido de nada, no sabía cómo.

—Ya, yo..., eh.... —baluceo nerviosa.

—¿Qué te pasa, Rebecca? ¿Estás enferma?

—No, yo...

—Dime la verdad, por favor —suplica él y me agarra las manos.

Yo cierro los ojos con fuerza, nerviosa, asustada, sin saber qué decirle. Tengo que mentirle, no puedo decirle la verdad..., no puede saberlo, no me creería.

—Rebecca, ha sido muy extraño, por un instante has abierto los ojos y mirado a tu alrededor como si...como si vieras algo...

—Ciro..., verás... —baluceo de nuevo— No me creerías si te dijera la verdad.

—Prueba a hacerlo —masculla él y yo bajo la mirada hacia mis manos—. Rebecca, hace un momento me has dicho que hay que enfrentarse a las cosas.

Miro a Ciro a los ojos, sus ojos grises me muestran cariño, miedo y preocupación. Por un lado, creo que tiene razón, que debería decirle la verdad, lo merece después de lo que acaba de ver y lo que ha hecho por mí. Por otro lado, me da miedo que no me crea y perderlo, Ciro se ha hecho alguien importante para mí, lo aprecio y no quiero que piense que estoy loca. Finalmente, suspiro, le agarro las manos y mascullo:

—Está bien, Ciro. Te lo voy a contar. No quiero que pienses que estoy loca, aunque seguramente lo hagas, y es un poco complicado pero voy a intentar que lo entiendas.

Ciro me mira y se mantiene en silencio, supongo que esperando que prosiga y le cuente lo que me sucede, aunque estoy segura de que no se imagina lo que voy a decirle.

—Desde que tengo cuatro años, cuando toco ciertos objetos, sobre todo objetos antiguos o que tengan cierta historia, veo cosas. El tocar esos objetos me crea una especie de conexión con ellos que me permite ver sus recuerdos. Es un don con el que nací y que me ha acompañado toda mi vida... Aunque todavía no sé bien controlarlo.

—¿Me estás tomando el pelo? —masculla él con el ceño fruncido.

—Ciro, te he dicho que iba a sonar extraño, pero deja que te lo explique por pavor... —suplico.

—Sigue —responde Ciro y yo le miro aliviada.

—¿Qué siga? —pregunto confusa.

—Sí, cuéntame todo, por favor. Solo así podré comprenderlo.

—Está bien, aunque ni yo misma lo comprendo. Eres la primera persona a la que se lo cuento, mi tía y prima no saben nada —suspiro—. Con los años, cada vez sucedía más a menudo y llegaba a perder el control, por lo que decidí ir siempre con esos guantes, con ellos no tenía esas “visiones”. Pero todo se complicó hace unas semanas... Mis padres murieron cuando yo tenía dos años, la verdad...

Entonces se lo cuento todo, todo lo sucedido, todas mis preocupaciones, le hablo de Unax, de lo que me contó, de nuestra conexión. Ciro me observa y como mucho asiente, pero en ningún momento pierde ese ceño fruncido y esa mirada perdida. Paso casi una hora contándole todo y cuando termino por un momento noto que me he quitado un peso, me siento liberada al poder compartir con alguien todo lo que me ocurre.

Ciro me mira, ahora a los ojos, y coge aire profundamente antes de decir:

—Te creo, Rebecca. No lo comprendo, pero te creo. No sé hasta que punto todo esto será real, o no sé si los dos estamos completamente idos por creer en ello, pero aquí me tienes para contarme lo que te suceda, ahora de verdad.

—Gracias, Ciro. De verdad... —sollozo.

—Pero he de decir una cosa, no me gusta nada que te metas en asuntos así, si tus padres fueron asesinados por una investigación y tú te estás metiendo en el saco, estás poniéndote en peligro.

—Ciro, quiero que me creas y quiero contarte todo, pero no puedo permitir que me prohíbas nada. Soy adulta para decidir lo que hago y siento decir que nada me hará cambiar de opinión sobre este tema —respondo con dureza.

Ciro asiente lentamente y luego, para mi sorpresa, me pasa el brazo por la espalda y me atrae hacia él para besarme. Nos damos un beso profundo, sincero, un beso liberador que nos permite a los dos alejarnos de la tensión cortante que se había creado.

Bajo la nieve



Corro por el bosque lo más deprisa que me permiten mis piernas, he de llegar rápido a la casa o después habrá anochecido. Necesito ver a Unax, necesito más respuestas...y también he de prevenirle sobre ese caserón abandonado. Tal vez debería contarle algo de mis padres...como he hecho con Ciro, aunque todavía no me atrevo a hacerlo ya que no es lo mismo, Ciro es ajeno a este mundo de “dones”, asesinos y sectas..., pero Unax sabe cosas y no sé cuántas...

Salto los matorrales que irrumpen por el sendero y pocos segundos después llego a las escaleras rotas que suben al porche del caserón que se alza imponente hacia el cielo nublado.

Cojo aire y me concentro. Cierro los ojos. En mi mente evoco a Unax, su mirada intensa, esa franja verde en sus ojos oscuros, sus mechones de pelo ondulados que caen descontrolados por su nuca, su amplia y perfecta sonrisa, la sensación de que nuestras manos se rozan... Alargo el brazo, toco el poste de madera que sujeta el techado carcomido del porche y...llega ese pitido seguido por el dolor.

Entonces noto una brisa helada que me hace estremecer, y al tiempo que me abrazo a mí misma abro los ojos para ver a Unax frente a mí con una sonrisa. A nuestro alrededor hay una brisa helada acompañada de una neblina baja que recorre toda la flora del bosque. Miro el cielo encapotado, no tiene buena pinta, está peor de lo que suele estar normalmente.

—Veo que estás practicando —dice Unax y se acerca hasta mí.

—Sí, intentándolo —respondo y me río nerviosa mientras acomodo un mechón de pelo tras mi oreja.

—¿Damos un paseo? —pregunta él y yo asiento.

—Tengo tantas cosas que hablar contigo que no sé por dónde empezar...
—respondo mientras bajo del porche para ponerme a su lado.

—Yo tampoco, sigo confundido contigo —murmura él y yo le miro sorprendida.

—¿Conmigo? —pregunto y le miro a los ojos.

—Sí —contesta él y avanza hacia el bosque.

Nos adentramos entre los grandes árboles prominentes que parecen tocar los gruesos nubarrones y creo que seguimos la dirección al claro del otro día.

—Unax, ¿sabes si nuestro “don” es hereditario? —pregunto mientras andamos.

—¿Hereditario? Claro, sí. Yo lo heredé de mi madre —responde él.

—Vaya... —murmuro pensativa—. ¿Y eso sigue algún tipo de parámetro o es aleatorio?

—El mismo parámetro que sigue el heredar unos ojos claros u oscuros — responde y me sonrío—. Si uno de los dos progenitores es un *coleccionista de recuerdos* el hijo o hija tiene el cincuenta por ciento de probabilidades de nacer con el “don”. Si los dos lo son apostarí por un noventa y ocho por ciento, o más, y si ninguno lo son...pues en este caso podría decirse que no hay posibilidades. Bueno, alguna debe haber.

Asiento. Eso significa que, como intuía, uno de mis padres era un *coleccionista de recuerdos*, y apostarí por que era mi padre, y mi padre lo heredó de mi abuela, y ambos acabaron con el mismo desgraciado destino.

—¿Sabes de quién lo heredaste? —pregunta Unax al ver que no digo nada.

—Creo que de mi padre... —respondo y le miro—. Unax, en una familia de *coleccionistas de recuerdos*, ¿todos conocen el secreto?

—¿Todos? —pregunta él y me mira con una ceja enarcada.

—Sí, hasta los que no lo tienen...

—Normalmente sí, a no ser que...no sé, oculten algo más o se sientan en peligro.

—Entonces, ¿puede que mi tía y prima no supieran nada? —pregunto alterada.

—O puede que sean dos *coleccionistas de recuerdos*—responde él y sonrío.

—¿Y haberme mentido toda mi vida? —rechisto asombrada— ¿Haberme dejado sola con un “don” que no comprendo?

—En algo han de haberte mentido, Rebecca —indica él haciendo que me dé un vuelco el corazón, ya que siento que tiene razón—. En el hipotético caso de que no sepan de la existencia de ese “don”, solo entonces, no te habrían

mentido. O puede que sí...

—Esto es tan frustrante...

—La verdad, eres la primera *coleccionista de recuerdos* solitaria que conozco —explica él y me sonrío.

—¿La primera? ¿Conoces más *coleccionistas*? —pregunto curiosa.

—Claro, normalmente en los pueblos en que vivimos todos los *coleccionistas* se conocen y comparten su secreto, además de con sus familias —responde él y yo suspiro.

Entramos en el claro y justo en ese instante noto algo helado sobre mi nariz, lo toco y miro rápidamente hacia el cielo para ver caer lentamente sobre nosotros un montón de copos de nieve.

—¡Está nevando! —exclamo.

Unax suelta una carcajada y me observa, yo le miro y por un instante nos miramos a los ojos sonriendo, en silencio. Finalmente murmuro:

—Te equivocas en una cosa... —él me mira y enarca una ceja— No soy la primera coleccionista solitaria que conoces, pues tú también lo eres.

—Tienes toda la razón, Rebecca —responde y mira hacia el cielo.

—Unax... ¿Qué haces normalmente? —él me mira confundido— Cuando no estás en este caserón.

—Estoy en el pueblo, ayudo a cargar cajas en la frutería, organizo el almacén, entrego pedidos.... Necesito algo con lo que mantenerme...

Asiento y pienso, confundida, en lo chocante que es la situación. En ocasiones sigo mezclando el presente y el pasado.

—Me cuesta creer que ahora mismo estoy realmente sola en la entrada de una casa abandonada.

—Lo sé...

—Y que tú eres un recuerdo... —prosigo— Que vives veintitrés años atrás y que...en el pueblo puedes cruzarte con mis padres, aún vivos.

—¿Tus padres están vivos? —pregunta Unax mirándome a los ojos.

—Sí, en tu época sí —respondo y él me mira en silencio—. Y si... ¿y si les das un mensaje de mi parte?

—Espera, Rebecca. No se hace así. Por este tipo de cosas nos encuentran los asesinos.

—Pero nadie tiene que enterarse..., tan solo...podrías ayudarme a saber...

—Es peligroso, Rebecca. Para ti y para mí —implora Unax con el ceño fruncido.

—Pero...

—Busca otras formas...menos peligrosas.

—Estoy cansada de intentarlo y no encontrar respuestas —respondo y avanzo sobre la hierba helada.

—Aprende a controlar tu poder —exalta él—. Y podrás hablar con alguno de tus padres si eran *coleccionistas* de recuerdos.

Me giro con la respiración acelerada ante sus palabras, sintiendo en el corazón una chispa de esperanza.

—¿Crees que podría?! —exclamo.

—Si puedes conmigo, supongo... —responde y yo sonrío emocionada— Pero escucha, tienes que tener claro lo que quieres, tus acciones tendrán consecuencias.

—Quiero saber quién los mató... —murmuro y suelto el aire contenido.

—¿Mató? —pregunta Unax— Dirás mataron. Si tus padres eran *coleccionistas* ten claro que fueron asesinados por ellos.

—Quiero saber quién, sus nombres, y quiero vengarles —respondo apretando los puños.

Unax asiente y se acerca hasta mí, se para muy cerca y puedo olerlo, huele a lavanda o alguna planta aromática similar. Alzo la vista para mirarle a los ojos, él me observa solemne en silencio.

—Quiero ayudarte a controlarlo, aunque nunca me había sucedido esto...

Unax alza la mano y roza la mía, entonces siento esa corriente eléctrica que me recorre todo el cuerpo de una punta a otra, erizando el vello a su paso. Unax me acaricia con las yemas de los dedos y yo me dejo. Sube por mi brazo y abro los ojos para mirarle. Su recorrido termina en mi rostro, me acaricia la mejilla con cariño.

—Tú..., tú notas... —balbuceo.

—Sí, es una corriente, es el poder de tu interior, que se conecta al mío y no sé por qué.

Asiento lentamente con la boca seca ante su profunda mirada. Observo la franja verde de sus ojos y me parece verla resplandecer.

—No sé cómo controlarlo, Unax. Ayer lo intenté, pero al final fallé.

—Cierra los ojos —musita él y yo vacilo un instante antes de hacerlo.

En la oscuridad mis otros sentidos se agudizan, siento cada copo de nieve helado caer sobre mi cuerpo, mojando mi ropa y mi piel, provocando que esta última se me erice. Noto como Unax anda a mi alrededor hasta pararse a mis espaldas y susurrar:

—Cuando te concentres visualiza esa corriente, siente el poder dentro de ti para evocar el recuerdo que buscas.

—No puedo, la corriente solo está cuando me tocas —respondo y me sonrojo.

—No es cierto, está en tu interior, solo que conmigo se amplifica —susurra y noto el roce de su mano sobre mi cuello.

Ahí está, la corriente vuelve a surgir por mi cuerpo. Aprieto los ojos con fuerza e intento visualizarla. Me la imagino como una ráfaga de aire helado que contiene una luz propia.

—Mantenla contigo, yo te ayudo —susurra y yo asiento.

Unax recorre de nuevo mi cuerpo con caricias, baja por mi brazo, roza de nuevo mi mano, sube por mi abdomen, me roza la mejilla otra vez. La corriente cada vez es más fuerte, mi cuerpo se estremece como si fuera a llegar al clímax.

—No la pierdas —murmulla en mi oído.

Entonces noto que se aparta y siento como la corriente mengua. Me resisto, intento mantenerla conmigo. Disputo una lucha en mi interior conmigo misma, con mi poder.

—Que no se vaya, Rebecca. Ahora imagina lo que buscas.

Entonces pienso en mi padre, en aquella caja, y noto como todo mi cuerpo vibra. Abro los ojos asustada y desfallezco. Unax corre hasta mí y me agarra.

—¿Qué me ha pasado?

—Que lo has conseguido, pero estando en un recuerdo no puedes saltar a otro.

—Por un momento parecía moverme, parecía...

—Lo hacías, pensaba que desaparecerías.

—Pero no lo he hecho —respondo y él sonrío.

—Está claro que no —susurra mirándome a los ojos.

Por un instante se me corta la respiración. Unax está muy cerca de mí, a tan solo unos centímetros de mi rostro, nuestras narices casi pueden tocarse, y noto su respiración, su aroma, su calor. Su mirada me atrapa de una forma inquietante, parezco perderme una y otra vez en sus ojos y no quiero salir.

Entonces frunce el ceño y se aparta mientras me suelta. Yo me quedo aturdida bajo la nieve. Él se aprieta la chaqueta de cuero y evita mirarme de nuevo.

—¿Unax?

Él levanta la mirada, pero siento un pinchazo muy fuerte en la cabeza,

todo se tambalea. Estoy perdiendo fuerzas. Unax corre hacia mí y me agarra las manos y las aprieta, supongo que intentando pasarme su poder.

—Me tengo que ir, Unax. Volveré pronto.

—¡Rebecca! —escucho decir y un segundo después desaparece.

Los siguientes días los paso en la cama, ni siquiera abro la librería ni voy a comer a casa de mi tía Petra. Creo que abusé de mi poder con Unax y estoy muy débil, perdí mucha sangre en el caserón y la cabeza me da fuertes pinchazos que nada los calma. Tampoco tengo ganas de ver a mi tía Petra pues creo que sigue ocultándome cosas, y como me dijo Unax, lo más probable es que me haya mentado.

Ciro me llama en repetidas ocasiones, al principio no le respondía al teléfono y me sentía realmente culpable, pero solo quería recuperarme para volver al pasado con Unax, practicar y obtener respuestas. Después, tras tres llamadas esta mañana decido cogerle el teléfono:

—Hola, Ciro, perdona...

—Joder Rebecca... —farfulla—. ¿Después de lo que me contaste el otro día no me coges el teléfono? Pensaba que te había pasado algo..., ya iba a ir a tu casa a buscarte. Fui a la librería y estaba cerrada...

—Lo siento, de verdad. Estoy algo enferma, solo eso —respondo presa de culpabilidad.

—¿Puedo ir a verte? —pregunta suplicante.

Por un momento quiero decirle que no, pero decido que lo mejor será dejarle venir para tranquilizarlo. Al fin y al cabo es mi amigo, me aprecia y se preocupa por mí.

Media hora después suena el timbre y me levanto pesadamente de la cama, sintiendo un pinchazo más fuerte en la cabeza. Me arrastro hasta el piso de abajo y le dejo entrar.

—Que mala pinta tienes, menos mal que he venido —dice él y se acerca para darme un beso, pero me aparto.

Me mira confundido, yo bajo la mirada y avanzo por el pasillo para disimular.

—Me encuentro mal pero solo necesito descansar.

Ciro cierra la puerta y me sigue hasta mi habitación pisándome los talones.

—¿Qué te ha pasado?

—Pues...abusé de mi poder y ahora la cabeza me está matando —respondo

mientras me tumbo y hago una mueca de dolor.

—¿Cómo que abusaste?

—Pues que estuvimos practicando, me enseñó a concentrar mi poder a través de una corriente eléctrica que nos une, y no sé por qué...

—Rebecca, tienes que tener cuidado —decreta y le miro a los ojos dudosa—. ¿Seguro que te puedes fiar de ese tal Unax?

—Sí, él me ayuda, Ciro. Es la única persona que lo hace en mi vida...

—Lamento que pienses eso —responde él con una mueca de dolor.

—No..., ya sabes a qué me refiero Ciro —suspiro y le agarro la mano—. Él es como yo... ¡Un *coleccionista de recuerdos*! Compréndeme.

Ciro me mira en silencio un segundo pero finalmente asiente y suspira.

—Lo intento, Rebecca —murmulla.

Ciro pasa la tarde a mi lado, hablándome de una nueva noticia que está escribiendo y sus avances en la lectura. También me deja contarle lo que pienso sobre mi familia, sobre mi poder..., lo escucha pacientemente y cuando se marcha me da un rápido beso en los labios.

Brisa de luz



Entro a la habitación de mis padres con la respiración acelerada, me pone nerviosa el intentar controlar mi poder, no sé cómo hacerlo, al menos sin Unax. Cierro la puerta a mis espaldas a la vez que mis ojos. Viene a mi mente la voz de Unax: “Cuando te concentres visualiza esa corriente, siente el poder dentro de ti para evocar el recuerdo que buscas”.

Aprieto los puños con fuerza, intentando notar mi poder, pero nada aparece. Resoplo resignada.

¡¡Vamos, sé que estás ahí!!

Suspiro. Pienso en Unax, en su roce, en sus dedos recorriendo mi cuerpo con cuidado; casi puedo sentirlo. Entonces ahí está, la corriente eléctrica aparece, aunque vagamente. La imagino como hice en el claro. Su brisa de luz me recorre. Noto como va creciendo en mi interior, cada vez más. Pienso en mi padre, en la caja, pienso en todas mis dudas.

Abro los ojos y sé a donde ir. Abro el cajón de la mesita de noche y cojo una llave de metal pequeña. Suena ese pitido ensordecedor, me duelen los oídos y dejo de ver.

Ahí está, mi padre se sienta sobre la silla del escritorio y mira concentrado algo de la mesa, parecen varios papeles.

Me acerco a él despacio, pero los guarda rápidamente, plegando cada papel uno a uno y los mete en la caja. Es la misma caja que cogió del armario. Mi padre parece más joven que en aquel recuerdo. Entonces agarra la llave que yo he tocado y cierra la caja.

Suspiro y cierro los ojos, buscando de nuevo mi poder. Me acerco a mi padre y le toco el brazo, por un segundo me parece sentir su jersey sobre la yema de los dedos.

—¡Papá! Estoy aquí, soy Rebecca... Por favor, escúchame. ¿Dónde está la caja?

Mi padre se levanta de la silla y pasa frente a mí sin mirarme. Abre el

armario y la esconde dentro, detrás de muchas prendas de ropa plegadas.

—Papá...

Entonces entra mi madre, también parece más joven. Le mira a los ojos y después le abraza.

—¿Has encontrado algo más?

—Sí, tengo los nombres, sé quiénes son —responde mi padre pensativo.

—¿Ya has conseguido todo lo que buscabas?

—No, no están todos, pero los principales. Los que sospecho que mataron a mi madre.

—¿Y ahora qué, Eric? —pregunta ella y le mira con preocupación.

—Tengo que pensarlo fríamente, Sara... Quiero hacer las cosas bien.

—¿Cuál es tu plan? Esto es muy peligroso y...me da miedo.

Mi madre baja la mirada, pero mi padre le agarra suavemente el mentón y le hace mirarle a los ojos.

—No me va a suceder nada...

—Eric, yo...tengo algo que contarte —murmura mi madre con los ojos llorosos.

—¿Qué te ocurre? —responde él asustado.

—Estoy...embarazada.

Mis padres se miran asustados. Está claro que no lo tenían planeado y que sucedió en el peor momento. Mi padre se da la vuelta, hacia mí, con la mirada perdida y la boca abierta. Se ha quedado en shock. Mi madre lo sigue y le agarra de la mano.

—Eric, dime algo... Sé que no queríamos que sucediera pero ha sido así y ahora el bebé es lo más importante, ¿no crees?

Mi padre se sienta en la cama y asiente despacio, mi madre lo imita.

—Esto cambia todo, Sara... —susurra entristecido— Todo lo que he hecho, todo lo que estaba planeando...

—Lo sé, Eric...

—No puedo seguir adelante ahora —responde y por fin mira a mi madre.

—Te quiero —masculla mi madre mientras le caen lágrimas por las mejillas.

Mi padre cierra los ojos apenado y la abraza, ella llora sobre su hombro y él le besa la cabeza.

—Yo también te quiero, a ti y a la criatura que llevas dentro...

Miro a mis padres y siento cómo salen las lágrimas de mis ojos como una cascada. Los cierro y cuando los abro de nuevo estoy sola en la habitación

con la llave en la mano y la cara mojada de llorar.

Debí aparecer en el momento justo en que mi padre quería planear algo grande contra los asesinos de mi abuela, justo para que tuviera que abandonarlo por mí. Y está claro que después de aquello le encontraron a él en vez de al revés.

Salgo de la casa apenada y voy a la casa abandonada. Recorro el bosque pesando en mis padres, sobre todo en mi padre, en su sacrificio por mí, en que tal vez si no hubiera nacido se hubiera podido enfrentar a ellos y no acabar...así. Noto como se me llenan los ojos de lágrimas ante la culpabilidad. Cuando llego al caserón estoy aturdida y cansada, y no encuentro esa corriente. Dentro toco un viejo jarrón y me dejo ir. Cuando abro los ojos y tengo visión veo la casa vacía, no escucho nada.

—¿Unax?! ¿Estás ahí?! —grito, pero nadie responde.

Corro por la casa pero no lo encuentro. Asustada cierro los ojos de golpe sin dejar que avance la “visión”. Solo quiero ver a Unax...

Intento controlarme, aprieto los ojos y cuando los abro estoy de nuevo al lado del jarrón. Cojo aire profundamente, con miedo, con dolor, y pienso en Unax como hice en la habitación de mis padres. Sus ojos, su sonrisa, su roce, su pelo negro ondulado...

Noto el pitido, el dolor y la ceguera, y en un instante veo ante mí a Unax mirarme con cara de preocupación.

Corro hacia él y le agarro las manos, sintiendo la corriente a través de ellas. Él me mira a los ojos y cuando va a hablar le interrumpo:

—Unax, no te encontraba. Pensaba que te habías ido..., pensaba que me quedaba sola y...

Unax no me deja terminar. Me pone la mano sobre la nuca para acercarme a él y juntar sus labios con los míos. Entonces todo estalla. Noto como una corriente, no, más bien una gran cascada atraviesa cada centímetro de mi cuerpo, haciéndolo arder. Noto el roce de su lengua contra la mía, noto como corre nuestro poder de uno a otro sin control.

Se aparta un centímetro para mirarme a los ojos y vuelvo a ver un brillo a través de la franja verde de su iris. Juraría poder ver a través de esa franja lo más profundo de su alma y su poder.

—Rebecca, yo... —balbucea y frunce el ceño.

—No, no digas nada. Solo quédate conmigo —respondo y ahora la que le besa soy yo.

Unax me agarra de la cintura y me aprieta contra sí. Noto el frío del cuero

de su chaqueta y me doy cuenta de que está mojado pues afuera está nevando. Meto la mano por el interior de su chaqueta y noto los músculos de su abdomen a través de la camiseta de algodón. Él jadea y me coge con facilidad para llevarme al viejo sofá que hay en la sala de al lado. Me tumba sobre él y se quita la chaqueta ante mi mirada. Mientras lo hace siento como la corriente va bajando de intensidad y noto cómo mi cuerpo me pide más. Me incorporo y estiro de su camiseta para que se la quite. Lo hace y veo su torso musculoso, aunque no demasiado. Para mí es perfecto. Él se acerca a mí y recorro con besos todos sus lunares, hasta que él me ayuda a quitarme el abrigo y la camiseta. Poco a poco vamos quitándonos la ropa, entre besos y caricias los cuales cada uno son como un éxtasis de poder que entra y sale de nuestros cuerpos con fuerte intensidad.

Su cuerpo me da calor, me da poder, me da amor... Después de tantas sensaciones su mano roza mi piel y todo el vello se me eriza, el calor me invade, me altera, me quema por dentro y sin pensarlo lo hago. Él me aprieta, yo le dejo, busco su lengua con la mía, le saboreo, le degusto. Y cuándo creo que no puedo más estallo en mil pedazos que caen lentamente y me dejan sin respiración, entonces solo lo siento a él, en todo mi cuerpo, dentro y fuera de mí. Unax...

Nos quedamos dormidos agarrados en el sofá, siento el peso de su cuerpo sobre el mío hasta que noto una brisa helada. Abro los ojos, pero antes incluso de hacerlo ya sé que estoy sola de nuevo. Noto sangre seca en mi oreja, aunque no mucha, ya que parece que gracias a todo el poder que hemos conseguido juntos no me ha hecho tanto daño. Veo que fuera es totalmente de noche y que llueve muy fuerte. Corro a la ventana de madera vieja y la cierro. Me estremezco. Hace muchísimo frío, y con esta lluvia y en la oscuridad será imposible que vuelva a casa. Decido entrar al gran salón y miro entristecida el sofá vacío donde hace tan solo...más de veinte años estuve con Unax.

Me acurruco abrazándome a mí misma en la penumbra y cierro los ojos intentando dormir. La noche se hace un poco larga, escucho los truenos, la lluvia caer con fuerza sobre el tejado de madera que hace un tremendo ruido y deja entrar gotas de agua por muchos huecos.

Despierto con los primeros rayos de sol, tengo las manos congeladas y me tiritan los labios. Hace frío, mucho frío. Me levanto del sofá y ando lentamente hacia la puerta abierta que deja entrar la luz desde la entrada. Me dispongo a salir pero antes recuerdo que anoche no tuve...la oportunidad de

decirle Unax lo de la caja y lo del caserón. Entonces, decidida, cierro los ojos y busco a Unax en mi interior, su imagen llega a mí sin ninguna dificultad y en un segundo noto la corriente eléctrica recorrer mi cuerpo. Escucho un pitido, pero ya no siento apenas dolor, mi poder lo bloquea.

—Buenos días, Rebecca —escucho decir frente a mí.

Cuando abro los ojos veo a Unax sentado sobre el ventanal. Su rostro está iluminado por la luz blanca que refleja la nieve de fuera. Me mira con sus ojos profundos y una gran sonrisa que corta el aliento.

—Buenos días —digo con timidez—. He vuelto porque...tenía que decirte algo y anoche...

—Ya, no te preocupes —responde él y se levanta para acercarse a mí.

Para de andar a unos centímetros de mi cuerpo, me mira a los ojos y sé que está intentado leer mis pensamientos, mis intenciones. Entonces le sonrío con timidez y él me besa con delicadeza. Siento la suavidad de sus labios, su sabor..., y otra vez esa corriente.

Alargo el brazo y acaricio su suave pelo ondulado, noto como el vello de su nuca se eriza y creo estar segura de que él siente con la misma fuerza que yo.

Unax se aparta y me mira a los ojos un instante, después murmura:

—¿Qué querías decirme?

—Lo primero, quiero advertirte sobre este caserón.

—¿Qué le pasa? —pregunta frunciendo el ceño.

—Tuve una “visión”, creo que mi padre vino aquí a esconder una caja y que se encontró con los asesinos.

—¿Cómo que crees?

—Sí, vi a mi padre huir del bosque y le perseguía una figura..., una persona que iba de negro, pero no logré verle bien.

—¿Y crees que la casa tiene algo que ver?

—La casa no. No lo sé. Pero creo que lo encontraron aquí. Y en unos años...mis padres aparecerán muertos en la linde del bosque, Unax. La policía investigará esta casa y no encontrará rastro.

—Puede que... —susurra pensativo, preocupado— Eso todavía no haya pasado...

—Por eso, quiero prevenirte, Unax. Ve al pueblo, intenta buscar un sitio donde quedarte, tienes el dinero del trabajo, ¿no?

—Aún no me han pagado, pero...

—Pide un adelanto y ve a un hotel...

—¿Y cómo vas a encontrarme?

—No lo sé...pero es muy peligroso que te quedes aquí —respondo a mi pesar.

Unax baja la mirada, dolido, y suspira. Le acaricio la mejilla con cariño y me mira a los ojos.

—Unax...

Él vuelve a besarme y cuando se separa susurra:

—Lo intentaré, pero por favor, vuelve a buscarme aquí, intenta conectarnos. Yo lo intentaré desde el otro lado.

—Haré todo lo que esté en mi mano, lo juro —respondo entristecida—. Pero tienes que pasar un tiempo buscándote un lugar seguro, asentándote en el pueblo. Además, ¿no venías buscando otros *coleccionistas*?

—Sí, ¿por qué?

—Podrías..., mis padres... —mascullo pero lo pienso dos veces— No, no puedes conocerlos ahora, ellos han sido descubiertos, Unax. Estarías en peligro. Tienes que esconderte.

—Está bien... —murmura y vuelve a besarme— Se me va a hacer...

—Difícil. A mí también —le interrumpo—. Siento que algo nos une. Algo fuerte.

Noto que me falla la vista un instante. Ayer pasé mucho tiempo dentro de la “visión” y me he metido en otra muy rápido. Unax lo nota y me agarra de las manos, haciéndome sentir esa corriente eléctrica.

—Rebecca...

—Unax, escúchame. Necesito que me ayudes con una cosa... Sé discreto, pero mi padre va a esconder una caja, es una caja de madera que se cierra con llave. Ahí están los datos de su investigación, los nombres... Esto lo hará en poco tiempo, puede que incluso ya lo haya hecho...

—Lo intentaré —responde mientras asiente.

—No te acerques demasiado, ¿vale? No quiero que te suceda nada...

—Lo sé. Debes marcharte, Rebecca.

Unax me aprieta contra sí y me besa, haciéndome sentir el poder que corre entre ambos, esa brisa de luz... Y en un instante ya no lo noto. Cuando abro los ojos estoy sola y vuelve a empezar a llover en el exterior de caserón.

Una vez entro en mi casa me siento empapada y helada, pero sobre todo sola, sola y dolida. El tener que haberme despedido de Unax por un tiempo es algo que me desgarrar el corazón. Me da ganas de meterme en la cama y

dormirme bajo las mantas. No. No debo hacer eso. Tengo que seguir investigando, seguir practicando mi poder...

Escucho unos golpes en la puerta que me hacen pegar un sobresalto. Voy hacia ella y al abrir veo a Ciro con un paquete en la mano.

—¿Rebecca? —pregunta confundido— Venía a...ver como estabas.

—¿Qué día es hoy?

—Por favor, Rebecca... —responde él y entra en la casa— Estás empapada y no sabes ni en qué día vives.

—He..., acabo de volver del caserón —balbuceo aturdida y voy hacia el sofá.

Ciro me sigue pero no se sienta, me observa desde al lado de la mesa.

—¿Qué hacías tan pronto...? —pregunta pero se da cuenta— ¡¿Has dormido allí?! ¿Sabes lo peligroso que es eso?

—Ciro... Llovía muchísimo ayer y era de noche, lo peligroso era volverme.

El teléfono de la casa empieza a sonar y a vibrar sobre la mesa. En la pantalla veo el nombre de mi tía pero no lo cojo.

—Está bien, vale...

Ciro resopla y finalmente se sienta a mi lado y me coge las manos con las suyas.

—Estás congelada —murmura y empieza a frotarlas para darme calor.

Entonces él alarga el brazo para acercarme e intenta besarme, pero me aparto entristecida.

—Ciro, escucha...

—¿Qué te pasa? ¿Por qué haces esto?

Él me mira angustiada, ofendida y...dolido.

—Lo siento, no puedo seguir con lo que se suponía que teníamos...Te aprecio de corazón, eres mi amigo..., el mejor y único que tengo.

—Rebecca, no te entiendo... —él baja la mirada pero en un segundo levanta las cejas y me mira con los ojos como platos— ¡Es por él!

—No, Ciro, es por mí.

—Es por ese Unax...

—Ciro... ¿Puedes escucharme, por favor?

—No, no quiero escucharte...Yo te he apoyado, te he creído y...prefieres un maldito recuerdo a alguien de verdad.

—Unax es de verdad —respondo ofendida.

—Tal vez ahora, que tendrá... ¿Cuánto? Cuarenta años, ¿más?

—Me da igual...

—Lo que sea que tengáis no existe, no lo has vivido... Tú estabas sola, medio desmayada en una casa abandonada.

—Tal vez mi cuerpo, pero yo no. Yo estaba con él y lo he vivido con más fuerza que toda mi vida —replico alzando algo la voz.

Ciro asiente, levanta las manos y va hacia la puerta. Yo me levanto de un salto y voy tras él. Le agarro del brazo mientras abre la puerta y se gira para mirarme.

—Lo siento, Ciro... No quería hacerte daño —imploro apenada.

Él se ríe con sarcasmo y cierra la puerta contra mis narices. Yo respiro entrecortadamente y sin poder evitarlo dejo escapar lágrimas de mis ojos. En un solo día me he quedado sola de nuevo.

Dos días después por fin decido que es hora de volver a abrir la librería, y cuando estoy allí organizando las cosas que había dejado abandonadas escucho la campanita y miro la puerta esperando ver a Ciro. Pero me decepciono al ver a mi tía Petra. Ella me mira seria y viene hacia mí.

—Hola, cariño. Llevo unos días muy preocupada por ti... No respondes al teléfono y no vienes a trabajar...

—No me encontraba bien, tía —indico mientras salgo del mostrador para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué te ocurría?

—Migrañas —respondo y vuelvo a ordenar los libros.

—¿Estás mejor? —pregunta ella y yo asiento— ¿El domingo vendrás a comer?

—Supongo —respondo.

—¿Seguro que estás bien? Te noto rara... —farfulla ella y me giro para mirarla.

—Sí, yo estoy bien. ¿Y tú?

Mi tía me mira confundida, me mira a los ojos intentando leer en ellos lo que ocurre. Al final asiente con seriedad y va hacia la puerta.

—Me alegro de que estés bien, nos vemos el domingo entonces.

Cuando se marcha suelto todo el aire que había contenido. Me es imposible seguir disimulando ahora que sé que me ha mentado, ella y tal vez también Mara. El domingo...si voy, no sé cómo acabará la comida.

Entre las nubes



Las manecillas del reloj pasan a gran velocidad, haciendo que los días vuelen sobre mis ojos. Consigo permanecer esos días sin ver a Unax pero algo hace que toda mi resistencia sea en balde. Estando en el sofá de mi casa con la chimenea encendida, un chocolate caliente, un libro viejo en la mano (ese que leía mi padre en una “visión” y se supone que era el favorito de mi abuela, habla sobre magia, sobre amor, sobre una especie de familia diferente...y ahora comprendo por qué le gustaba, supongo que le recordaría a su propia familia y ella se vería reflejada en la protagonista, enamorada de un humano, algo que estaba tremendamente mal visto en su época entre las personas de su “raza”). Freddie duerme acurrucado entre mis piernas y cuando voy a pasar una página siento algo extraño. No es la corriente, pero es algo similar, tan solo dura una fracción de segundo, como una chispa en mi interior, una luz... Miro extrañada a mi alrededor con la sensación de que algo me está llamando desde algún lugar lejano, es similar a cuando sientes que tienes que hacer algo, pero se te ha olvidado.

Dejo el libro sobre la mesa, aparto a Freddie y me levanto del sofá para dirigirme a la ventana del salón. Aparto la cortina y miro el exterior, donde la carretera se muestra vacía, sin coches, y una persona pasa andando por la acera tranquilamente.

Bajo la mirada pensativa.

¿Qué es esto? ¿Qué sucede? ¡No sé qué debo hacer!

Cierro los ojos y aspiró aire profundamente, dejando que mis instintos me guíen.

¿Unax?

Abro los ojos de golpe y corro escaleras arriba para vestirme. Me pongo un vestido de lana, unas medias gruesas, botas altas y el abrigo rojo, antes de salir rápidamente de la casa.

Recorro las calles a paso rápido, muy rápido, y cuando alcanzo la linde

del pueblo empiezo a correr. Voy allende el bosque hasta que me topo ante el caserón, en el cual me adentro con el corazón acelerado. Miro a mi alrededor y veo que todo está intacto. La brisa mueve las cortinas rotas y las hojas que hay por el suelo.

Cierro los ojos de nuevo y me concentro en mi poder, mis pies andan como si estuviera soñando, y me dirigen hacia el frente. Estiro la mano y en cuanto mis yemas rozan la madera escucho el pitido.

Abro los ojos y todo encaja. Siento ese placer instantáneo que te recorre el cuerpo cuando recuerdas aquello que habías olvidado y, aliviado, lo haces.

Ante mí está Unax, con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos como platos.

—¡Estás aquí! —exclama y se acerca— No sabía si funcionaría.

—¿Cómo lo has hecho? Es decir..., he sentido algo raro y... —balbuceo mirándole a los ojos emocionada.

—Te dije que pondría de mi parte, que te buscaría de algún modo —murmura—. Llevo días practicando, concentrándome en el poder como haces tú para venir al pasado, pensando en...ti.

—Da igual cómo, lo importante es que ha funcionado...

Unax asiente haciendo que se le muevan los mechones ondulados de pelo y sonrío, una sonrisa nerviosa y juvenil, antes de acercarse a mí y besarme. Cierro los ojos y me dejo llevar ante su cariño, su dulzor...

—¿Quieres dar un paseo? —pregunta a centímetros de mi boca.

—Luego... —susurro y suelto una risita pícara.

Al día siguiente tengo la comida con mi tía Petra y Mara, pero sin ganas de pelear e intentando olvidar mi resignación, asisto a una velada de lo más rutinaria y trivial, en la cual charlamos sobre libros, trabajo y enfermería. Durante esa comida mi mente vaga por recuerdos sobre Unax.

Los días transcurren y sé cuando me busca, en cualquier lugar noto ese sentimiento y sé donde debo dirigirme. Corro a través del bosque para encontrarlo y permanecemos en el caserón y los alrededores como si se tratase de un mundo aparte.

Unax muestra conmigo su lado más humano, paseamos por la nieve y cuando nuestras manos se rozan entrelazamos los dedos haciéndonos sentir el uno al otro la corriente eléctrica. En el claro le tiro una bola de nieve y él se gira con los ojos entronados y me persigue para atraparme provocándome carcajadas incontroladas. También hablamos, le hablo sobre mis padres,

sobre lo que he visto de ellos y él me observa pensativo, diría que entristecido.

—Ojalá pudiera ayudarte, Rebecca...

—Sé que lo harías, tú intenta encontrar la caja, pero sin acercarte demasiado —respondo y le beso.

—Ten cuidado, no quiero que te encuentren a ti —advierte él, otro día.

—El que está más en peligro ahora eres tú, no deberías venir tanto al caserón, hazme caso, Unax —murmuro con los ojos cerrados sintiendo la calidez de su cuerpo contra el mío.

—Hazme caso, sé precavida —responde y giro el rostro para mirarle—. Tienes que estar atenta de cualquier cosa, no confíes en nadie...

—Tendré cuidado, lo prometo —susurro mientras acaricio el vello de su pecho desnudo—. Si tú prometes que vas a encontrar otro lugar al que ir. ¿No podemos vernos en otro sitio?

—Podemos intentarlo —responde pensativo—. ¿No crees que esta casa tiene algo particular?

—¿A qué te refieres? —pregunto extrañada.

—No lo sé... —murmura.

—Mis padres la estuvieron investigando, pero no sé más —informo y él me mira con el ceño fruncido.

—Tal vez esconda algo, pero lo desconozco, intentaré investigar, tiene que estar en el registro de propiedad o...

—Sí, pero por favor, debemos intentar vernos en otro lugar.

—Pensaré en un lugar privado, en el que nadie nos vea andar y hablar solos por ahí...

—¿Crees que solo puedes verme tú? —pregunto curiosa.

—La verdad...no lo sé. Tal vez solo los *coleccionistas*.

—Y a mí me verían sonámbula o desmayada... —mascullo entre dientes.

Miro a Unax, me pierdo en sus ojos, en la franja verde que me permite ver su alma. Hablar de este tema me entristece pues me hace recordar que no tenemos...algo tangible y totalmente real. Que en parte Ciro tiene razón, Unax es una especie de recuerdo perdido en el tiempo y yo para él...como un fantasma.

—¿Dónde estarás ahora? Ojalá pudiera encontrarte...

—No puedo saberlo... De aquí a veinte años... —murmura y hace una mueca de disgusto.

—Ni siquiera sé si me recordarás...

—Eso no lo dudes —susurra y se incorpora para besarme.

Pasamos casi un mes así, encontrándonos en el caserón, perdiéndonos el uno en el otro, practicando nuestros poderes. Unax intenta “llamarme” desde otro lugar pero no funciona, parece que la casa...es como si el caserón fuera un amplificador de poder para nosotros, como si lo concentrase de algún modo.

Durante ese tiempo soy muy feliz, aunque añoro a Ciro, echo en falta mi amigo, mi confidente, su buen humor, su apoyo... Le llamo durante varios días pero no da señal.

En la librería todo va igual, recibo algún que otro pedido entregado por Anis, y paso la mañana colocando los libros en sus respectivas estanterías. Viene a visitarme Mara y se lleva un par de ejemplares para ella y para su madre, siento que me mira queriendo decir algo más pero no lo hace.

—¿Pasa algo, Mara? —pregunto antes de que se marche.

Ella da media vuelta para mirarme y aguanta la puerta para evitar que se cierre sobre ella.

—No, nada. Estos últimos meses...estás distinta —masculla.

—Yo también lo siento —respondo y nos miramos a los ojos, diciéndonos más cosas en silencio que con la voz.

Mara frunce el ceño y finalmente niega con la cabeza y sale de la librería a paso lento, desde fuera veo que se despide con la mano a través del cristal.

El día que caen las primeras nieves cierro la tienda pronto y voy al Café Romeo con la esperanza de encontrar a Ciro, pero no es así. Pido dos cafés para llevar junto con dos galletas de chocolate. Me lo preparan en una bolsa de papel marrón y lo llevo apoyado sobre mi cuerpo camino abajo hasta casa de Ciro. Llamo al timbre dos veces, tres, cuatro... Pero nadie responde. Miro a través de las ventas y veo que hay luz. Vuelvo a llamar. Nadie responde. Dejo su café y la bolsita con las galletas y con los ojos llorosos me alejo dirección a mi hogar.

Enciendo la chimenea con los troncos recogidos en el bosque cuando volvía a casa de ver a Unax y Freddie corre para tumbarse frente al fuego y absorber su calor. Ando pensativa por la casa, dándole vueltas a las negativas de Ciro, más bien a su ignorancia. Me paro frente a la mesa baja de madera en la cual están apilados todos los libros antiguos y agarro el libro de mi abuela. Acaricio la tapa sintiendo su suave roce sobre las yemas de mis dedos y lo abrazo, pegándolo sobre mi cuerpo.

Este último mes no he vuelto a profundizar en la investigación de mis

padres, tan solo un par de días volví al pasado a través de un recuerdo de su habitación. En el primero veía a mi padre conmigo en brazos, yo apenas tenía un mes. Él cantaba y me mecía mientras mi madre le miraba arropada desde la cama. Fue un recuerdo precioso. El otro no era de ese tipo, no era tan agradable... Mi madre salía de la casa sola, ni mi padre ni yo estábamos con ella, pero distinguí la bufanda bermellón por lo que probablemente sería la misma época que en la última “visión” con esa bufanda. Mi madre se la enrollaba en el cuello con dificultad como la otra vez. pero al levantar la vista miraba extrañada la calle. Seguí su mirada y localicé al final de la calle, oculto tras la pared de piedra rojiza de una casa, una figura de negro. En un segundo la figura desapareció. Me giré hacia mi madre y pude ver el temor en su mirada, sus manos temblaban y susurró:

—Eric tenía razón...nos han encontrado.

Este mes lo he pasado entre las nubes, pensando en Unax y en mí, dejando de lado lo que es realmente importante, mis padres. Me conformaba pensando que el pasado está ahí y que puedo acceder a esos recuerdos cuando quiera, pero... No. He de seguir con mis planes, ya que, además, Unax también está implicado.

Greg



Hoy, jueves, decido que tengo que volver a la investigación y ahondar lo necesario para obtener respuestas.

Entro en la habitación de mis padres y cierro los ojos. Busco mi poder como Unax me ha enseñado, pero sola me cuesta encontrarlo. Pienso en él, en lo que hemos vivido juntos, en las sensaciones que me provoca..., y lo encuentro. Ahora pienso en mi padre, en la caja, en los nombres... Ando a ciegas por la habitación dejándome guiar por mi instinto. Abro el armario y noto en mis manos el tacto de la tela gruesa.

Percibo, de repente, mucha luz, lo que me hace parpadear para poder adaptar la vista. Estoy en la calle, parece la calle de mi casa. Hace un buen día, lo que es muy raro en el pueblo, pero el sol asoma entre las nubes. Por la calle no hay hojas de otoño, ni nieve, por lo que parece primavera.

Escucho unas voces familiares y veo que mis padres suben por la calle hacia mí. Llevan un carrito donde me veo a mí misma con más o menos un año. Parecen muy felices, van charlando y sonriendo.

De pronto siento algo, no sé explicar qué exactamente, pero me hace mirar hacia los árboles de la calle de enfrente. Allí veo, para mi sorpresa, a Unax. Él mira a mis padres escondido, los observa. Miro a Unax con la respiración acelerada, él se gira hacia mi dirección, levanto la mano y la muevo, pero parece que no me ve. Tal vez no pueda verme ya que me encuentro en el recuerdo de mi padre, de su abrigo. Parece algo distinto a la última vez que lo vi, se ha dejado una barba incipiente de varios días, tal vez casi una semana, y el pelo lo tiene un poco más largo y enredado.

Escucho un llanto y me giro hacia ellos de nuevo. Estoy llorando desconsoladamente. Mi padre para de andar y me coge en brazos. Miro a Unax y le veo mirarme fijamente, a mi yo de un año de edad. Me mira con ternura, con cariño... Mis padres avanzan hacia mi casa, la cual está detrás de mí, y cada vez los tengo más cerca. A sus espaldas veo que Unax cruza

corriendo la calle y se pone detrás de ellos. Pero entonces se cae el chupete del carro y mis padres se giran encontrándose con Unax. Yo contengo la respiración asustada.

Unax los mira perplejo y mira el bebé una y otra vez. Cuando reacciona se agacha corriendo y coge el chupete para entregárselo a mis padres.

—Lo he pisado, perdonad —balbucea y sonrío.

Mis padres se miran y sonrén.

—Tranquilo, ha sido un accidente. ¿Cómo te llamas? —pregunta mi padre — ¿Nos conocemos de algo?

—No, no. No nos conocemos. Soy nuevo en el pueblo, trabajo en la frutería, tal vez me hayas visto por allí —responde atropelladamente—. Me llamo..., eh..., Unax.

—Encantado, Unax. Yo soy Eric, ella es Sara, mi mujer y esta pequeña que te mira embobada se llama Rebecca —indica mi padre.

Unax se queda boquiabierto mirando al bebé. La verdad, resulta un poco chocante. Entonces sonrío y coge mi pequeña mano y le da un beso.

—Hola, Rebecca —susurra.

Mis padres se ríen y yo hago un puchero, amenazando con ponerme a llorar.

—Ha sido un placer —dice Unax y se despide con la mano.

—Igualmente, ¿nos vemos por el pueblo! —exclama mi madre mientras él se marcha.

Mis padres siguen su camino y me tengo que apartar para que pasen. Entonces escucho decir a mi padre:

—Me suena ese chico...Tal vez sean cosas mías, pero me ha parecido sentir algo en él...

—Es un coleccionista como tú, papá —musito para mi sorpresa, pues nunca me había atrevido a afirmar que mi padre era un coleccionista, ya que no lo sé realmente, aunque lo sospecho.

Y en un segundo, vuelvo a la soledad del hogar. En la vacía habitación de mis difuntos padres, con la tela de un abrigo aún sobre la mano.

Unax ha conocido a mis padres...pero hay algo que ha llamado mi atención. En la “visión” yo tengo casi un año, y mis encuentros con Unax sucedían, si no me equivoco, en invierno del año en que nací... ¿Qué significa esto? ¿Qué Unax sigue buscando la caja dentro de un año? No, espero que no. Tengo que encontrarla antes...

Unax...qué difícil se me hace no poder contactar con él en cualquier

momento, no poder verle en otro lugar que no sea la casa (excepto en este caso, claro). No poder sentirle, sus caricias, sus besos... Pienso en las palabras de Ciro. Hoy en día tendrá la edad que hubieran tenido mis padres... ¿Dónde estará?

Eso me da una idea, algo descabellada pero...decido llevarla a cabo sin pensarla dos veces.

Media hora después estoy en la vieja frutería. Entro y el aroma a diferentes frutas llega a mis fosas nasales abriéndome el apetito. Hay frutas de todo tipo, de distintas formas y colores ordenadas según su clase y precio. Tras el mostrador veo a León, le sonrío.

—Buenas tardes, León. ¿Está tu padre por aquí? Necesitaba hablar con él un minuto —declaro y él me mira extrañado pero con su sonrisa torcida.

—Claro, está en la trastienda descansando.

—Ah, no quiero molestar...

—No molestas. Pasa —declara y me abre la cortinilla de la trastienda.

Así hago. Entro en la trastienda, una sala fría llena de cajas de cartón apiladas y una mesa, un sillón y una neverita pequeña. En el sillón está el padre de León, el que hace veinte años trabajaba normalmente en la tienda.

El hombre está encorvado por la edad, lleva una camisa de cuadros y los pantalones demasiado altos. Tendrá unos setenta y muchos años.

Al escuchar mi llegada se gira hacia mí y me sonrío con amabilidad, haciéndome señas con la mano para que me acerque a saludarle. Le doy un raudo abrazo y digo:

—¿Cómo te encuentras, Greg?

—Bueno, hay días mejores y días peores.

—¿Todavía tomas la medicación?

—Por supuesto —expone él con su voz ronca y que en parte me hace gracia— ¿Qué tal tú? Te veo muy bien.

—Yo bien, Greg. Con la librería y esas cosas... —respondo y me siento en una silla que hay al lado de la mesa.

—¿Y qué haces por aquí? —pregunta y me mira con los ojos entrecerrados.

—Quería preguntarte algo... Tal vez te suene extraño... Verás estoy buscando información sobre alguien, alguien que trabajó aquí hace mucho, cuando yo era un bebé.

—¿Alguien? Siempre he trabajado yo aquí, a no ser que me ayudase mi hermano Clin.

—Fue hace veintitrés años, un chico llamado Unax... —titubeo y él mira hacia otro lado, pensativo— Tiene el pelo ondulado y negro, suele llevar una chaqueta de cuero negro, sus ojos son...oscuros pero se mezclan con un verde... Quiero decir, que era así.

—¡Ya lo recuerdo! Sí, sí, sí. Vino a trabajar aquí de mozo. Era nuevo en el pueblo..., venía porque su familia murió. Pobre chico...

—Lo sé, sé lo que se siente al perder a tu familia...

—No, pobre chico por lo que le pasó.

—¿Qué pasó?

—¿No lo sabes? Espera... ¿Y de qué lo conoces? Tú serías un bebé...o no habrías nacido —musita él asombrado.

—No, yo... Era amigo de mi padre —miento—. ¿Qué quieres decir con “lo que le pasó”?

—¡Él murió! Lo siento, chica...

El mundo se detiene. Por un instante noto como mi corazón deja de latir. Unax..., ¿muerto? No, no es posible. Unax está bien.... Pero...yo hablo con el Unax del pasado. ¿De verdad puede haber muerto?

—Di-disculpe, ¿sabe lo que le pasó? —baluceo mareada.

—Lo asesinaron... —responde.

Noto como me da otro vuelco al corazón.

¡No! ¡Debe ser culpa mía! Yo le alenté a acercarse a mi familia, a buscar la caja...y ahora...está muerto como mis padres, como su familia. Asesinado por los mismos...

Me levanto de la silla dando un tropiezo. Por un instante parece que voy a caerme al suelo.

—¿Estás bien, chiquilla? —pregunta el hombre.

—Lo siento, me tengo que ir —baluceo sin mirarle y corro fuera de la tienda sin decir nada más.

No dejo ni un instante que mis piernas se paren. Me muevo como una autómatas en dirección a la casa abandonada. Atravieso el bosque con lágrimas en los ojos.

No. Unax, no... Por favor...

Llevo muchos días sin verle y después de esta noticia necesito hacerlo...

No dejo de sentirme culpable por su muerte. Ni siquiera sé cuándo sucederá... No aguantaba más en aquella oscura trastienda.

Subo los viejos escalones del porche dando saltos y abro la puerta de un fuerte empujón.

—¡Unax! —grito con todas mis fuerzas.

Cirro los ojos y noto al instante la corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo. Corro a ciegas hasta el ventanal y lo toco.

Pitido de oídos, algo de dolor, aunque ya apenas apreciable y...

Abro los ojos. Unax está sentado en el ventanal con una navaja en la mano, parece clavarla en la madera concentrado. Entonces se gira hacia mí y abre mucho los ojos.

—¡Rebecca! ¡Estás aquí! —exclama.

Tira la navaja al suelo de un manotazo y corre hasta mí para alzarme en sus brazos y besarme con fuerza.

—Unax... —susurro entre sus labios mientras lloro.

—Pensaba que no volverías...pensaba que...te habían encontrado —murmura él y yo me aparto para mirarle.

—¿Por qué dices eso? Nos vimos hace menos de una semana...

—No. ¿Solo ha pasado una semana para ti? —pregunta él extrañado.

—Sí...

—Ha pasado casi un año, Rebecca...

—¿Qué? —balbuceo asombrada—. Pero si no me has “llamado”...

—Pensaba que jamás volvería a verte... Me sentía tan impotente. No podía buscarte de ninguna forma, te intentaba “llamar” pero no respondías... Y solo podía verte...con un año.

—Unax..., no lo entiendo —balbuceo y dejo escapar más lágrimas de mis ojos.

—Si no estás así por eso...¿qué te ha pasado? —pregunta él y yo le miro apenada.

Le acaricio el rostro sintiendo el vello de su mandíbula pinchar mi mano.

—Vamos a sentarnos —decreto señalando el ventanal.

Unax asiente y ambos nos sentamos en el ventanal, con los cuerpos apretados el uno contra el otro. Y para mi sorpresa veo que en la madera hay tallado un corazón irregular y dentro hay una “R”.

Lo acaricio con los dedos y cierro los ojos dejando que salgan las lágrimas de mis ojos.

—Rebecca, dímelo por favor —suplica él y yo asiento.

Me giro para mirarle a los ojos, esos ojos que me apresan, que me embriagan, que me hacen perderme en esa franja verde.

Voy a hablar, pero tengo que volver a coger aire. Miro a través de la ventana y veo que fuera todo está nevado. Unax me agarra con delicadeza de

la barbilla y hace que le mire.

—Dímelo —susurra—. Sea lo que sea.

—He-he ido a la frutería donde trabajas. Hablé con Greg —él me mira sin decir nada—. Le pregunté si sabía algo de ti en el presente, en mi época...

—¿Y bien?

—Me dijo que tú..., que habías... —cojo aire hasta llenar por completo mis pulmones—. Que te habían asesinado.

Unax me mira sin pestañear. Noto como su pecho sube y baja una y otra vez rápidamente.

—Unax... —susurro destrozada.

Le agarro la cara con las dos manos y le beso con cariño. Él cierra los ojos y me abraza con fuerza.

—Sabía que podía pasar, sabía que podían encontrarme...

—No, no. Aún no lo han hecho, Unax —objeto y le miro a los ojos—. Aún no ha sucedido. Estás a tiempo de marcharte, ¡vete!

—No me voy a ir, Rebecca. No puedo hacerlo... —alega él y baja la mirada con el ceño fruncido.

—Por favor Unax, hazlo por mí. Siento...que es culpa mía, que yo te he pedido que buscaras la caja y seguro que ha sido por eso por lo que te van a encontrar...

—No, no es culpa tuya, pequeña... —implora él y me besa—. Podrían hacerlo en cualquier momento.

—Unax..., te vi. Tuve una “visión” de un recuerdo de mi padre. Les estabas espiando y se caía un chupete mío al suelo...

—Sí —responde Unax asombrado—. ¡Eso fue hace unos días! ¡Por eso has debido tardar tanto! Se han mezclado el recuerdo de tu padre con el poder que nos une. Al tener esa visión has cruzado la línea temporal o...

—No lo sé, Unax. Ya he visto más veces a mi padre desde que te conocí —respondo confundida.

—Tal vez eran lineales —observa él y yo niego con la cabeza.

—¿Qué más da? Lo que importa es que estoy aquí y que...tienes que irte. No podemos seguir con esto... Tienes que huir y tengo que encontrarte en el futuro. Podemos hacer una especie de ruta..., vas a un pueblo y si sucede algo está la opción “B” y si no...

Unax vuelve a negar con la cabeza, ahora sin mirarme.

—Te he dicho que no lo voy a hacer, Rebecca —me interrumpe.

Me levanto del ventanal ofendida, ofuscada, y ando por la habitación unos

pasos antes de darme la vuelta para mirarle con los brazos levantados.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Qué? —pregunta él perplejo y se levanta para llegar hasta mí.

—¡Que eres un cabezota! ¡Y tienes que hacerme caso porque si no...!

—¿Sino qué? Vives veinte años después a mí, no puedes hacer nada.

—¡Sino vas a morir!

—Para ti ya estoy muerto —dicta él rompiéndome el corazón en mil pedazos.

—No, no es verdad —balbuceo echándome a llorar.

Unax me mira asustado y me besa con pasión. Dejo escapar toda la tensión de mi cuerpo con el beso, dejo que la corriente nos recorra incansable, aportándome fuerzas y valor para seguir con todo esto.

—Rebecca...

—Unax... —susurro—. No quiero perderte.

—Sabes que esto...es imposible —farfulla él con dureza.

—Pero es tan real..., nunca me he sentido así —respondo y le beso de nuevo—. Tengo que salvaros...a todos.

—¿Cómo? —pregunta él y me mira con el ceño fruncido.

—Tengo que encontrar esa caja y creo que con tu ayuda voy a poder hacerlo.

—Rebecca, te estás poniendo en peligro por personas que ya no estamos ahí... Tú eres la única que está a salvo.

—Por eso... Soy lo único que os queda. Tengo que seguir adelante con esto. No tengo miedo... Unax, tú y mis padres sois todo para mí, lo más importante...En mi época no tengo nada que perder.

Unax me mira dolido, cierra los ojos un instante y luego vuelve a mirarme a través de sus largas pestañas.

—Creo que podemos hacerlo... Si juntamos nuestro poder como solemos hacer, así seguro que podría ver a mi padre con la caja. En aquel claro dijiste que estuve a punto de desaparecer, tal vez sea capaz de saltar de una “visión” a otra si acumulo el suficiente poder.

Me mira pensativo, parece darle vueltas al asunto en su cabeza.

—Sé que hay personas que lo han conseguido hacer, pero...es muy peligroso, podrías quedarte atrapada para siempre entre dos realidades. Podrías morir en el intento...

—Unax..., lo tengo que hacer y lo voy a hacer. No vas a convencerme —decreto con rotundidad.

—¿Por qué eres tan cabezota? —pregunta él y no puedo evitar reír.

Unax también ríe, aunque vagamente. Pero el simple hecho de volver a ver su preciosa sonrisa una vez más hace que merezca la pena.

Le agarro las dos manos con fuerza y cierro los ojos. Me dejo embriagar por la corriente de poder que recorre mi cuerpo desde las manos. Unax me suelta una y me aprieta contra su cuerpo. Con esa mano suelta me acaricia como hizo en el claro. Noto como toda yo me estremezco y como pequeñas corrientes recorren mi cuerpo. Me concentro en ella. La visualizo. Esa brisa de luz...

Y de pronto noto sus labios dulces contra los míos..., es como una cascada de energía y de poder que entra en mí de forma brusca haciéndome jadear. Sé que es el momento. El clímax de nuestro poder.

Pienso en la caja, en la caja de madera que se cierra con llave. Mi cuerpo vibra, se resiste. Pero yo soy más fuerte, mi empeño por salvar a la gente que amo puede romper las barreras del tiempo...

¡Papá!

En un instante todo desaparece. ¡Dolor! ¡Me duelen los oídos! Noto ese pitido ensordecedor y me tapo las orejas con las manos.

Entonces mi cuerpo choca de un fuerte golpe contra el suelo. Abro los ojos y veo tierra y plantas mojadas que me hielan el cuerpo al tocarlas. Hay mucha luz. Miro a mi alrededor y sé que estoy en el bosque. En algún punto perdido del bosque...

Escucho unas pisadas y me levanto de un rápido salto. Veo aparecer al fondo a mi padre. Lleva la misma ropa que aquel día que lo vi corriendo por el límite del bosque perseguido por una figura oscura, lo que significa que debe de andar cerca de aquí y que...queda poco para que sea el día en que morirán.

Corro hacia él y cuando estoy a su lado le miro con cariño. Era tan joven..., tendría casi mi misma edad, la de Unax... Y también mi madre...

Sigo sus pasos con tranquilidad, y en más de una ocasión intento tocarle, en balde.

—Papá, te prometo que voy a conseguir averiguar todo esto, que os voy a salvar a los tres... Y entonces supongo que tendréis cuarenta años y seremos felices en mi época. Ojalá pudiera quedarme aquí, advertiros de verdad, luchar a vuestro lado y si fuera necesario...

Entonces mi padre se para y yo tropiezo con su pierna y caigo al suelo. ¡Le he tocado!

Él se gira y mira a sus espaldas buscando algo... Buscándome.

Aprieta la caja en sus manos y avanza unos pasos más hasta un gran árbol el cual con sus raíces que asoman por la superficie de la tierra ha creado una especie de cueva. Mi padre se agacha y empieza a excavar con las manos para hacer un agujero. Mete la caja dentro y vuelve a cubrirlo con la tierra mojada y algunas hojas secas. Se levanta del suelo dejando ver las marcas de suciedad y tierra en sus ropas, y se acerca hasta el grueso tronco del árbol. Lo toca con las dos manos y cierra los ojos.

—Escóndela, por favor... —susurra.

Le miro atónita. ¿Está hablando con el árbol? Recorro con la mirada el árbol y me doy cuenta de que no hay muchos como él en el bosque. Es un árbol muy antiguo, de fuertes ramas enormes que se alzan al cielo buscándose hueco entre los demás árboles, sus raíces suben por la tierra y vuelven a esconderse como si fueran olas del mar y sus grandes hojas apenas dejan pasar la luz bajo él, creando una gran sombra.

Me giro y miro por donde hemos venido. Él ha debido venir desde mi casa. ¡Ya sé donde está este árbol! Al menos por donde...más o menos.

Miro a mi padre una última vez y veo que se marcha hacia la profundidad del bosque. Cierro los ojos con fuerza y cuando despierto en el suelo de madera desgastado del caserón antiguo me levanto con torpeza. Tengo ese horrible dolor de cabeza y me sangra el oído derecho. Pero no me importa. Ahora sé lo que debo hacer.

La huida



Salgo torpemente del caserón y compruebo que todo está totalmente oscuro. De nuevo, es entrada la noche y no reconozco apenas el camino de vuelta. Qué extraño..., cuando entré en la “visión” de Unax era por la mañana... Supongo que el pasar de una “visión” a otra llevará su tiempo.

Avanzo lo más rápido que me permiten mis piernas. Siento que estoy muy débil, que mi cuerpo me pide descanso. La cabeza me martillea a cada latido de corazón y el oído no cesa su sangrado.

Tras unos minutos creo que voy a derrumbarme y me veo obligada a sentarme sobre una fría roca. Me abrazo a mí misma. Siento cierto temor hacia este bosque, hacia todo lo que esconde... De repente escucho algo moverse a mis espaldas, me giro para mirar pero no consigo ver nada. Vuelvo a escuchar ese sonido, una especie de choque de hojas, de brisa..., ahora lo escucho delante de mí. Tampoco veo nada. Me levanto lentamente, asustada, dudosa, sin saber muy bien qué hacer. El corazón se me acelera y me martillea en el cerebro mientras miro a mi alrededor asustada.

Ahora mismo estoy muy débil y me sería imposible defenderme de cualquier cosa, ya sea animal, humana o...lo que sea.

Vuelvo a notar que algo se mueve, ahora a mi derecha. Me giro rápidamente, siguiendo el sonido con la mirada hacia la izquierda. Cuando está frente a mí cesa y...veo entre las ramas y las hojas una figura alta vestida de negro. No consigo verle el rostro, tan solo veo su silueta negra e intimidante. Presa del pánico doy media vuelta y echo a correr.

Corro con todas mis fuerzas. Ya no me importa el dolor de cabeza, ni el cansancio, ni que no dejo de sangrar... Siento en lo más profundo de mí que mi vida corre peligro y que debo escapar de eso.

No dejo de correr. Miro a mis espaldas un instante pero no consigo distinguir nada en la oscuridad. No me importa. No pienso detenerme. Noto debilidad en las piernas, me empiezan a hormiguear de cansancio... Siento que en cualquier

instante van a fallarme.

Gotas frías de sudor recorren mi rostro precipitándose al vacío. Esquivo troncos, agujeros y todo tipo de desniveles pero no espero toparme con un riachuelo. Mi pie se hunde en él hasta el fondo, mojándome de agua helada hasta la pantorrilla. El frío de sus aguas parece agujas que se clavan en mi piel. El tropiezo hace que caiga de bruces contra el suelo, golpeándome en el pecho y en la cara, haciendo que el álgido barro se pegue a mi piel.

Con la respiración entrecortada me vuelvo a girar un segundo y veo a la figura detrás de mí, muy cerca. Saco el pie del riachuelo y de un salto prosigo con mi carrera. Por un segundo creo perder toda esperanza, creo que mi cuerpo no va a soportarlo más, pero al fondo, entre las hojas, puedo vislumbrar una luz cálida, la luz de las farolas.

Mientras recorro ese trecho, el cual no puedo saber a ciencia cierta si se trata de diez metros o cien, me viene a la mente la “visión” de mi padre huyendo del bosque, perseguido por una figura de negro. Me meto en ella como si hubiera vuelto a estar allí. Veo a mi padre correr por la linde del bosque y a aquello perseguirle... Entonces es cuando sé que me han encontrado. Poco después de esa “visión” perdí a mis padres..., y ahora vienen a por mí. He de darme prisa, he de acabar con todo esto de una vez antes de que termine como ellos, como Unax...

Cuando noto bajo mis pies la dureza del ladrillo de Mintabur suelto todo el aire que había contenido hasta el momento, y tras un trecho corriendo carretera arriba me giro para mirar hacia el bosque. No lo veo, pero sé que está ahí. Siento su mirada, siento cómo me vigila...

La luz del día entra por la ventana cegándome un instante. Abro los ojos sintiendo que los párpados me pesan más de lo habitual y miro a mi alrededor. Me encuentro en el sofá del salón, todavía llena de barro, con la ropa mojada que desprende un fuerte olor a humedad. A mis pies se encuentra Freddie hecho una bola de pelo y caigo en la cuenta de que lo he dejado solo. Me estiro hasta él y lo cojo pegándolo a mi pecho.

—Lo siento mucho, pequeño... —susurro mientras le acaricio.

Freddie me mira en silencio moviendo su pequeña nariz, oliéndome.

—Lo sé, apesto —farfullo y lo dejo en el sofá.

Me levanto y al hacerlo noto un pinchazo en la cabeza. Agarro mi móvil el cual está tirado en la alfombra y lo intento encender, pero está sin batería. Voy tambaleante hasta la nevera y cojo la lata de comida de Freddie, qué

aunque siempre tiene pienso seco, de vez en cuando le doy comida húmeda de premio.

Vuelco todo el contenido en su cacharro y tiro la lata a la basura. Entonces mis tripas rugen con ferocidad y pienso en que llevo sin comer bastante tiempo... Abro de nuevo la nevera y rebusco en ella. Finalmente saco varias cosas y me preparo un sándwich que devoro con ansia. Una vez lo he terminado todavía me rugen las tripas, pero necesito darme una ducha, recapacitar y seguir indagando.

Subo a mi habitación seguida por Freddie y enchufo el móvil en el cargador. Saco del armario un jersey negro, unos vaqueros limpios y ropa interior, y me meto en el baño. Me miro en el espejo. Tengo el pelo enredado y enmarañado con algunas hojas y barro, unas grandes ojeras bajo los ojos y la mirada cansada. Giro un poco la cabeza y veo que llevo el cuello lleno de sangre seca que me baja hasta el hombro derecho.

Me empiezo a desnudar, pero empiezo a tiritar. Siento que el frío se me ha quedado metido en el cuerpo. Enciendo el calefactor y me froto las manos frente a él, cerrando los ojos al sentir el placer de la calidez que me aporta.

Al minuto estoy bajo el agua ardiente de la ducha, limpiando mi cuerpo y mi mente para volver a pasar al plan..., si es que tengo algún plan.

Sintiendo el agua recorrer con delicadeza mi cuerpo pienso en Unax, en el temor que siento por perderle. Unax significa tanto para mí..., nunca he sentido esa conexión con nadie ni con nada..., me atrevería a decir, y supongo que no estoy muy lejos de acertar, que es algo sobrenatural. Desde el principio algo nos unió, esa corriente eléctrica que nos permitió hablar, vernos, tocarnos... Y con el tiempo ha sido lo único que me ha hecho sentir que no estoy sola, y eso lo he sentido por primera vez en mi vida.

Me aterra tanto poder perderlo... En un día me he dado cuenta de que Unax en realidad es tan inalcanzable para mí como mis padres, y de que si no actúo los perderé a los tres para siempre... Sé el peligro que corro, sé que Unax me advirtió de que no está bien cambiar el pasado...pero eso lo dijo antes de saber que va a morir.

Ahora están aquí, en el presente... Me han encontrado y sé que si no acabo yo con ellos antes en muy poco tiempo ya no podré hacer nada pues yo tampoco estaré aquí.

Tengo que averiguar más sobre sus muertes, sé la fecha de mis padres pero no la de Unax. Ahora me arrepiento por haber salido corriendo asustada de la frutería, demasiado afectada por la noticia como para preguntar más

cosas sobre ello. Mala actuación por mi parte. Entonces pienso que tal vez... no, seguramente, debió salir en el periódico. Aquí todo sale en el periódico local. Siento que se me ha encendido la bombilla y sonrío, sé a donde ir.

Tras la reflexiva y revitalizante ducha voy a mi habitación mientras me seco el pelo con una toalla y agarro el móvil. Lo enciendo y empieza a vibrar y a sonar descontrolado. Tengo varias llamadas perdidas y varios mensajes, pero lo que me sorprende no es eso, es ver la fecha. Según el móvil hoy es sábado, eso significaría que han pasado dos días desde que fui a la frutería... Cuando el jueves fui a buscar a Unax ya estaba anocheciendo, lo que significaría que pasé la noche entera y el día siguiente en las dos “visiones”. Cada vez el presente pasa más rápido escapándose de mis manos...

Ignoro los mensajes y llamadas y vuelvo a dejar el móvil para volver al baño a terminar de vestirme. Tengo que darme prisa para ir a la biblioteca del pueblo y después al bosque a buscar la caja, no quiero que se haga de noche...

Salgo de mi casa acelerada, asustada y...nerviosa. No sé exactamente qué voy a encontrar en los periódicos, pero mucho menos aún en el bosque, tal vez sea un suicidio el ir allí después de haber visto que me seguían anoche, pero he de hacerlo, lo necesito si quiero salvarles, si quiero saber quién lo hizo...

Cierro la verja a mis espaldas y me pongo el gorro de lana sobre la cabeza cuando veo que al final de la calle viene mi prima Mara. Me giro rápidamente y empiezo a andar calle abajo sin girarme.

—¿Rebecca?! —escucho gritar a mi prima en la lejanía.

Sigo andando sin pensarlo y noto vibrar el móvil en el bolsillo de mi pantalón. No me hace falta mirarlo para saber que es Mara. Ahora mismo no tengo tiempo de explicar nada, ni de mentirle, ni de permitir que me sigan mintiendo...

Giro a la izquierda y me adentro rápidamente en otra calle para no notar a Mara a mis espaldas. Tras unos minutos me atrevo a girar la cabeza por encima del hombro y veo de reojo que no hay nadie tras de mí. Suspiro aliviada y prosigo con mi camino.

La biblioteca del pueblo es un edificio pequeño, con grandes ventanas de cristal y por fuera, como no, de ladrillo rojizo y techo de tejas oscuras. Lo bueno de que sea tan pequeña es que no puede albergar muchos libros, y la mayoría son antiguos, por lo que los habitantes del pueblo han de venir a mi librería, la única que hay.

Atravieso el gran portón de madera, es muy pesado por lo que tengo que hacer más fuerza que la normal para abrir una puerta. Dentro un clima cálido inunda la sala, las luces tenues y el silencio crean un ambiente relajado. La biblioteca, a pesar de ser pequeña, por dentro es preciosa. Estanterías de madera antigua, altas y robustas, se alinean sobre toda la superficie, estas están repletas de libros antiguos, de muchos colores y tamaños. Hay tantas estanterías que parece un laberinto en el que yo, encantada, me perdería. A mi izquierda hay un mostrador pequeño y tras él me encuentro con la mirada atenta de Pau tras sus gafas redondas. Pau es el bibliotecario, y buen amigo mío.

—Buenos días, Pau —susurro sonriente mientras avanzo hasta el mostrador—. Necesito tu ayuda. Tengo que encontrar el periódico con la noticia de la muerte de mis padres.

Pau me mira y se le borra la sonrisa al escuchar mi última frase.

—¿Por qué buscas eso, niña? —responde y niega con la cabeza.

—Pau, necesito ver qué pasó exactamente —murmuro y pienso una excusa factible—. Mi amigo Ciro, el periodista que vive en la zona sur del pueblo, está investigando el pueblo, su historia, sucesos... Y como soy amiga suya quiere incluir la muerte de mis padres.

Él me observa y hace una mueca de disgusto. Pau conocía también a mis padres. Actualmente tiene cincuenta y muchos años, pero antes, veinte años atrás, solía hablar mucho con ellos, sobre todo con mi madre, a la cual también le encantaba la literatura, o eso me ha contado mi tía.

—Bueno, como tú veas... —masculla y se levanta de la silla— Está todo recopilado en la misma sección, tan solo hay que buscar la fecha. Se guarda un ejemplar de cada periódico local desde hace...muchísimos años.

Pau va allende la biblioteca, hasta las estanterías más lejanas, a nuestro paso algunas personas, que concentradas leen en las pequeñas mesas, levantan la cabeza para mirarnos.

El hombre estira el cuello para leer en las lejas altas y pocos segundos después alarga el brazo y saca un archivador de fundas de plástico. Pasa las páginas, cada página en realidad es un periódico, hasta llegar a una en concreto, y lo saca. Me entrega un periódico en cuya portada se observa una imagen dolorosa, esa imagen de las manos de mis padres agarradas sin vida. El titular es: “CRIMEN ATROZ EN MINTABUR DESPUÉS DE MUCHOS AÑOS”.

Pau deja el archivador apoyado sobre una leja y se marcha sin decir nada

para darme intimidad. No tardo ni un segundo en abrir el periódico en busca de la página que habla de la noticia en concreto. Entonces, junto a algunas fotos más en las que aparece el bosque, la calle precintada y gotas de sangre, se puede leer:

“Hoy, día 20 de diciembre de 1997, aparecen los cuerpos sin vida de Sara y Eric Kalter. Han pasado bastantes años desde el último crimen sucedido en el pueblo, y casualmente siempre encontramos características similares. Sobre todo, en estos dos últimos. Sara y Eric fueron hallados cogidos de la mano en la linde del bosque asesinados con arma blanca, presentaban varios cortes y heridas debido al enfrentamiento. No se encuentran las armas ni rastro en el bosque, la nieve borra todas las huellas y cualquier indicio de sospecha. La policía va a proceder a una investigación exhaustiva del bosque.

El último asesinato que sucedió en el pueblo se remonta a siete años atrás, una masacre de varias personas asesinadas por arma blanca, casualmente una de ella fue Diane Kalter, madre de Eric...”

Paso de página, pero veo que la noticia se queda ahí, busco entre las hojas en busca del nombre de Unax pero no aparece. Debe haber más información en los días consecutivos...

Agarro el archivador y busco la funda vacía para meter el periódico y coger el siguiente. Paso las páginas y veo que tan solo hay un pequeño apartado en el que aparece una foto de mi tía Petra conmigo y con Mara en un carro, mi tía se tapa la cara. A un lado pone:

“Petra Kalter llora la muerte de su hermano y cuñado, quedando sola (tras el asesinato de su madre y la muerte de su padre) al cuidado de dos bebés. ¿Dónde estará Víctor?”

Frunzo el ceño asombrada al leer el último nombre. ¿Quién es Víctor? ¿Será el padre de Mara? ¿La gente del pueblo lo dio por desaparecido? ¿Qué narices pasó?

Vuelvo a guardar ese periódico y cuando paso de página y veo el titular del siguiente se me hiela la sangre: UN NUEVO CUERPO EN EL BOSQUE

Abro el periódico rápidamente y veo una imagen de un cuerpo sin vida, está de espaldas, pero lo reconozco. Es él...

“La investigación de Sara y Eric Kalter ha sido llevada estos días por el equipo de policía local en los alrededores de Mintabur. El bosque no ha dado

ninguna prueba ni pista para el caso. El jefe de policía, Kellan Henry, encontró un caserón abandonado, todavía no se sabe el año de construcción ni propietario, parece aparecido de la nada. En aquel caserón se encontraron indicios de agresión, pero no quedan como pruebas debido a la antigüedad del edificio y la poca fiabilidad de estas.

Kellan Henry no esperaba encontrar allí otro cuerpo. Se encuentra a Unax Lumb, chico de 22 años que había llegado al pueblo hace alrededor de dos años después de perder a su familia en un trágico suceso. El cuerpo presenta algunas quemaduras, magulladuras y herida de arma blanca. La policía cree que puede haber sido asesinado por los mismos individuos que Sara y Eric, pero hasta que no se realice la autopsia no se puede confirmar nada. En cuanto a los asesinos, no se encuentran pistas”.

Cierro el periódico con el corazón a mil por hora y vuelvo a guardarlo en su funda. Paso la página y leo el titular del siguiente periódico: CUERPO DESAPARECIDO.

¿Qué? ¿Qué cuerpo desapareció? ¿Cómo puede ser?

Paso las páginas con los dedos temblorosos y leo:

“Hoy, lunes, antes de que el forense analizara el cuerpo de Unax Lumb, ha desaparecido el cuerpo sin dejar rastro. La policía no ha podido lograr ninguna pista. Nadie comprende lo ocurrido, podría decirse que se ha esfumado “por arte de magia”, pero ¿cómo puede desaparecer un cuerpo sin vida? Se baraja la opción de que alguien lo haya robado y sacado del pueblo, tal vez su propio asesino”.

Suelto poco a poco todo el aire que he contenido mientras lo leía y siento como el sudor me cae por la frente.

¿Dónde está el cuerpo de Unax? ¿No era suficiente con matarlo? ¿Por qué él estaría en la casa y mis padres en el bosque? ¿Acaso lo encontraron allí después de matarlo a ellos? Eso debe ser..., matarían a mis padres y encontrarían a Unax.

Dios mío..., tengo que parar esto. Todo parece una pesadilla de la que no consigo despertar.

Guardo el archivador en la estantería y recorro la biblioteca dando grandes y pesados pasos. Cuando paso frente a Pau me despido con la mano, ni siquiera le miro, y atravieso la puerta sintiendo que me ahogo.

En el exterior la luz me ciega un instante, paro un segundo para coger aire y entonces prosigo mi andanza allende la calle. Unos minutos después, al sentir la cercanía del bosque se me eriza todo el vello del cuerpo.

Creo que lo mejor es hacerlo de una vez, darme prisa y no permitir que nadie me atrape. Si consigo esa caja...tal vez sepa quién me persigue, quién los mató..., tal vez pueda descubrir cómo librarme de ellos...

En cuanto noto la blandura de la tierra bajo mis botas empiezo a acelerar el paso. Me cuelo entre las ramas de los árboles y los matorrales e intento seguir el camino recto que vi en la “visión”, intento buscar aquel gran árbol tan extraño de raíces como largos brazos.

No dejo de mirar a mi alrededor pendiente de que no aparezca una figura entre la maleza y venga a atraparme. Por un momento creo que no encuentro el camino, que me he perdido y que es imposible localizar el árbol, todo parece igual y me da la sensación de que sigo en el mismo punto.

Nerviosa y alterada cierro los ojos e intento que mi poder me guíe de algún modo. Pienso en Unax, en mis padres y en todo lo que conlleva esa caja, y la corriente aparece en mi cuerpo haciéndome sentir fuerte. Cojo aire profundamente y susurro:

—Vamos, papá, enséñame el camino...

Abro los ojos y miro a mi alrededor. Todo sigue exactamente igual, nada ha cambiado, nada se mueve excepto... Varios pájaros alzan el vuelo desde la alta copa de un árbol siguiendo su camino hacia el frente. No lo dudo. Sigo esa dirección, esta vez corriendo.

Un minuto después veo al fondo aquel árbol y no puedo evitar sonreír satisfecha y agradecer a mi padre la ayuda. Ahí está, ante mí se alza aquel árbol de tronco grueso claro, con largas ramas y fuertes raíces que parecen ser dueñas de la tierra por la que pasan.

Lo miro y siento como si el árbol me llamase. Me acerco vacilante y pongo mi mano sobre él, siento esa corriente potente entrar en mi cuerpo a través de mis dedos, como cuando toco a Unax. Lo miro extrañada mientras noto la suavidad de su madera. Entonces pienso en la “visión” de mi padre, miro bajo sus ramas pero no veo nada. Vuelvo a tocar el árbol y cierro los ojos, y sin saber muy bien qué estoy haciendo murmuro:

—Por favor, soy Rebecca..., muéstrame la caja.

En un primer instante no sucede nada, incluso no noto la corriente a través de mis dedos, pero entonces siento como si el árbol vibrara. Una vibración débil, casi imperceptible, pero que soy capaz de notar a través de los pequeños

movimientos que emite.

Cuando cesan de repente, abro los ojos rápidamente y me agacho para mirar bajo sus raíces. Allí está. Medio enterrada en la húmeda tierra veo la caja sobresalir del mismo modo que la dejó mi padre hace veinte años. Estiro el brazo y la agarro con la mano. Sin esperarlo me pitan los oídos. Intento negarme a ello, bloquearlo, pero es demasiado fuerte.

Abro los ojos y me encuentro en casa de mi tía Petra. ¿Qué tendrá que ver ella ahora en todo esto? Avanzo hasta la puerta del salón y me asomo, ahí se escuchan unas voces.

En el centro de la sala están mi tía Petra, mi padre y mi madre. Mi tía vuelve a ser mucho más joven que ahora, lleva el pelo más corto y algo despeinado. Los tres se miran con preocupación y hablan en susurros. Me acerco hasta llegar a ellos para poder escuchar la conversación.

—Eric, esto es una locura, de verdad. Pero estabas en lo cierto, te han encontrado, tienes que esconder la caja, hay que intentar detenerlos... — indica mi tía con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—¿Cómo? Aquí no hay más *coleccionistas*, los hubo hace mucho pero acabaron con nuestra familia y con las demás... —rechista mi padre y yo los miro atónita.

—Como sea... Yo puedo...en fin, todavía conservo el arma que me dio mamá, recuerdo cómo usarla. En ella hay poder, está vuestro poder... —responde mi tía y mi padre niega con la cabeza.

—No, no. No vais a luchar por mí, es muy peligroso...

—¿Y para ti no? —interrumpe mi madre.

—Eric, ¿por qué no huyes? Sabes que Rebecca está segura conmigo... Marchaos...

—Jamás la abandonaré, Petra. Es mi hija —responde él y la mira molesto.

Yo niego con la cabeza mientras los miro. No. No. Esto significa que Unax tenía razón. Mi tía Petra está al tanto de todo, me ha mentido siempre, toda mi vida... Me ha dejado sola con mi poder, me ha...abandonado...

Cierro los ojos y me centro en la corriente eléctrica que todavía recorre mi cuerpo. Utilizo la ira, el dolor, la traición que siento y en un momento mi cabeza me martillea. Grito con todas mis fuerzas y vuelvo a sentir la tierra mojada sobre mi cuerpo. Estoy tirada bajo una gran raíz del árbol, con la caja entre mis manos.

Sin pensarlo dos veces me incorporo y la agarro con todas mis fuerzas antes de salir corriendo por donde había venido.

Miro atrás pero no logro ver nada...hasta que, a mi derecha, muy cerca, veo otra vez esa figura que avanza hacia mí. Incluso ahora, a la luz del día, no puedo verle la cara pues la lleva tapada, solo veo una sombra. Corro intentando alejarme de ella pero la vuelvo a ver, ahora a mi izquierda.

¡Espera! ¡Es imposible!

Vuelvo a mirar a mi derecha y veo que la figura sigue avanzando hacia mí. ¡Son dos!

Corro más rápido todavía, lo más rápido que me permite mi cuerpo, pero siento que no voy a conseguirlo. Sobre todo, cuando escucho un chirrido del viento que roza mi oído y veo como se clava una daga en el tronco de un árbol. Pego un grito y prosigo la carrera.

Cierro los ojos un segundo e imagino de nuevo esa corriente, me concentro en mi poder todo lo que puedo. Visualizo a Unax y a mis padres, pienso en todo lo que tengo que perder si fallo... Y entonces siento una fuerza superior en mi cuerpo, siento mucho poder, siento que puedo contra ellos. Miro mis manos y por un instante me parece verlas brillar, un brillo que me recuerda al que puedo (o creo) ver a veces en la franja verde de los ojos de Unax. Me giro un instante y veo que las dos figuras siguen tras de mí, cada vez más cerca. Uno de ellos, el izquierdo, que es más delgado y alto, levanta el brazo para lanzar otra daga contra mí. En el instante que lo hace grito e intuitivamente me tapo con la mano. Pero de pronto de mis manos sale una especie de corriente, tal y como la visualizaba en mi cabeza, una brisa, más bien, una ventolera brillante va hacia ellos haciendo que caigan al suelo.

Es mi oportunidad para escapar. No dejo de correr, sigo y sigo incluso al salir del bosque y ser alumbrada por la luz rojiza del atardecer, sigo incluso hasta girar la calle de mi casa y sigo hasta llegar a ella y cerrar la puerta a mis espaldas. Pongo el pestillo, cierro con llave y compruebo que todas las ventanas están cerradas antes de correr hasta mi habitación y sentarme en la cama con la caja en las manos.

Me permito un instante para respirar. Si cabía alguna duda de que me habían encontrado ya no la hay, es más, han intentado matarme, seguramente para arrebatarme la caja. En mi interior un cúmulo de emociones sale a la luz haciendo que derrame lágrimas calientes por mis mejillas. Por un lado, acaban de intentar matarme, acabo de descubrir que mi tía me ha mentado toda mi vida y, por otro lado, he encontrado la caja que tanto llevo buscando. La caja que creo que me aportará todas las respuestas, al menos la clave para conseguir encontrar a los asesinos de mis padres, y seguramente de Unax.

Una caja de Pandora



Miro la caja y recuerdo que está cerrada. La dejo sobre la cama y corro hasta la habitación de mis padres para coger la llave de su cajón. Una vez lo hago vuelvo a por ella y la agarro temblorosa. Introduzco la llave en la cerradura y la giro con el corazón a mil pulsaciones por hora. Vacilante abro la tapa y miro en su interior. Hay varios papeles doblados. Cojo el primero y siento un pitido lejano en los oídos, pero me niego a él y no me cuesta esfuerzo ignorarlo.

Desdoble el fino papel y veo que está escrito con bolígrafo, tal vez por mi padre. Leo:

“Tras un largo recopilatorio de información, usando varias fuentes, entre ellas me he permitido desplazarme a varios pueblos cercanos a Mintabur para buscar a otros como yo, en esta he de decir que he encontrado más coleccionistas solitarios que anteriormente, sus familias habían sido asesinadas y solo ellos habían logrado escapar. Tal vez les guste dejar uno vivo para así regodearse de la miseria de los nuestros. Toda la historia ellos se han sentido con poder sobre nosotros. Nos remontamos hace muchos siglos, cuando, por miedo, un grupo de humanos decidió unirse para acabar con todos aquellos que tuvieran un don, un don que decían proceder del mismísimo demonio. Este grupo de humanos pasó su odio como herencia a sus hijos, y así consecutivamente hasta haberse reproducido en muchos grupos de ellos a lo amplio de todo el mundo. Desde aquel entonces nos hemos sentido perseguidos por ellos, nos hemos visto obligados a huir de nuestros hogares, a perder a nuestros seres queridos...”

A unos quinientos kilómetros de Mintabur hay un pueblo llamado Yerdel, llegué allí ante las indicaciones de un coleccionista de Lunta, me dijo que su familia una vez había ido allí a luchar contra ellos, que allí han conseguido crear un pueblo de asesinos. Fui y me hice pasar por uno de ellos, no se

fiaban, me hicieron pasar por pruebas horribles para ganar su confianza...y cuando lo hice pude lograr este recopilatorio de información:

- Odian el término de “asesino”, se hacen llamar “justicieros”.*
- En Yerdel habrá cientos de “justicieros”, incluso enseñan a los niños pequeños.*
- Mandan expediciones como mínimo una vez al mes, cuando vuelven de ellas han localizado a algún coleccionista y se disponen a impartir su justicia.*
- En Yerdel tiene encerrados varios coleccionistas que torturan e interrogan cuando les place.*
- Utilizan un armamento potente, los coleccionistas tenemos una fuerza y un poder peculiar haciendo que sea más complicado que muramos, pero ellos han inventado unas dagas impregnadas en una especie de veneno que neutraliza nuestro poder. Tengo que investigar más sobre ellas, pero según me han comentado que hacen que el coleccionista sienta su poder salir del cuerpo sintiendo el dolor más fuerte que jamás haya imaginado.*

Finalizo aquí mi primera investigación desde dentro de un grupo de “justicieros”. Me veo en la obligación de volver a casa, ya que hay un hombre, este hombre es poderoso, no sé bien qué tiene de especial pero todos le respetan, dicen que lleva mucho tiempo liderando el pueblo de Yerdel, desde que la mayoría eran pequeños, pero no lo comprendo, parece muy joven, yo diría que tiene poco más que yo... Él me mira fijamente y los últimos días me he sentido observado, creo que me están siguiendo, por ello he de marcharme. Temo que él haya sentido de algún modo que soy diferente. No sé su nombre, pero siento que he de descubrirlo... Los coleccionistas no pueden seguir huyendo, es inevitable que pronto se avecine una guerra”.

Me tiemblan las manos, siento que no dejo de desprender un sudor frío por todo mi cuerpo. Dejo el papel a un lado e intento asimilar lo que acabo de leer. Mi padre, al parecer, se metió en un grupo de asesinos, o *justicieros*. Fue a aquel pueblo de Yerdel y se jugó la vida por descubrirlos, por saber sus secretos para así organizar una especie de guerra entre *coleccionistas* y *justicieros*.

Meneo la cabeza para volver a la realidad y compruebo que solo queda un papel más en la caja. Lo agarro y despliego para encontrarme escrito en grandes letras en el centro un nombre. Un solo nombre: Triath Hilruart.

Doy vueltas y vueltas con el papel en la mano, repitiéndome una y otra vez ese nombre... No sé qué hacer..., no sé qué hacer... Mi tía Petra sabía que había una caja, pero no sabía qué contenía exactamente, sabía que era peligroso y que era la investigación de mi padre pero... Triath..., él, él debió descubrirle, debió saber quién era mi padre y venir a por él y a por toda mi familia. Debió de buscarle por todos los pueblos hasta encontrarle y dar con él, y de paso con mi madre y con Unax...

Creo que es el momento de enfrentarme a mi tía. Ha de saber que mi padre encontró ese nombre, ha de saber quién soy en realidad y que estoy dispuesta a imponer yo la justicia..., incluso a intentar salvarles.

Una hora después estoy llamando a la puerta de su casa con decisión y cierto temor (al fin y al cabo, para mí ha sido como una madre y me duele tener que enfrentarme a ella, a la verdad), enseguida se abre y veo a Mara en pijama mirarme sorprendida.

—¿Rebecca? ¿Qué haces aquí? —pregunta y me mira molesta.

—Tengo que hablar con la tía —respondo y me adentro en la casa esquivándola.

Mara cierra la puerta con fuerza y me agarra del brazo para que la mire, así hago.

—¿Acaso no me has escuchado esta mañana por la calle? ¿Acaso no has visto todas mis llamadas y mensajes, y los de mi madre?

Yo la miro en silencio y me encojo de hombros. Ella resopla y pasa por mi lado con mala cara.

—No, quédate. Tienes que escuchar lo que voy a decir —ordeno y ella me mira dudosa.

—Está bien, Rebecca. Pero que sepas que estoy cansada...

—¿Cansada de qué? —pregunto molesta.

“Si tú supieras lo cansada que estoy yo, por todo lo que estoy pasando...”, reflexiono en mi mente.

—¿Rebecca?! —escucho decir a mi tía.

Mi tía Petra aparece por las escaleras, al verme acelera el paso y me mira preocupada.

—¿Qué te ha pasado estos días? Últimamente estás muy asunte, nos tienes muy preocupadas.

—Pasad al salón, por favor, necesito hablaros de cosas importantes.

Ambas se miran entre ellas y luego me miran a mí. Mi tía asiente lentamente y entra en el salón. Ellas se sientan en un sofá y yo prefiero quedarme

de pie, estoy demasiado nerviosa para sentarme.

—Adelante, cuéntanos —ordena mi tía y yo asiento.

—No sé por dónde empezar... —murmuro y miro a mi tía a los ojos—
Bueno, por el principio. ¿A qué edad me trajeron mis padres aquí?

Mi tía me mira con el ceño fruncido y cuando va a contestar la paro alzando la mano y diciendo:

—No, no contestes. Yo te lo diré. Mis padres me trajeron aquí con escasos meses. ¿Por qué? Pues porque les estaban persiguiendo, para ser exactos, los *justicieros*, o “secta”, como tú los llamaste, habían descubierto a mi padre.

Mi tía me mira con los ojos muy abiertos y veo como se le llenan los ojos de lágrimas, pero prosigo:

—Y los encontraron de verdad, y los mataron, dejándome sola con vosotras dos, haciendo que me mientas toda mi vida... —ahora soy yo la que siente las lágrimas escapar de sus ojos— Siempre me he sentido sola aquí, siempre he sentido que había algo, que algo faltaba... Me dejaste sola, tía, sabías que yo era una *coleccionista de recuerdos*. Y me abandonaste en mi poder, ¿sabes el miedo que pasé con cuatro años cuando vi a aquel justiciero matar a un coleccionista en un parque?

—Rebecca..., yo sólo... —balbucea mi tía llorando.

—No, aún no he terminado. No ha hecho falta tu ayuda, yo sola he buscado la manera de aprender, he visto a mis padres y he investigado... Ahora sé quién los mató, sé su nombre y sé dónde se encuentran.

—¿Su...su nombre? —pregunta mi tía con un hilo de voz.

—Sí, mi padre lo escribió y lo escondió en una caja que enterró en el bosque.

—Rebecca, da igual el...

—¡No te entiendo, tía! ¡¿Estoy diciendo que sé su nombre y me dices que da igual?! —grito alterada, incrédula.

—Rebecca, deja que te expliquemos... —interrumpe Mara.

La miro sorprendida, yo pensé que ella no sabía nada. Entonces se me cae un muro de piedra sobre la cabeza. Mi prima era mi única esperanza, pero parece que también ha sido una mentira.

—¡Tú! —farfullo hacia ella, señalándola— ¡Tú eres como ella! ¡Sois unas mentirosas! ¡¿Por qué se lo pudiste contar a ella y a mí no?!

Mi tía se levanta de golpe y se pone frente a mí con la mirada repleta de dureza antes de gritar con un tono grave:

—¡Rebecca! ¡Siéntante de una maldita vez y déjanos hablar!

Es la primera vez en mi vida que escucho a mi tía gritar, lo que hace que me quede bloqueada con lágrimas en los ojos.

Tras un largo suspiro, las miro a los ojos a las dos y me siento en el sillón que tengo tras de mí.

Mi tía vuelve a sentarse y se seca las lágrimas de las mejillas antes de decir:

—Rebecca... Sí, te he ocultado durante toda tu vida lo que eras... Pero lo he hecho porque le prometí a tus padres que si ellos faltaban te protegería... La única manera de que no te encontrasen era que no supieras quién eres en realidad, que no supieras quiénes eran ellos... Tenía la esperanza de que tú no fueras una coleccionista, que fueras como Mara y como yo..., pero cuando te pasó aquello con cuatro años supe que desgraciadamente no era así.

Nos miramos un instante en silencio, ella está esperando que diga algo, pero prefiero dejarla continuar.

—A tu padre lo encontraron por investigar a aquellos que llamas *justicieros*, lo descubrieron y vinieron a por él y a por tu madre. Afortunadamente él se dio cuenta, aunque en un principio nadie le creímos. Descubrió que se escondían en una casa abandonada, estuvieron esperando el momento perfecto para hacerlo... Y lo consiguieron, pero gracias a su astucia tú estás viva... Rebecca, no podía perderte a ti también. He perdido a mis padres, a mi hermano y cuñada, a mi..., al padre de Mara...

Veo que Mara mira a su madre y le agarra la mano con pesar, pero entonces balbucea:

—Mamá, lo siento... Yo..., yo la llevé a aquella casa...

—¿Qué? —pregunta mi tía asombrada y la mira ojiplática.

—Ve-veía injusto que...que no supiera nada, tampoco quería decírselo, no quería ponerla en peligro, pero quería que...que al menos supiera quién es, lo que es...

—¿Sabes lo que has hecho? —murmura mi tía— ¡Esto es culpa tuya! ¡Si la encuentran será culpa tuya!

—Mamá, lo siento... —solloza mi prima y me mira— Lo siento, Rebecca.

Yo las miro bloqueada, no sé cómo reaccionar, no sé qué hacer. Ambas me han mentido toda mi vida y ninguna parece dispuesta a ayudarme.

Mi tía se levanta del sofá y me mira con dureza.

—Aléjate de esto, tira ese papel, olvida ese nombre..., olvida quién

eres...

—No, tía —respondo y me levanto poniéndome frente a ella—. No voy a huir, voy a enfrentarme a ellos como quería mi padre y...voy a intentar salvarlos.

—¡Eric y Sara están muertos! —grita mi tía otra vez con lágrimas en los ojos.

—No si yo puedo evitarlo... —respondo y paso por su lado para salir del salón.

—¡Rebecca! —escucho gritar a Mara.

No hago caso, salgo de aquella casa con lágrimas en los ojos, pensando que lo más seguro es que sea la última vez que lo haga.

La mente no deja de darme vueltas, de mandarme imágenes, recuerdos confusos que yo no he vivido, preguntas sin respuesta y respuestas que son peores que no tener contestación para esas preguntas. Pero la verdad es así, en pocas ocasiones una verdad oculta es buena o agradable. No obstante, sigo pensando que quiero saberlo todo pues, aunque duela, aunque ponga en peligro mi vida por ello, es la única forma que tengo de salvarles...

Entonces pienso en Unax. ¿Cuánto tiempo habrá pasado para él? Rememoro la última visión que he tenido...era de mi padre hablando con mi tía Petra, y puedo decir casi con seguridad que eso ocurrió poco antes de que los asesinaran... Es decir...¿para Unax puede haber pasado un año más?! Se me acelera el corazón a mil por hora. No, no puede ser. Él estaría tan preocupado por mí, y eso si...si está bien... No comprendo el orden de las “visiones”, si tienen algún tipo de parámetro.

No le doy más vueltas. Me dirijo hacia el bosque con rapidez. Antes de entrar en él cierro los ojos y visualizo mi poder como Unax me enseñó. Quiero estar preparada por si veo a los *justicieros* en el bosque. ¿Por qué no vendrán a por mí al pueblo? ¿Por qué no irrumpen en mi hogar en mitad de la noche y acaban conmigo? ¿Y si me encuentran en la casa? Debería marcharme cuanto antes de allí...

Una vez me siento repleta de fuerza aprieto los puños y corro allende el bosque, hasta el caserón abandonado que se alza imponente ante mis ojos, intacto. Vacilo un instante al pensar que ahí habían estado los *justicieros* con anterioridad y que puede que esta vez también hayan venido aquí. No quiero arriesgarme tanto, por lo que decido agacharme y andar con cautela hasta las viejas escaleras de madera. Subo despacio y cuando piso el suelo del porche

corro hasta colocarme de espaldas al lado de la puerta. Asomo la cabeza unos centímetros para conseguir mirar el interior del caserón sin ser vista. Miro hacia los lados de la gran entrada pero no veo ninguna figura extraña, todo parece exactamente igual. Aun así no me fío, pero he de conseguir buscar a Unax y sé que esta casa nos une de algún modo.

Un, dos, tres...

Corro hasta el interior y miro rápidamente intentando pensar en algún objeto que me envíe directamente hasta él, pero me parece escuchar algo en el exterior. Con la respiración acelerada corro atravesando el salón y entrando en la puerta más alejada a la entrada. No sé si lo que he oído será algo o alguien...pero no puedo permitirme que me encuentren, no justo ahora. Ahora que tengo el nombre de Triath, ahora que puedo buscarle, que puedo intentar volver y salvarles de algún modo, que puedo (en el presente) organizar una lucha contra ellos.

La habitación en la que he entrado está demasiado oscura, no tiene ventanas por lo que no hay luz natural que la ilumine. Avanzo a ciegas y me concentro en Unax, visualizo en mi mente sus ojos oscuros con una franja verde, su sonrisa, sus caricias... Noto el tacto de algún objeto de metal en la yema de mis dedos, lo que es suficiente para escuchar el pitido lejano que tanto conozco.

Entonces la habitación se ilumina, hay una mesa con un candil encendido y varios libros sobre ella, una silla vieja y algo rota y una estantería. Parece una especie de lo que debería haber sido en su día un despacho. Miro hacia la puerta en el momento justo en que comienza a abrirse. Ante mis ojos veo a Unax mirarme ojiplático, con la boca entreabierta.

—¿Re-Rebecca? —balbucea.

Yo le miro y sonrío con cariño. Parece muy sorprendido por verme ahí. Está algo cambiado, tiene más barba que la última vez, no lleva puesta su chupa de cuero negra, sino que va tan solo con una camiseta oscura y unos vaqueros, unas botas llenas de barro y en la mano varios papeles.

—Unax...sí, aquí estoy. ¿Ha pasado mucho tiempo?

Él menea la cabeza y cierra rápidamente la puerta de la habitación para volver a mirarme a los ojos, erizándose todo el vello del cuerpo.

—¿Mucho tiempo? Ha pasado un año, otra vez... —dice él profiriendo casi un sollozo.

—Lo-lo había imaginado, lo siento tanto Unax...

Él suspira y se acerca a mí rápidamente para dejar los papeles sobre la

mesa y abrazarme con fuerza. Yo disfruto de su calidez y su aroma, cierro los ojos y por primera vez en varios días me siento en mi hogar.

—Unax..., tengo que decirte cosas muy importantes —balbuceo atropelladamente—. Tienes que escucharme, tienes que...

Pero él me interrumpe juntando sus labios con los míos, me besa con pasión y tal vez...con tristeza. Puedo ponerme en su lugar, si hubiera sido al revés hubiera estado tan preocupada...

—Rebecca, llegué a pensar que te habían encontrado, no respondías a mi “llamada”...

—Unax, lo han hecho, pero no me han atrapado todavía. No sé si...están dejándome tiempo por alguna razón o no han podido realmente.

—¿Qué? —pregunta él y me mira preocupado.

—Son dos, uno más alto que otro...Me han seguido dos veces en el bosque —respondo y le acaricio el pelo el cual se enreda entre mis dedos.

—Eso es muy peligroso, escúchame, tienes que huir de Mintabur ya — exige él y me agarra las manos.

—No, Unax, ahora no puedo irme. Tengo que... Me han pasado cosas, he visto...

—Rebecca, márchate. Si no morirás...

—¡No! No voy a hacerlo... —respondo alzando un poco la voz.

—No grites, Rebecca... —musita él asustado y mira hacia la puerta.

Miro a Unax extrañada. Cuando ha entrado lo primero que ha hecho ha sido cerrar la puerta.

—¿Hay alguien más en la casa? —pregunto entre susurros.

—No estoy seguro... Están en Mintabur, ya es muy peligroso todo esto. Puede que sea la última vez que te vea por lo que prométeme que te marcharás de aquí.

—¿Cómo? No, Unax. Voy a salvarlos. Sé quién está detrás de esto, sé su nombre... Mi padre lo descubrió.

—¿Pero qué dices? —responde él y me mira alucinado.

—Se llama Triath, Triath Hilruart —digo y él da un paso atrás.

Unax mira hacia el suelo pensativo y tras un minuto termina pasándose una mano por el ondulado cabello.

—Rebecca, esto está yendo demasiado lejos. Márchate o tú también morirás —decreta él en el momento en que se escuchan unos pasos crujiendo la madera—. Vete de aquí y vete de Mintabur. Hazlo por mí.

—No puedo... No puedo abandonarlos... —sollozo mientras lágrimas se

precipitan de mis ojos.

Voy hasta él y lo abrazo sintiendo algo frío contra mi brazo, apoyando la cabeza sobre su pecho, pensando en que tal vez sea la última vez que lo vea... Unax me agarra la cara con delicadeza y me hace mirarle a los ojos. Esos ojos los cuales son como una ventana a su alma, a su poder, esa franja verde que brilla con fuerza un instante, como un reflejo. Entonces me besa y siento en mi interior esa brisa de luz que desde el primer día me hizo sentir, mi poder en su clímax.

—Te quiero...

Sus palabras suenan lejanas, palabras del pasado que se pierden entre los resquicios del tiempo...

La verdad



Cuando entro a mi casa no puedo evitar derrumbarme contra el suelo. Me tapo la cara con las manos y contengo el aire. Esto está siendo demasiado para mí, ni siquiera Unax permanece a mi lado... Puede que haya sido la última vez que lo vea, tan solo faltan días para que se cumpla aquella noticia del periódico. Al fin y al cabo, él hacía como yo, se jugaba la vida yendo al caserón para buscarme. No, me niego a pensarlo. Voy a salvarle, voy a conseguir que él siga vivo en el presente al igual que mis padres. Pero, ¿cómo? Pues para empezar sé quién es Triath, sé que va a ir a por ellos y tal vez pueda prevenirlos, avisarles y...hacer lo que haga falta. Creo que mi única esperanza es que mi padre me escuche. En anteriores “visiones” parecía hacerlo, incluso recuerdo cuando me miró, o aquella vez en el bosque cuando escondió la caja que me tropecé con él y se giró. Sé que soy capaz de hacerlo, sé que podemos conectar como he conectado con Unax... Tal vez sea con mi madre con la que debo hacerlo... No, estoy casi completamente segura de que mi madre no es como nosotros, o al menos eso dio a entender mi tía en la conversación con mi padre de su última “visión”. Ojalá mi tía fuera de otro modo, así podría decirme lo que sabe de verdad y ayudarme. Aunque visto lo sucedido en su casa no tiene ninguna intención de hacerlo. Nadie. Estoy completamente sola en esto. Pero no pienso rendirme. No sin intentarlo.

Subo escaleras arriba con el corazón en un puño. Es el momento, es ahora o nunca. He de conseguirlo. Abro con rapidez la puerta de la habitación de mis padres y simplemente cierro los ojos. Ando lentamente hasta su cama y me tumbo en ella boca arriba. Necesito estar calmada, relajada, para hacer lo que pretendo.

Mi mente vuelve a aquel día con Unax en que conseguí trasportarme de una “visión” a otra sin tocar ningún objeto. Unax... Una ola de tristeza me inunda; en un primer instante pienso evitarla, desviar mi mente a otra parte y

a otros sentimientos, pero después creo que puede serme útil, que puedo utilizarla para centrarme en mi poder.

Dejo que afloren todos mis sentimientos más profundos, en un instante las lágrimas vuelven a correr por mis mejillas. Unax, su último beso, su “te quiero”, nuestros paseos por el bosque, la primera vez que lo vi, la primera vez que me tocó, su mirada, su sonrisa, mi soledad en el presente, mis padres abrazados, la calidez del hogar en una época perdida en el tiempo... Noto como la corriente eléctrica recorre mi cuerpo a la vez que los recuerdos que he ido acumulando, pasa velozmente en mi cabeza y ahora creo comprender por qué nos llaman *coleccionistas* de recuerdos. Entonces noto cómo mi cuerpo vibra, como aquella vez, cómo me transporta... Noto ese pitido, esta vez muy fuerte, haciendo que por primera vez en mucho tiempo sienta un dolor atronador en los oídos. Por un instante me siento mareada, como si estuviera cayendo al vacío...

De repente noto mucha luz, por lo que parpadeo un par de veces antes de poder ver realmente lo que tengo delante. Me encuentro en una habitación que no reconozco en un primer instante, pero un minuto después me doy cuenta. Es mi habitación, mi habitación hace muchos años. Está pintada con el mismo color, un tono azul claro. A la derecha hay un armario blanco y frente a él una cuna blanca con varias lunas dibujadas a mano. Delante de mí hay una mecedora con asiento de pelo blanco. En el suelo hay una mullida alfombra color gris claro que ocupa casi la totalidad de la habitación. Sobre la mecedora está mi gran ventana decorada con unas finas cortinas blancas. Avanzo unos pasos sintiendo una fuerte nostalgia en mi corazón. Acaricio la cuna y en ese momento escucho alguien detrás de mí. Me giro rápidamente para ver bajo el marco de la puerta a mi padre. Lleva un jersey de lana gris oscuro y unos vaqueros color añil, sus ojos de un azul intenso miran en mi dirección semeando mirarme, y cuando sonrío se me para el corazón.

—¿Papá? —baluceo.

Él asiente y veo como sus ojos se llenan de lágrimas.

—Hola, hija mía —responde y se acerca a mí con los brazos abiertos.

—¡Papá! —grito y corro a sus brazos.

Nos envolvemos en un fuerte abrazo que me hace sentir el cariño más fuerte que he sentido jamás. Mi padre me aprieta contra él y siento sus lágrimas sobre mí.

—Pensé que nunca lo conseguiría... Pensé que jamás podría comunicarme contigo y...

—Rebecca, lo conseguiste hace mucho tiempo. Eres más poderosa de lo que crees —murmura él y se aparta para mirarme—. Eres tan bonita...

—¿Cómo que lo conseguí hace tiempo? —pregunto extrañada mirándole a los ojos.

—Sí, cariño. Aquel día en el jardín, salíamos tu madre y yo contigo en el capazo, cuando de repente te vi ahí mirándonos, enseguida supe que eras tú. Que eras como yo y que...estabas buscándome.

—Pe-pero entonces, ¿por qué...?

—Todo este tiempo he intentado no responder a tu llamada, no conectar contigo porque quería protegerte, sabía que te estabas metiendo en un asunto peligroso, pero...está claro que lo has conseguido tú sola... —masculla mi padre y va hacia la ventana.

—Lo siento... Papá, necesito tu ayuda. Para empezar, necesito que me expliques todo..., llevo toda mi vida sola...

Mi padre se gira y me mira antes de preguntar:

—¿Estás en un lugar seguro?

—Sí, estoy en casa, en vuestra habitación —contesto y señalo hacia el pasillo.

Mi padre asiente y se apoya sobre la mecedora.

—¿Qué necesitas saber?

—Todo..., todo, papá. La tía Petra no me ha explicado nada nunca...

—¿No? Lo imaginaba... —responde él y baja la mirada con el ceño fruncido.

Yo avanzo hasta la cuna y me apoyo sobre ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Papá, por favor.

—Está bien —responde y me mira—. Sabes lo que somos, ¿verdad?

—Sí, *coleccionistas* de recuerdos.

—En efecto. Mi madre también lo era, ella fue asesinada por los *justicieros*, humanos que durante el paso de los años han venido a buscarnos..., aunque supongo que esto ya lo sabes...

—Sí, he leído tu informe sobre ellos —respondo y le miro nerviosa.

—Lo sé. Pues ellos la asesinaron, vinieron a Mintabur hace años y aniquilaron todos los que encontraron. Mi padre, que era un humano, nos escondió a Petra y a mí. Sobre todo, por mí, puesto que era el único con poder. Cuando se marcharon volvimos al hogar y poco después mi padre enfermó.

—Sí..., vi..., tuve una “visión” tuya con tu padre.

—Pues no pude verte... Supongo que todavía no controlaría bien mi poder.

—Eras muy joven...

—Sí —responde él—. Cuando murió mi padre quise investigar sobre los *justicieros* y es cuando me marché de Mintabur a buscar información. Y lo hice por una razón, porque creo que no es justo que a lo largo de la historia los *coleccionistas* hayan sido perseguidos por los *justicieros*, porque se me partía el corazón cada vez que veía una familia rota, un hijo huérfano... Entonces me infiltré en Yardel, allí encontré una gran agrupación de *justicieros*. Pero Triath sospechaba de mí y tuve que marcharme. Volví aquí con tu madre la cual ya estaba a mi lado y nos casamos. Pasó el tiempo y... quise seguir con mi lucha, quería reunir a más *coleccionistas* por la causa, pero...

—Aparecí yo —le interrumpo.

—Sí. Tu madre se quedó embarazada y todo cambió para mí. Ya nada tenía sentido, no podía irme y dejaros. Por un lado, quería construirte un mundo mejor en el que crecer si nacías coleccionista, pero... No pude.

—Sin embargo, te encontraron...

—Sí, me han encontrado. Y en cuanto te vi supe que no había terminado nada bien —responde él y baja la mirada un segundo.

—No...

—Y supongo que habrás sido criada por mi hermana Petra, junto a Mara. ¿Ella tampoco es una coleccionista?

—No, no lo es. Y sí, crecí con ellas, pero me han mentido toda la vida, papá. Nunca me han dicho lo que soy o lo que eras... He crecido sola con mi poder, sintiéndome una extraña...

—Lo siento, cariño. Ojalá nada hubiera salido así.

—No tienes que pedirme perdón, papá —respondo y me acerco para cogerle las manos.

—Háblame de ti... Necesito conocerte antes de...

—No, estoy aquí para salvaros.

—¿Cómo? —pregunta mi padre sorprendido.

—Ahora que sabéis lo que va a pasar tenéis que iros, papá. Dejarme con la tía Petra y desapareced, volved en muchos años a por mí...

—No, no podemos hacerlo, no podemos abandonarte.

—No digas tonterías, ¿es mejor eso que morir y dejarme huérfana?

—No, pero...

—Papá... —suplico con los ojos llenos de lágrimas.

—No es tan fácil cambiar el pasado, cariño —responde él apenado.

—No lo sé, la verdad. No sé casi nada, y lo que sé es gracias a Unax...

—¿A quién?

—A Unax... —respondo y miro a mi padre—. Es un chico de mi edad pero que vive en tu época, conecté con él y no sé por qué...

—Espera..., Rebecca, ¿qué sabes de él? —pregunta mi padre y entonces recuerdo que se encontraron por la calle.

—Pues... empecé a verlo siempre en un caserón abandonado —explico y mi padre empieza a dar vueltas por la habitación sin mirarme, pensativo—. Nos hicimos muy amigos, hablábamos... Él me enseñó a controlar mi poder, me explicó todo lo que somos. Me ha ayudado y ha sido el único que no me ha hecho sentir sola... Él...

Mi padre me mira entonces con el ceño fruncido, preocupado, y murmura:

—Estás enamorada de él...

—Y-yo... —balbuceo.

—Espero estar confundido...

—¿Qué pasa, papá? —pregunto empezando a asustarme.

Mi padre da media vuelta y sale de la habitación hasta allende el pasillo, en su habitación veo que da vueltas buscando algo sin descanso. Le miro confundida. ¿Qué está haciendo?

Todo esto me supera, él..., mi padre, está hablando conmigo, está diciéndome la verdad y puedo ayudarles... Pero hay un problema, él no quiere marcharse, no quiere dejarme siendo un bebé, pero debe hacerlo... no hay otra manera... Sigo observando cómo se mueve y por un instante me veo a mí, creo que en muchas cosas me debo parecer a él, ojalá tenga más tiempo de comprobar todo esto, de conocerle...

Mi padre viene hasta mí con una carpeta pequeña de color azul oscuro, me mira a los ojos con preocupación y se sienta en la mecedora. Yo me pongo a su lado y le observo en silencio esperando que diga algo.

—Rebecca, yo he visto antes a ese chico que se llama Unax, la verdad pensé que no lo conocía, pensé que era la primera vez que lo veía, pero...

—¿Qué quieres decir, papá? —pregunto confundida.

Mi padre alza la vista para mirarme de nuevo un segundo, noto en su mirada temor y sé que me va a decir algo que no me va a gustar. La verdad es que me aterra que lo que diga pueda ser relativo a Unax, pues la noticia de

que él también va a morir ya fue suficiente, no podría perderlo, no ahora...y sé que tal vez no vuelva a verlo.

Me encojo de hombros vacilante y él suspira. Abre la carpeta y saca de dentro, rebuscando entre unas cuantas hojas, una fotografía. La mira un instante, entronando la vista, y vuelve a suspirar.

—Estaba en lo cierto, lo siento, Rebecca. Mira esto —balbucea él y yo me agacho para mirar la fotografía que tiene en las manos.

Se puede ver mucha gente, habrá unas veinte o treinta personas, todas vestidas de negro, muevo la vista rápidamente por la foto pero no consigo fijarla en nadie en un segundo. Todos visten ropas oscuras y miran hacia el objetivo, algunos sonrían, otros miran muy serios.

—Aquí estoy yo —indica mi padre señalando con el dedo a una persona a la izquierda.

Reconozco a mi padre entre la multitud, lleva una sudadera negra y un pantalón grisáceo oscuro, mira a la cámara sonriente y le pasa la mano por el hombro a un chico algo más joven que él el cual también sonrío.

—Este de aquí es Triath —prosigue y señala a un hombre que hay en el centro de la foto.

Ese hombre tiene el pelo castaño, mirada profunda y dura, su rostro está muy serio, no hay ni un ápice de sonrisa o mueca, va todo de negro por completo y se puede ver que lleva un cinturón con algo colgando. No es nada mayor, lo imaginaba con mucha más edad pero me sorprende decir que en la foto tendrá unos treinta años.

—Lo esperaba más mayor... —murmuro casi para mí misma.

—Tiene más años de lo que crees, pero se conserva muy bien —responde mi padre y me mira.

—¿Esto es de cuando estuviste en Yerdel? ¿Por qué no escondiste con la caja esta fotografía? ¿No es peligroso que la tengas...?

—Sí, lo es. La verdad es que...había algunos *justicieros* que no eran tan diferentes a nosotros—susurra él. Le miro confusa ante sus palabras, él vuelve a mirar la foto—. Y este...es Unax.

Al escuchar esas palabras mi corazón se para de golpe y siento como se me congela la sangre de todo el cuerpo.

¿Qué?

Bajo la mirada rápidamente hacia la fotografía y sigo con cuidado el dedo de mi padre hasta llegar a la persona que señala.

Entonces mi mundo se precipita hacia el vacío...

Ahí está Unax, con su melena ondulada, oscura y despeinada, con su mirada penetrante y profunda que desde tan lejos se ve más oscura de lo que es en realidad. Sonríe, pero vagamente. Lleva su chupa negra de cuero abrochada, los vaqueros desgastados y un cinturón como el de Triath.

Miro a mi padre y siento como los ojos se me llenan de lágrimas. Mi mente está bloqueada, no me permite comprender lo que acabo de ver.

—Yo... No lo entiendo... Unax es un coleccionista...

—Rebecca, en Yerdel conocí a Unax, apenas lo vi, por eso no lo recordaba, pero aquí puedes comprobarlo. Es familia de Triath.

—¿Cómo que familia? Si su familia murió, la mataron los *justicieros*... —me estremezco empezando a sentirme mareada.

—Triath creo que era su tío lejano, por parte de madre, él pertenece a la misma clase de *justicieros* que él.

—¿Cómo que misma clase?

—Sí, ellos tienen una especie de jerarquía en la que Triath y personas como Unax están en lo más alto.

—Pero ¿por qué?

Mi padre me mira a los ojos y suspira con pesar.

—Porque son *coleccionistas* de recuerdos, Rebecca.

—Espera..., eso no tiene sentido —baluceo y me apoyo en la cuna para no caerme—. No puede ser, esto debe ser un error. Unax tenía que estar como tú, infiltrado para vengar a su familia.

—No, Rebecca. Unax estaba al tanto de todo con Triath.

—No...

—Lo siento, cariño. Si te has estado viendo con él todo era una mentira. Él habría sido mandado aquí para buscarme y dio contigo, aunque no comprendo la razón por la que conectáis.

—¿Mandado?

—Sí, mandado aquí por Triath, me encontró y ahora han venido más a por nosotros.

—Dios mío... —sollozo— Papá, os han encontrado por mi culpa. Yo le hablé a Unax de vosotros, le hablé de todo... Confío..., confiaba en él.

—Rebecca, ya no se puede hacer nada. No te sientas culpable, yo sabía que vendrían a por mí. Triath sospechaba, lo notaba.

—Claro que es culpa mía...

—Cariño, lo importante ahora es que tú te marches de Mintabur, que huyas. Pues no sabemos si Unax avisó a alguien de que estás viva en el

futuro... Seguramente hayan intentado venir a por ti más veces pero no te hayas dado cuenta.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Que te marches, Rebecca, que pronto vendrán a por ti.

—Ya-ya lo han hecho —respondo y él me mira asustado—. Dos veces han intentado atraparme, y una de ellas...los bloqueé con mi poder.

—Sí, contienes mucha fuerza, pero no sabes usarla, no puedes defenderte.

—Papá, no puedo marcharme...

—¡Claro que puedes! —exclama mi padre levantándose de la mecedora para acercarse a mí— ¡Vete! Olvídanos, no puedes salvarnos...

—Papá, huid... ¡huyamos todos y nos encontraremos en el futuro!

—No, es demasiado tarde, Rebecca. Tu madre ha ido a despedirse de ti.

—¿Despedirse? Si todavía vivo aquí —pregunto confundida.

—No...nada de esto está aquí, lo ha puesto tu cabeza.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices? —pregunto alucinada.

Pero cuando miro a mi alrededor ya no hay nada igual, excepto el armario y la mecedora, donde estaba la cuna ahora hay una mesa de madera, ya no hay alfombra ni decoración infantil. Todo está...sin vida.

—¿Qué...?

—Rebecca, vete, por favor. Todo esto está afectando a tu mente.

—No, papá. Llevo toda mi vida esperando esto, esperándoos a mamá y a ti. Ahora tienes que explicarte, tienes que ayudarme a salvaros...

—Es tarde, cariño. Tu madre ha ido a casa de la tía Petra a decirte adiós, yo iba a ir también pero cuando pasé por tu habitación y vi la cuna...supe que lo estabas haciendo tú. En cuanto te marches iré a decirte adiós de nuevo y nos iremos al bosque, a enfrentarnos a los *justicieros*.

—Esto es de locos, papá, es un suicidio.

—No podemos huir, no podemos abandonarte, cariño. Y no pienso huir como hemos hecho siempre.

—¿Pero quieres que yo lo haga? ¿Quieres que yo sea una cobarde? —sondeo mirándole a los ojos.

—Quiero que vivas, y que lo hagas cueste lo que cueste —responde y suspira con dolor.

—Espera... —respondo al recordar algo— Unax va a morir, me lo dijo Greg, el frutero. Y lo vi en un periódico local.

—Eso no importa. Muchos morirán hoy si podemos defendernos un poco...

—No lo vais a conseguir... —sollozo.

—Lo sé, pero no podemos hacer otra cosa.

—Papá... —balbuceo entre lágrimas.

Él me mira con tristeza y me abraza. Entre sus brazos me siento, por un instante, segura; pero mi corazón está roto en mil pedazos. Estoy tan cansada de las mentiras, los secretos y la soledad...

Mi padre se aparta unos centímetros y me mira a los ojos. Él también está llorando. Me acaricia la mejilla con la mano y cierro los ojos al sentir su contacto.

—No sé cómo voy a despedirme de ti dos veces... —susurra—. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, te has convertido en una persona admirable. Cuando te marches de Mintabur ve hacia el este, busca un pueblo llamado Niuvan, allí hay bastantes *coleccionistas*, diles que eres mi hija y estarán dispuestos a ayudarte. Cree en ti misma y en tu poder y podrás hacer cosas grandes, cariño. Tienes que defender nuestra causa.

Escucho sus palabras con un nudo en la garganta. No puedo creer que me tenga que despedir de él incluso antes de haberlo llegado a conocer.

—Papá... —repito entre sollozos—. Os quiero, siempre lo he hecho, toda mi vida he pensado en vosotros y siempre lo seguiré haciendo.

—Ahora vete, mi vida —susurra mi padre y me da un beso en la frente.

Cierro los ojos y sintiendo como una parte de mi alma se queda en el pasado, vuelvo a mi época de soledad y tristeza.

Un alma rota



Cuando de repente todo se derrumba, cuando sientes que ya tu vida no tiene sentido...o que tal vez no lo ha tenido nunca, cuando te sientes presa de una tormenta llena de mentiras, dolor y soledad..., cuando eso ocurre no sabes cómo seguir adelante, cuando no ves luz, cuando crees que ya nada puede salir bien, cuando eso ocurre...tienes el alma rota. Un alma rota es tan difícil de recomponer... Puedes hacerlo despacio, con el tiempo, ir pegando trozo a trozo hasta que un día la ves recompuesta y de nuevo fuerte, entonces sales de la tormenta, después de mucho empapándote de sus aguas heladas... O puedes coger todos los pedazos de un puñado y juntarlos a la fuerza unidos por cualquier cosa, lo que sea que te haga sentir que estás viva.

De un modo u otro, al principio la tormenta se te antoja acogedora, te sientes bien en tu tormenta, bajo la lluvia al menos estás acompañada y sientes tu propio dolor. Te acomodas en ella y aprendes a estar así porque te aterra salir de ahí.

Presa de mi tormenta estoy en el sofá de mi casa con Freddie entre mis piernas, he llegado arrastrándome como un fantasma desvalido sin pensar en nada, como un alma ambulante que no tiene ningún propósito. No consigo pensar con claridad, lo único que me sale con facilidad es este momento son las lágrimas. Lágrimas apenadas, lágrimas cobardes, lágrimas sinceras.

Lloro y lloro recordando lo que acaba de suceder. Lloro pensando que mi padre se ha despedido de mí, que no tiene ninguna intención de huir, es más, va a enfrentarse a ellos cara a cara y allí...estará Unax, la única persona que ha estado a mi lado todo este tiempo, el único que me ha hecho sentir llena, que me ha sacado de ese profundo pozo en el que me escondía, que me ha ayudado a desarrollar mi poder, que me ha querido... O no, tal vez todo fuera mentira. Se supone que todo era mentira, pero mi cabeza no es capaz de aceptarlo. No. No puede ser. Recuerdo todos esos momentos, recuerdo esa corriente, esa conexión que tenemos, sus caricias, sus besos, su sonrisa, su

apoyo, su ayuda... Unax... ¿Cómo puede ser todo una mentira? ¿Cómo has podido hacerme esto? Mi mente busca una respuesta lógica pero nada me convence. Tal vez decidiera redimirse... Tal vez llegó al pueblo, me conoció y cambió de opinión... Tal vez... No. Pienso en esa fotografía. Ahí estaba rodeado de los suyos, rodeado de *justicieros*, de asesinos que lo único que buscan es hacer daño a los *coleccionistas* de recuerdos. Mi padre ha dicho que es familia de Triath, y que son una especie de *justicieros* superiores, que tienen poder como nosotros. Por supuesto, sé que Unax es un coleccionista pero jamás hubiera imaginado que algunos *coleccionistas* se pasaran al otro bando, al bando de sus propios asesinos... La verdad es que no comprendo nada, no comprendo esa historia, una historia que para mí tiene demasiados vacíos y por ello no encaja.

Freddie me mira constantemente, supongo que le extrañará verme así, tan decaída y triste. Mi mente busca una solución pero no consigue encontrarla, no veo la luz ahora mismo, no sé realmente qué debo hacer.

Cojo el móvil que hay encima de la mesa junto a varias tazas de tila vacías y miro la pantalla un segundo, dubitativa. Finalmente decido hacerlo, entro en los contactos y llamo a Ciro. El corazón me da un vuelco al escuchar que ha cogido la llamada, por fin, después de tanto tiempo...

—¿Hola? —escucho a través de la línea, su voz parece algo ronca.

—Hola Ciro, soy yo, Rebecca. Sé que hace mucho..., y que me has estado evitando, pero... ¿Puedes venir a mi casa?

—Emmm... —escucho un suspiro y como se aclara la garganta, puede que estuviera dormido— Está bien...

—Si no quieres no, no quería molestarte, lo siento —respondo y voy bajando el tono de mi voz mientras lo digo.

—No, tranquila. Sí, voy. ¿Pasa algo?

—No... —murmuro— Sí... Necesito a un amigo ahora mismo.

—Ya... —responde molesto— ¿Tú estás bien?

—Sí, sí —respondo algo tensa—. ¿Vienes o no?

—Voy —responde cortante y cuelga.

Entiendo perfectamente que Ciro esté molesto, sé que le hice daño, sé que le molestó todo el tema de Unax y que..., bueno, que lo eligiera a él. Jamás pretendí molestarle, yo no lo pretendía, los sentimientos no se escogen. Y la verdad es que estos últimos meses, en especial este, han sido de locos, estoy viviendo cosas muy complejas y extrañas que no sé bien como asimilar... Pero que Ciro haya decidido responder a mi llamada me hace muy feliz.

Me levanto del sofá haciendo un tremendo esfuerzo y recojo los vasos sucios que hay sobre la mesa, abro un poco las ventanas del salón para airear la habitación y me pongo una bata encima del pijama. En el baño me peino un poco con rapidez y voy a la cocina a preparar dos cafés. En ese momento escucho el timbre de la puerta.

Voy a abrirla seguida por Freddie, lo cojo en brazos y me encuentro cara a cara con Ciro. Él está igual, bien peinado, oliendo a colonia y con la ropa impecable, lleva su abrigo color crema y unos vaqueros azul claro. No sonrío, me mira con preocupación. Sus ojos grises me recorren de arriba abajo hasta llegar a mi cara, donde se paran.

—Pasa, Ciro —decreto y me aparto para dejarle un hueco.

Ciro hace lo que le ordeno y entra en mi casa, se para frente a mí y me mira. Entonces hace una mueca de disgusto.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta con el ceño fruncido mientras yo cierro la puerta.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Pues sí...

—Gracias —respondo y pongo los ojos en blanco.

Ciro se ríe y yo le imito, no puedo evitarlo. Pero todos los recuerdos vienen con rapidez a mi mente y se me borra la sonrisa. Me coloco un mechón de pelo tras la oreja y bajo la mirada un instante para volver a mirar a Ciro y decir:

—He preparado café, siéntate por favor. Y muchas gracias por haberme cogido el teléfono después de tanto tiempo.

—Está bien —responde él y asiente—. Necesitaba tiempo para pensar en mí, te pido perdón por haberte ignorado tanto.

—Tenías tus motivos —murmuro.

Voy a la cocina arrastrando los pies y cojo las dos tazas aún muy calientes. Cuando vuelvo al salón veo que Ciro se ha sentado en el sofá y que Freddie se ha tumbado a su lado. Dejo mi taza sobre la mesa y le entrego la suya. Él la coge y sonrío.

Me siento a su lado y cojo a Freddie para ponerlo sobre mis piernas, este se hace un ovillo y se queda rápidamente dormido.

—Ciro, yo... —susurro y le miro— Lo primero que quiero decir es que me perdones. Nunca he querido hacerte daño, para mí eras y eres importante, pero yo no he elegido lo que me ha sucedido... Entiende que es todo muy complicado.

Ciro me mira con tristeza, luego frunce el ceño y le da un trago a su café.

—Tienes que perdonarme, por favor... —Ciro, te considero un buen amigo y... —siento que las lágrimas se me acumulan en los ojos y me tapo la cara con las manos— Me han pasado tantas cosas horribles...

—Vale, cuéntame que te ha pasado, tú también me importas —responde él y me agarra la mano izquierda para que me destape la cara.

Le miro a los ojos y asiento.

—Te lo resumiré mucho, pero...no me hablo con mi tía Petra y con mi prima Mara, he perdido a mis padres y también a Unax...

—Rebecca, no es por ser insensible, pero me parece que estás siendo un poco egoísta.

—¿Qué? —pregunto confundida y le miro.

—Dices que no quieres hacerme daño, pero lo sigues haciendo... —replica él con dureza.

—Yo...no creo que esté siendo egoísta, —Ciro. Eres mi amigo y...

—Era tu amigo, sí. Pero parece que para ti solo exista el “yo”, no te interesa cómo he estado yo este mes, si he estado mal...

—Lo-lo siento —baluceo y noto como me salen lágrimas de los ojos—. Que yo sepa te he buscado, te llamé mil veces y fui a tu casa. No puedo más, —Ciro.

Dejo que el llanto controle mi cuerpo, lloro desconsolada y me tapo de nuevo con las manos para que no me vea. Entonces prosigo:

—Unax es un justiciero, un asesino de *coleccionistas* de recuerdos, me ha engañado todo este tiempo..., y para colmo he podido hablar con mi padre y se ha despedido de mí porque no piensa huir, van a morir igualmente y...no puedo hacer nada...

—¿Qué? Joder... —murmura —Ciro— Ven, lo siento, no quería ser tan duro contigo...

Ciro se acerca hasta mí y me aprieta contra su cuerpo, yo le dejo. Ahora mismo necesito su consuelo y su compañía. He de reconocer que tiene razón, he sido egoísta con él, pero no he podido dejar de pensar en todo lo que tenía encima, no he descansado mentalmente...

—Lo siento, —Ciro... Perdóname —sollozo sobre su pecho.

—Te perdono, —Rebecca. Perdóname tú también por haber sido un imbécil celoso —responde mientras me acaricia el pelo con la mano.

—Mis padres van a morir y...Unax también, morirá con ellos...se van a enfrentar —sollozo y le miro a los ojos—. Es inevitable...y yo tengo que irme de

Mintabur si quiero vivir, tengo que huir como una cobarde y alejarme de lo que más me importa...

Pero no, mi mente frena en seco haciendo que me estrelle contra mi propio muro.

—No... —susurro.

Ciro me mira confundido, pero yo desvío la mirada pensativa. Entonces mi cabeza hace “clic” y niega todo lo que acabo de decir...

Llorando me doy cuenta al fin de que la tormenta soy yo, mis lágrimas son la lluvia que me ahoga y en ellas me refugiaba, pero no. Me seco las lágrimas con la manga de la bata y con la respiración acelerada vuelvo a mirar a Ciro e imploro:

—No pienso huir...

—¿Qué? Pero Rebecca, acabas de decir que si te quedas...

—Tampoco voy a quedarme —respondo y me levanto del sofá dejando a Freddie a un lado—. Lo acabas de decir, soy una egoísta por apartarme de la gente que quiero por mí, pues no pienso serlo. Voy a quedarme, voy a ir con mis padres a enfrentarme a ellos.

—¿Cómo? ¿Estás loca? —responde Ciro mirándome sorprendido.

—Puede que sí... —murmuro y bajo la mirada— Pero es mi decisión.

—Espera, Rebecca —murmura Ciro y se levanta del sofá— Tus padres mueren en ese enfrentamiento, ¿y si tú...?

—Pues habré muerto intentando salvar a lo que más quiero, a mi familia —respondo y le miro a los ojos.

—Rebecca..., no quiero que te suceda nada malo, por favor... —musita él y me coge las manos— Sé que no voy a poder detenerte, supe que nada podría hacerlo desde el momento en que te conocí.

—Gracias por todo, Ciro —respondo y le doy un beso en la mejilla.

Voy hasta la encimera de la cocina y cojo mis llaves, con cuidado saco la llave de la librería y se la entrego a él.

—Si algo sucediera... quédate la librería, sácala adelante sin mí.

—Juro que lo haré si se da el caso —responde y la aprieta en el interior de su mano.

Sonrío y le doy un beso en la mejilla, él cierra los ojos.

—No sé qué decir, no puedo pensar que puedo no volver a verte...

—No, no tienes que decir nada. No pienses eso... piensa que te llamaré pronto y volveremos a ir a la cafetería a charlar durante horas y beber café.

—Eso es un poco complicado... —responde él pensativo—. Estoy

preparando mi mudanza.

—¿Qué? ¿Te marchas? —pregunto confundida.

—Sí, vuelvo a mi hogar, con mi familia —responde y sonrío.

—Me alegro, Ciro. En ese caso, dale la llave a Mara.

—Lo haré —responde y sonrío vagamente.

Voy hacia la puerta y él me sigue, pero me agarra del brazo para que me gire y le mire.

—Rebecca, ¿Qué harás si te encuentras a Unax allí?

—Acabaré con él —respondo entre dientes—. Es culpa suya que mis padres mueran, pienso intentar evitarlo.

Mis propias palabras retumban en mi cabeza. ¿Realmente sería capaz de hacerle daño? ¿Sería capaz de asesinar a alguien? ¿Yo? Sí, por salvar a mi familia, a mis padres...

—Lo siento..., tiene que ser muy duro.

—Lo será —contesto haciendo una mueca de dolor—. Pero tiene que ser así...

Me giro despacio y abro la puerta con el corazón en un puño, a sabiendas de que Ciro tiene razón y tampoco yo soy capaz de imaginar lo duro que puede llegar a ser, ni siquiera sé si seré capaz...

Ciro sale de la casa y se gira para mirarme, le sonrío con tristeza. Él me mira con sus ojos grises brillando y creo que le duele mucho tener que hacer esto.

—Gracias de nuevo, Ciro —murmuro y abro los brazos para abrazarlo.

Él se deja abrazar y un segundo antes de apartarse me besa en la mejilla despacio, incluso aguantando un instante el beso para grabarlo en su memoria.

—Gracias a ti —contesta mientras se aparta.

Ciro da media vuelta y atraviesa el jardín hasta la valla, cuando pasa a través de ella se gira y se despide con la mano. Yo me quedo unos minutos observando cómo avanza calle abajo hacia su casa, hasta que lo veo desaparecer.

Entro de nuevo a la casa y cierro la puerta a mis espaldas. Cojo todo el aire que mis pulmones me permiten para luego soltarlo despacio. Subo escaleras arriba hasta mi habitación y una vez allí me quito la bata y la dejo sobre la cama. Rebusco entre el armario algo de ropa para ducharme pero se me ocurre algo. He de ser precavida por si se diera el caso de que no pudiera regresar. Voy hasta la mesa de escritorio y saco un par de hojas del primer

cajón para escribir:

“Hola, si estáis leyendo esta carta es que no ha salido todo como yo pensaba y no creo que vuelva aquí.

Tía Petra, siento haberme puesto así contigo, en parte comprendo tu miedo y comprendo que quisieras protegerme, pero entiéndeme tú a mí, me dejaste sola con mi poder y me mentiste sobre mi historia. Repito que no te culpo de haberlo hecho, sé que debió ser duro tener que criar a dos bebés después de haber perdido a tus padres, pareja, hermano y cuñada. Gracias por haberlo hecho, por haberme criado como a tu propia hija.

Mara, sé que esto no era decisión tuya, es más, quisiste ayudarme, quisiste empujarme a descubrir la verdad y te lo agradezco de todo corazón.

Ciro tiene las llaves de la librería, en mi estantería podéis encontrar una carpeta con todos los papeles necesarios, pedirle las llaves y encargáros de ella.

Mara, te pido por favor que cuides de Freddie, él no puede estar solo y si no vuelvo... En fin, hazte cargo de él, por favor.

Os prometo que voy a intentar que las cosas salgan bien, y tal vez podamos estar todos juntos de nuevo.

Os quiere, Rebecca”.

Doblo la carta varias veces hasta que se queda bastante pequeña y la dejo en mi escritorio metida en la primera página de un libro. Confío en que la encontrarían.

Agarro la ropa que había preparado y me doy una ducha rápida. El agua caliente hace que mis músculos se relajen y disfruto ese tiempo mientras pienso que tengo que ser valiente. Es mi elección que las cosas sucedan así, yo soy la que controla mi destino.

Quince minutos después estoy vestida y salgo del baño. He decidido ponerme un vaquero pitillo y una camiseta de cuello vuelto negra y manga larga. Me he peinado y secado el pelo para después recogerlo en una pequeña cola desenfadada.

En la habitación meto mi móvil en el primer cajón de la mesa de escritorio. Cuando me giro veo que Freddie me observa desde la puerta y lo miro apenada. Voy hacia él y lo cojo en brazos.

—Oh Freddie... —murmuro mientras lo abrazo—. No te puedo prometer que volveré, pero te prometo que estarás cuidado y seguro.

Freddie hace un sonido, algo parecido al ronroneo de un gato y me hace cosquillas con sus largos bigotes.

Lo dejo en el suelo y sale corriendo hasta mi cama para subirse sobre ella de un ágil salto.

Suspiro y dejo la puerta entornada, con espacio suficiente para que pueda salir.

Entonces me giro dispuesta a adentrarme de nuevo en la habitación de mis padres, en el pasado, en su historia y ahora...la mía.

Vis a vis



Respira, Rebecca, concéntrate. Estoy tumbada sobre la cama de mis padres como hice la última vez, he cerrado la puerta y la he atascado con una silla para que no se pueda abrir desde fuera. Ya no me fío de que vengan a por mí en cualquier momento y si estoy en una “visión” estoy totalmente vulnerable.

Intento controlar mi respiración, que sea lo más calmada posible para conseguir concentrarme, pero se me hace muy complicado ya que estoy nerviosa por lo que pueda suceder. Tengo miedo, lo admito. Creo que luchar al lado de mis padres es lo correcto pero me aterra poder encontrarme con Unax, sería como admitir que todo lo que hemos vivido fue mentira, y así debe ser pero...una parte de mi corazón me dice que no, no lo era, que no va a estar en ese enfrentamiento...

El corazón se me acelera de golpe al pensar en todo eso, pero intento controlarme de nuevo. Aprieto los puños e intento utilizar la rabia que siento por dentro en vez del cariño como hacía antes.

Pienso en sus ojos mirándome y en cómo en el fondo debería pensar en acabar conmigo, pienso en cómo me preguntaba por mis padres para contarle todo al resto de *justicieros*, cómo me besaba..., cómo me hacía sentir... De nuevo noto que se me llenan los ojos de lágrimas y dejo que salgan libremente.

Intento pensar con rabia, lo intento pero me cuesta, en mi mente aparecen imágenes que no controlo, aparece su sonrisa, sus caricias...

¡No! ¡Era todo mentira!

Aprieto más los puños hasta el punto en que me duelen. Pienso en mis padres, en lo que voy a tener que hacer junto a ellos, en que tal vez no sirva para nada, en que mi vida actual, en el presente, no tiene ningún sentido.

Y la corriente eléctrica atraviesa mi cuerpo como un rayo en la tormenta, noto como mis músculos empiezan a vibrar y siento que es el momento.

Pienso en la batalla, pienso en mis padres, en su último día vivos...

Y de nuevo escucho ese pitido ensordecedor, me duelen los oídos y siento un leve mareo. Sé que uso mucho mi poder, que lo estoy forzando al no tocar ningún objeto, pero no sabría cómo buscarlos para dar con el momento exacto.

Noto una luz blanca que hace que me duelan los ojos. Los aprieto para después abrirlos despacio. Me encuentro al final del sendero, todo está nevado. Mis pies se hunden en una capa gruesa de nieve que me llega hasta las pantorrillas, los árboles parecen pintados de blanco y un álgido viento mueve mi pelo haciendo que múltiples copos se enreden en él. La nieve cae con fuerza y me es complicado ver con detalle, pero ante mí se alza imponente el caserón abandonado.

Entonces escucho un fuerte golpe en el interior y un grito masculino. Mi corazón se acelera y asustada corro hacia las escaleras de madera vieja. Subo dando un par de saltos, y me encuentro por segunda vez que la puerta de entrada está cerrada. La empujo pero no responde, empiezo a empujar cada vez más fuerte y cansada de intentarlo le doy una patada que la abre de par en par. Sin pensarlo dos veces me adentro en el caserón y ante mí contemplo una especie de vis a vis, un comienzo de enfrentamiento en el que nadie esperaba mi aparición.

A mi izquierda veo a mis padres, los dos me miran boquiabiertos. Mi padre tiene el labio sangrando, está despeinado y lleva el jersey sucio. Mi madre parece ver a través de mí, por lo que comprendo que ella no puede verme, que no tiene nuestro poder. Pero entonces mi padre le agarra la mano y me mira de verdad. Se le llenan los ojos de lágrimas y sé que me ha reconocido. Es muy joven, tiene mi mismo pelo pero lo lleva por la cintura en vez de por el hombro, el cual también está despeinado. Se tapa la boca con la mano que tiene suelta y veo que lleva un cuchillo o daga grande.

Sonrío mirándoles antes de girarme hacia la derecha. Entonces siento como mi corazón da un vuelco. Hay cuatro personas, pero mi vista se para sobre la que está más a la derecha, la más cercana a mí. Unax me mira ojiplático, está claro que lo último que esperaba es que yo apareciera en este preciso instante. Sus ojos marrones me miran y por un instante me parece que veo en ellos miedo y preocupación. Lleva su chupa de cuero abierta, unos vaqueros y en la mano una daga dorada. Entonces viene a mi mente la última vez que lo vi. En aquel cuartucho en el que nos despedimos al abrazarle sentí algo frío sobre la mano, debía ser esa daga, y debió cerrar la puerta porque

estaban allí el resto de *justicieros*.

Abre la boca y suelta el aire. Yo le miro con dureza entornando los ojos y me giro de nuevo hacia mis padres. Me pongo a la derecha de mi padre y le miro a los ojos. Él me mira en silencio y finalmente asiente, le sonrío con pesar. Me ofrece su mano y la acepto, puedo notar cómo nuestro poder se une, cómo me da fuerza. Frente a nosotros veo a los cuatro *justicieros*, el de la izquierda es una mujer que lleva el pelo en un moño y va toda de negro, al igual que todos (ella no me mira, no es una coleccionista). Parece un poco mayor que mis padres (que nosotros). El siguiente es un hombre de mediana edad, con barba y pelo algo canoso, me mira con una mueca de asco. En el medio reconozco a Triath, en persona me sigue resultando joven, va bien peinado, con un abrigo largo y negro hasta las pantorrillas. Me mira y se me eriza el vello, su mirada está repleta de odio y curiosidad... Creo que no sabe quién soy, al menos todavía. Y está Unax..., al cual prefiero no mirar pues siento que mi corazón está partido en mil pedazos. El lado razonable de mi mente le dice al otro que tenía razón, que no había esperanza para él, es un mentiroso y un asesino, y ahí está dispuesto a matar a mis padres, después de todo.

Mantengo la vista fija en Triath, y aunque me da respeto y cierto miedo, no la aparto. Él sonrío con maldad y mira a mi padre.

—Veo que habéis traído refuerzos, ¿es una amiga vuestra? ¿De dónde la habéis sacado? —pregunta con un tono irónico. Mis padres no responden, solo le miran preparados ante cualquier ataque— Tal vez sea una hermana o familiar de tu esposa, he de reconocer que tienen bastante parecido... No importa, acabaré con ella igualmente, sea humana o no, ya ha elegido su bando.

—¿No se supone que esto lo hacéis por proteger a los humanos? — interrumpo y él me mira con diversión— O es que... ¿es puro egoísmo y lo hacéis porque nos tenéis miedo?

Triath borra la sonrisa de su rostro y vuelve a mirar a mi padre para decir:

—Con que habéis traído una ladrona de recuerdos con la lengua bien larga... —hace una pausa y vuelve a mirarme— Perfecto, acabaré con ella primero.

Mi padre me suelta la mano y se agazapa un poco a la vez que alarga el brazo y muestra la palma de la mano ante Triath. Este suelta una carcajada y mira a mi madre.

—Yo estaría celosa...

Miro a Triath y al instante me resulta un ser repugnante. Vuelve la vista hacia mí y avanza un par de pasos.

—¡No te acerques! —advierde mi padre y se pone delante de mí.

—Vamos, Eric, dile a esa chica que aquí el primero que huyó fuiste tú... Nos mentiste... Nos traicionaste en nuestro propio hogar.

Mi padre no responde, sigue impasible protegiéndome con el brazo alzado hacia Triath. Yo observo por encima de sus hombros y por un momento mi vista se desvía hacía Unax, el cual me mira fijamente.

Triath suelta un largo suspiro y declara:

—Bien, ya estoy cansado de vosotros.

Coge la daga de su cinturón y todo ocurre muy deprisa. Lanza la daga a la velocidad de la luz hacia nosotros, yo empujo a mi padre para esquivarla y este desprende de su mano un haz de luz potente que por un instante me ciega, este haz va hacia Triath y lo tira al suelo. La justiciera de la izquierda corre hacia mi madre seguida del hombre de barba, ambos con las dagas en la mano. Entonces me percató de que mi madre lleva a la espalda una especie de arco de vivos colores. Lo coge con gran agilidad y saca de una especie de aljaba una larga flecha de plata. ¡Debe ser el arma que decía mi tía Petra! Apunta hacia la mujer justiciera y falla el disparo, sale corriendo hacia la flecha para recogerla.

Acto seguido Triath se levanta del suelo dando un ágil salto y corre hacia mi padre sacando otra daga de su cinturón. Mi padre corre a su vez hacia él y lanza otro haz de luz, este algo más débil. Yo me incorporo y miro asustada cómo mi madre lucha contra aquellos dos a la vez, parece saber algún tipo de arte marcial, no puedo evitar embobarme con sus movimientos.

Pero mi mente reacciona y mi cuerpo se llena de odio y rabia. Ando a grandes zancadas por la habitación hasta situarme frente a Unax. Este no se ha movido en ningún momento, ha sido, al igual que yo, una especie de observador. Al ver que me acerco a él me imita y cuando estamos a pocos pasos freno en seco y le miro con ira.

—Rebecca... —mascula él ante mi potente mirada— Lo siento.

—¡Cállate! —grito dolida con lágrimas en los ojos— ¡Deja de mentir! ¡Sé quién eres!

—Deja que te lo explique... —murmura él e intenta acercarse.

Yo niego con la cabeza y alzo la mano hacia él imitando el movimiento que he visto realizar a mi padre.

—Rebecca, por favor —murmura él preocupado—. Sí, es cierto. ¡Soy un

justiciero! Vine aquí a buscar a tu padre por traicionarnos, por mentirnos, mi tío me lo ordenó.

—No hace falta que me lo expliques, ¡te he dicho que ya lo sé y no quiero escucharte! —grito.

Entonces, presa del pánico y la ira, concentro mi poder y me cuesta menos de lo que creía, de mi mano sale un haz de luz fuerte que acomete contra Unax. Unax sale despedido hacia atrás y choca contra la pared de madera haciéndola crujir. Siento que me observan, me giro y veo a mi padre y a Triath mirarme, Triath suelta otra carcajada.

Mi padre aprovecha ese momento para volver a atacarle y Triath se defiende.

Vuelvo a mirar a Unax y avanzo hacia él. Él se recompone y me mira asustado, dolido.

—Vine aquí y entonces apareciste en la casa, Rebecca... Al principio no sabía ni quién eras en realidad, no sabía que eras su hija hasta que me lo dijiste —explica él y yo gruño.

Vuelvo a levantar la mano y él corre hasta mí y de un manotazo me la aparta. Agarro mi mano dolida y vuelvo a mirarle con dureza.

—Entonces te conocí, me enamoré de ti...

—¡Mentira! —grito y corro hacia él para empujarle contra la pared.

Unax me agarra de los brazos bloqueando mi ataque y su cercanía me acelera el corazón y me pone nerviosa. Intento deshacerme de su agarre, pero no me lo permite.

—Rebecca, mi tío me presionaba, quería que le contara todo..., no iba a hacerlo...

—¡Pero lo hiciste! ¡Desgraciado! —grito y le doy un rodillazo en el estómago.

Unax se queja y me suelta agarrándose el estómago mientras hace una mueca de dolor. Tira la daga al suelo y me mira dolido.

—No tuve elección...

—¡Siempre hay elección! —contesto mientras noto como mi poder cosquillea mis manos queriendo salir.

—Rebecca....

—Deja de decir mi nombre... —murmuro mientras levanto la mano hacia él.

Unax vuelve a correr hacia mí y me empuja, yo retrocedo con torpeza y caigo al suelo de espaldas. Mi padre se gira hacia mí y Triath aprovecha el

momento para dar un golpe certero con la daga sobre su brazo izquierdo. En seguida veo brotar la sangre de su brazo, pero mi padre hace caso omiso. Asiento mirándole para indicar que estoy bien y él arremete contra Triath de nuevo. Se escucha un grito y me giro hacia él. Mi madre ha conseguido dar un golpe mortal a la mujer justiciera, esta cae al suelo con la flecha de plata de mi madre clavada en el pecho. El justiciero de barba la mira con odio y corre hacia ella.

Yo escucho unos pasos frente a mí y me giro asustada, es Unax que viene a por mí. Me levanto de un salto y retrocedo sin dejar de mirarle.

—Todo o casi todo lo que te dije era verdad... Todo lo que hicimos juntos, todo lo que vivimos... —implora Unax con la voz quebrada y susurra —: No le he dicho que eres su hija, no le he dicho que te vi, ni que estás en el futuro...

—No te creo, no puedo hacerlo. Me has demostrado que no es así, y si realmente dices que era verdad..., incluso sintiendo eso por mí aquí estás, dispuesto a matar a mis padres, dispuesto a dejarme huérfana de por vida...

—Así tiene que ser, Rebecca... No podemos cambiar el futuro, si lo hiciéramos tal vez no serías la misma, tal vez nunca te hubiera conocido...

—Dios mío...piensas como ellos..., está claro que eres un maldito justiciero asesino... —mascullo y levanto la mano lo suficientemente rápido para concentrar mi poder y soltar un rayo de luz contra Unax.

Él es rápido y lo esquiva dando un giro hacia su derecha, corre hasta mí y me agarra los brazos con fuerza para pegarme, de un fuerte golpe, contra la pared.

—¡Suéltame! ¡Maldito! —grito y me revuelvo.

—¡No! —vocifera él a centímetros de mi rostro.

Yo miro hacia el suelo, no quiero encontrarme con su mirada, no puedo... duele demasiado. No quiero.

—¡Mírame! —exclama y me menea un poco— ¡Mírame, joder!

Entonces alzo la mirada despacio hacia él y nuestros ojos se encuentran. Veo sus preciosos ojos marrones con franja verde y dentro de ella noto el brillo de su poder. El vello de todo el cuerpo se me eriza y por un instante creo que el mundo se ha puesto en pausa.

Unax me suelta un brazo y me acaricia el rostro con delicadeza, haciéndome sentir esa corriente que me provocó desde el primer momento. Cierro los ojos y suelto todo el aire contenido a la vez que una lágrima se escapa de mi ojo izquierdo.

Pero en ese preciso momento todo cambia. Escucho el grito desgarrador de mi madre y me giro asustada hacia ella. El justiciero, asesino, barbudo le pasa la daga despacio y profundamente por el cuello.

Grito. Grito con todas mis fuerzas y mi madre me dedica un último vistazo mientras le caen lágrimas por las mejillas. No sé si es posible...pero juraría que me mira y susurra mi nombre.

El hombre la suelta, ella cae de rodillas al suelo y gira la vista hacia mi padre. El arco cae al suelo emitiendo el fuerte ruido del metal.

—¡Noooooooooo! —grita él de forma desgarradora y corre hacia ella para cogerla entre sus brazos sollozando— ¡Sara!

Triath aprovecha el instante y ni siquiera le deja un segundo para que pueda despedirse de ella. Alza el brazo preparado para lanzar una daga pero actúo ante su ataque. Empujo a Unax y junto las dos manos para concentrar toda mi ira y mi dolor contra él, grito y de mis manos sale un potente haz de luz que lo tira contra la pared haciendo que esta ceda y la madera salga precipitada por la habitación. Una nube de polvo y humo lo cubre todo y no me permite ver nada. Toso e intento aclarar la vista.

Cuando consigo ver está mi madre tumbada sobre el suelo sin vida y mi padre coge del cuello al justiciero que la ha matado. Triath se levanta del suelo y avanza hacia mí a paso rápido y recoge una daga del suelo. Entonces veo un haz de luz que lo aplaca por el costado derecho. Me giro y veo que ha sido mi padre, lo miro un instante a los ojos mientras me caen lágrimas por las mejillas. Mi padre corre hacia Triath y yo me giro hacia Unax, fuera de mí, cegada por el dolor. Levanto una mano y él me mira asustado y niega con la cabeza. No lo dudo. Concentro mi energía y lanzo un haz de luz contra él, algo débil debido a que acabo de hacerlo contra Triath. El golpe llega a un costado de su abdomen y este se agarra con gesto de dolor.

—¡Defiéndete! ¡Ven a por mí! —grito y corro hacia él llena de ira.

Unax levanta la mirada y me observa sin moverse, cuando llego hasta él vuelvo a alzar el brazo y él me lo agarra.

—Rebecca, ¡yo no quería que esto sucediera!

—¡Ha muerto mi madre! ¡Por tu culpa! —grito llorando y me deshago de su agarre de un manotazo.

Unax me suelta e intenta acercarme hacia él pero no me dejo, le pego una patada que le hace retroceder varios pasos. Le miro con dolor y alzo la mano de nuevo contra él, pero corre rápidamente y arremete contra mi cuerpo haciéndome caer de nuevo. Grito presa de la rabia y me levanto de un salto

para ser yo ahora la que corre contra él.

—¡Esto es lo que mereces por traidor! —escucho gritar a Triath y freno en seco para mirarle cuando ya estaba a un metro de Unax.

Triath lanza la daga contra mi padre y acierta de pleno sobre su pecho, en el corazón. Mi padre agarra la daga con gesto de dolor y me mira de reojo.

—¡¡¡Papá!!! —grito con todas mis fuerzas.

Triath me mira y sonrío satisfecho, acaba de descubrir quién soy realmente. Veo en sus ojos cómo se divierte, cómo disfruta de la situación. Va hacia mi padre y este alza una mano y suelta un haz de luz contra él.

Entonces noto que me agarran de la mano, me giro y veo que Unax me mira con tristeza. Le miro a los ojos con odio, las lágrimas apenas me dejan ver pero sé que tengo que hacer.

—¡Esto es culpa tuya! —sollozo.

Empujo a Unax contra la pared y este no opone ninguna resistencia. Todo sucede en unos segundos, agarro la daga que tiene de sobra en el cinturón y sin pararme a pensarlo, hipnotizada por mi propia tristeza, se la clavo con fuerza en el abdomen. Unax suelta un jadeo y cierra los ojos un segundo dejando escapar una lágrima. Luego los abre para mirarme y me acerca a él con el brazo izquierdo. No puedo evitar quedarme presa de su mirada, veo moverse el brillo en la franja verde de sus ojos y siento que mi corazón estalla hasta convertirse en ceniza.

—Lo merezco... —susurra—. Rebecca, espero que algún día puedas perdonarme.

Lloro ante sus palabras y le miro apenada, por mucho que haya hecho, por mucho que sea culpa suya...le sigo queriendo..., le quiero y acabo de asestarle un golpe mortal.

—Unax... —sollozo— ¿Por qué has tenido que hacerlo?

Unax frunce el ceño y agarra la daga, haciendo que nuestras manos se toquen, yo las aparto y las veo llenas de sangre. Miro de nuevo a Unax a los ojos y gimo de dolor.

—Te quiero... —susurra él y me pasa una mano por la nuca para acercarme.

Entonces nuestros labios se juntan por última vez, noto el sabor salado de nuestras lágrimas pero siento la dulzura de su boca. Por un momento se oye silencio, ya no hay nada a nuestro alrededor... Abro los ojos y me encuentro su mirada, se me acelera la respiración más de lo que ya la tenía y le miro llorando inconsolable. Y de pronto sonrío, me dedica esa sonrisa preciosa

suya, esa sonrisa perfecta y susurra:

—Eres lo mejor que me ha pasado, Rebecca...

Unax me suelta y cae al suelo arrastrando la espalda por la pared. Yo me agacho rápidamente y le agarro la cara con las manos.

—¡Unax! ¡Unax! —grito mientras siento como la bilis sube por mi garganta.

El sonido vuelve y escucho a mi padre llamarme. Me giro y veo que está de rodillas sobre el suelo aún con la daga en el pecho, la sangre cae hasta la madera mojándole la ropa. Triath viene hacia mí con una mirada repleta de ira. Me levanto con rapidez y retrocedo asustada sin saber qué hacer.

—¡Rebecca! ¡Vete de aquí! —grita mi padre.

Comprendo lo que me quiere decir realmente con ello, por lo que cierro los ojos y con el dolor que siento consigo visualizar mi corriente de poder. Abro los ojos una vez más, tan solo un segundo para observar la escena. Triath lanza una daga contra mí, la daga vuela cortando el polvo que flota en el aire a la velocidad de la luz; detrás está mi padre mirándome con dolor, abatido, preocupado y herido de muerte; tras él está el asesino de mi madre, que yace sin vida en el suelo con lo que parece una gran quemadura; al fondo mi madre tumbada en el suelo boca arriba inerte. Y, por último, a mi derecha, en el suelo está Unax con la daga clavada en el abdomen, ya tiene los ojos cerrados y su pelo ondulado le cae sobre la frente. Parece plácidamente dormido..., o muerto...

Cierro los ojos de nuevo y siento un fuerte dolor en un brazo a la vez que mi cabeza da vueltas, que me pitan los oídos ensordeciéndome y a la vez que dejo todo lo que me importa en un recuerdo perdido en un caserón abandonado.

Epílogo



La luz del sol hace que abra lentamente los párpados y me vea obligada a taparme la cara con una mano. Qué extraño que haga sol en Mintabur, siempre está el cielo repleto de nubes grises que tapan el sol con su opacidad, provocando que los días sean oscuros, lluviosos y fríos.

Cuando consigo ver me da un vuelco el corazón al observar que mi mano está llena de sangre seca. Alzo la otra rápidamente y veo que está igual.

¿Pero qué...?

Entonces llegan a mi mente todos los recuerdos que he vivido en la última visión, en aquel caserón abandonado en el bosque. De golpe veo a los cuatro *justicieros*, a mis padres, veo la mirada tierna de mi madre al verme por “primera vez”, veo la mirada de odio de Triath hacia mí, escucho su irónica voz, veo como mi padre arremete contra él con un haz de luz, como mi madre se defiende de dos *justicieros* con un gran arco de plata, como Unax me cuenta su punto de vista, como me pide perdón... Veo como mi madre cae al suelo sin vida y me mira, como Unax me agarra y me hace sentir la corriente eléctrica, como mi padre es herido de muerte en el pecho, como le clavo la daga a Unax en el abdomen y como él me besa..., cómo cae al suelo y como mi padre grita que huya. Todo lo veo en un solo segundo, aplacando mi mente como un gran tsunami.

Siento que mi corazón está vacío, que ya no tengo nada por lo que vivir... Pero ya no me quedan lágrimas que derramar. Me incorporo lentamente pero un dolor fuerte y punzante me llega del brazo derecho. Lo agarro con fuerza y siento como mis dedos tocan líquido caliente. Me miro y compruebo que tengo un gran corte de unos quince centímetros que no deja de sangrar. La cama está repleta de sangre de mi brazo y de mi oído.

—Joder... —murmuro.

Muevo las piernas con delicadeza y las noto algo engarrotadas. Mi cuerpo entero se resiste a moverse, está realmente abatido.

Me agarro a la mesita de noche y me pongo de pie con cuidado, noto un fuerte mareo que me hace perder la vista y tener que permanecer quieta un instante. El brazo sigue dándome fuertes pinchazos. Arrastro los pies y avanzo lentamente hasta la puerta agarrándome la herida con la otra mano, haciendo cierta presión para que deje de sangrar o al menos se reduzca. Quito la silla y la aparto con el pie. Abro la puerta y salgo al pasillo. La casa es todo silencio. El sol entra por la ventana del pasillo y deja ver las motas de polvo que flotan por el aire.

Giro a la derecha para entrar directamente en el baño, abro la puerta empujándola con la cadera y enciendo la luz con el codo. Suelto el brazo y siento como un hilo de sangre cae lentamente de la herida. Abro el armarito que hay sobre el lavamanos y rebusco hasta encontrar una pequeña caja que tengo como botiquín de primeros auxilios. Con ella en mano me siento en el inodoro y la abro con torpeza, cojo varias gasas estériles, las tijeras y el alcohol de noventa grados.

Cojo aire profundamente y vierto alcohol sobre la herida. Chillo de dolor entre dientes. Uso la gasa para secarlo, agarro una venda y la enrolló sobre mi brazo, tapando la herida y haciendo suficiente presión para que cese el sangrado. Hago un nudo lentamente que me lleva varios intentos ya que he de hacerlo con una sola mano. Suelto un bufido por el dolor que me provoca al apretar, me levanto del inodoro para dejar el botiquín en el armarito y cuándo lo cierro veo mi aspecto en el espejo.

Puedo afirmar que es la vez en mi vida que peor aspecto me veo. Mi pelo está enredado y pegajoso por culpa de la sangre y la suciedad, mi camiseta presenta una textura acartonada por lo mismo que lo anterior y tiene una manga rasgada. Pero lo peor no es la ropa o el pelo, es mi rostro. Tengo la cara pálida y unas grandes manchas violetas destacan bajo mis ojos, mis labios han perdido un poco de su color rosáceo habitual y están secos. Tengo tanta suciedad en el rostro que apenas pueden distinguirse mis pecas; y de mi oreja derecha cae el surco de sangre seca que baja por mi hombro hasta perderse en mi ropa. Mi mirada está llena de dolor, de cansancio y de decepción.

Doy un grande suspiro y abro el grifo para dejar correr el agua fría, me lleno las manos y me agacho para empaparme el rostro. Froto con fuerza y a continuación me lo seco con la toalla de mano.

Salgo del baño y voy a mi habitación. Todo está intacto, tal cual lo dejé. No puedo evitar que se me cruce por la mente la habitación infantil que vi, o

más bien creé, para hablar con mi padre. En un instante mi corazón partido se llena de nostalgia y acto seguido de tristeza al recordar que ya no están...

Noto un gran nudo en la garganta pero las lágrimas se niegan a salir, tal vez ya no me queden, tal vez ya no pueda volver a llorar jamás.

Atravieso la habitación hasta la mesa de escritorio y abro el cajón para sacar mi teléfono móvil. Lo enciendo y veo que tengo tres llamadas perdidas, una de mi tía Petra y dos de Ciro. Vuelvo a suspirar y lo dejo sobre la mesa, más tarde les llamaré, sobre todo a Ciro para informarle de que sigo con vida.

Miro mi cama y veo que sobre las sábanas está la forma que había dejado Freddie al dormir, pero él ya no está.

—¿Freddie? —pregunto en voz alta.

Me agacho para mirar si está bajo la cama pero no lo encuentro. Entonces escucho un ruido en el piso inferior, una especie de crujido de madera, algo similar a un paso sobre el suelo viejo de mi salón.

El corazón se me acelera. No, no puede ser, no puede haber entrado alguien... Después de incorporarme me giro rápidamente hacia mi ventana y compruebo que está cerrada. Suspiro aliviada para, a continuación, girarme de nuevo hacia la puerta y andar hacia ella.

—¡¿Freddie?! —grito para que me escuche desde el piso inferior.

Bajo las escaleras vacilante, dando saltos como acostumbro a hacer, a cierta velocidad. Cuando llego al piso inferior no veo nada diferente, a la izquierda la puerta cerrada del baño y a la derecha la cocina con la puerta corredera abierta. En el salón el sofá está en su lugar, la mesa repleta de libros y dos tazas de café vacías.

Pero de pronto lo veo, el corazón me da un gran vuelco. Justo al lado de la estantería de libros donde acostumbro a leer muchas veces sentada en mi sillón encuentro una persona de espaldas. Es un hombre alto, con un pantalón oscuro y una gabardina de lana gris que llega casi hasta las rodillas. El hombre tiene el pelo castaño y corto.

Le miro extrañada, temerosa y confusa. Parece sujetar algo en las manos... Me acerco un poco sin hacer el más mínimo ruido. Entonces aparece sobre su brazo una larga cola de pelo sedoso blanco. Freddie, ¡ese hombre tiene a Freddie!

Le miro de nuevo de arriba abajo, tan solo tardo un segundo y me doy cuenta de que me resulta familiar, muy familiar.

Contengo el aliento, le miro ojiplática sin poder creerlo. ¿Puede que...sea cierto lo que pienso? ¿Puede ser esto real? ¿Puede estar aquí, ahora?

Me acerco vacilante y cuando estoy a unos centímetros de él alargo la mano temblorosa y le toco el brazo mientras pregunto:

—¿Papá?

Él al escuchar lo que digo y sentirme se da la vuelta lentamente. Lo primero que veo es a Freddie tranquilamente tumbado, dejándose acariciar. Pero cuando subo la mirada hacia su rostro no puedo creer lo que está ocurriendo. Aquí estás, tú...

Continuará...